

NOSOTROS

(SEGUNDA EPOCA)

Fundador:

Alfredo A. Bianchi

Director:

Roberto F. Giusti



AÑO VIII - TOMO XXIII

BUENOS AIRES

1943

N O S O T R O S

ASPECTOS DE LA CULTURA DOMINICANA

EN vísperas de cumplirse el 27 de febrero de 1944 el primer centenario de la República Dominicana, desco presentar algunas faces de la cultura de aquel país y ofrecer de ese modo una modesta contribución a su mayor conocimiento de esta gran Nación Argentina.

"Alejados físicamente por una gran distancia, entre los pueblos dominicano y argentino existe sin embargo la aproximación espiritual derivada del idéntico origen, de la semejante idiosincrasia, de la cultura común que nos ha ofrecido el gran vínculo que representan un mismo idioma y una misma religión. A esto se agrega el sentido democrático de sus destinos y la estrecha comunidad de intereses y propósitos a que da lugar el ser, ambos, pueblos americanos. Pero urge que ese acercamiento espiritual se haga más perfecto por medio del mayor conocimiento recíproco; por el fomento de la mutua admiración; y dar un paso en este camino es lo que me propongo hacer.

En todo ello va asimismo el deseo de contribuir a que la conciencia americana se disponga a celebrar dignamente, el año que viene, la primera centuria de una de las repúblicas que forman la familia continental: la que se asienta en la mayor porción de la isla antillana que tanto amó Colón.

Son solamente algunos aspectos de la vida cultural dominicana, presentados en rasgos y obras de hombres y mujeres, los que tendré a honra llevar a la amable atención del lector, tomándolos de entre aquellos que ya están definitivamente impresos en los cuadros de la historia. Por eso, comenzando desde los primeros tiempos, me detendré en mi recorrido en los umbrales del siglo XX, de esta zona del tiempo en que corre palpitante savia por los cauces del orga-

nismo nacional de mi patria, en pleno proceso de crecimiento, como todas las de América, haciendo más grandes y complejas las manifestaciones del espíritu, y menos apropiadas, por ello y por su actualidad, a la fijación esquemática de un rápido enjuiciamiento.

Empleo, por otra parte, el concepto cultura en su contenido amplio, es decir, como el producto agregado por el hombre a los dones que regala la naturaleza, para hacer de la vida una función noble y hacer que la expresión humana sea buena, bella y sabia. Por eso no solamente hablaré de escritores y artistas, sino también de próceres y santos.



Es bien sabido que Santo Domingo fué el primer establecimiento colonial de América y la isla de donde primeramente irradió, con notable esplendor, la cultura europea en las tierras descubiertas por Cristóbal Colón.

Allí se fundaron, en las postrimerías del siglo XV y el curso del XVI, las primeras ciudades, iglesias y sedes episcopales y, con los primeros conventos, las primeras universidades y escuelas. Mientras otras tierras eran descubiertas y conquistadas o estaban por serlo, en Santo Domingo se instalaba la primera Real Audiencia del Nuevo Mundo; juristas, teólogos y gramáticos enseñaban y trabajaban entre la población española e indígena, y escritores, cronistas y poetas componían el primer capítulo de la historia literaria americana. Allí también se continuó una vigorosa vida de cultura a lo largo de la era colonial.

Todo esto está perfectamente establecido en la obra consagrada a la materia por mi ilustre compatriota el profesor Pedro Henríquez Ureña, de las Universidades de Buenos Aires y La Plata, y a ella remito al estudioso que desee detalles y comprobaciones documentales.

En Santo Domingo vivieron y escribieron el famoso cronista de Indias Gonzalo Fernández de Oviedo; el historiador y filántropo Fray Bartolomé de las Casas; el alabado autor de *Elegías de varones ilustres de Indias*, Juan de Castellanos; los grandes poetas del Siglo de Oro Tirso de Molina y Bernardo de Valbuena; el predicador Fray Alonso de Cabrera y el naturalista José de Acosta. Allí resonó, santa y airada, la voz de Fray Antonio de Montesinos en defensa de los oprimidos indios.

El ambiente refinado de la colonia no pudo menos que propi-

ciar, desde temprano, la formación de numerosas gentes de letras en la población criolla, entre las cuales son singularmente notables, en el siglo XVI, doña Elvira de Mendoza y doña Leonor de Ovando, primeras poetisas del Nuevo Mundo.

No sólo mereció Santo Domingo la designación de “Cuna de América”, sino que es fama que su capital, foco principal de sabiduría en el primer siglo del Descubrimiento, fué por ello llamada la “Atenas del Nuevo Mundo”.

La Universidad de Santo Tomás de Aquino, primada de América, con los privilegios de las de Alcalá de Henares y Salamanca, fué instituída por bula del pontífice Paulo III el 26 de octubre de 1538, y la de Santiago de la Paz en 1540. Servidas por catedráticos competentes, muchos de los cuales dejaron obra estimable, a ellas concurrieron —especialmente a la primera, que sobrevivió a la otra—, en todo el transcurso de la era colonial, no solamente jóvenes de la propia isla, sino estudiantes de las tierras circunvecinas. Los antiguos registros de la institución demuestran que hasta 1823 acudía ella, en grupos nutridos, la juventud de Cuba, Puerto Rico y Venezuela.

No obstante la despoblación de que es víctima el país en el siglo XVII, al desviarse el interés de los colonos hacia suelos más ricos en minerales, y a pesar de la pobreza que a ella subsigue en el siglo XVIII, Santo Domingo continúa sosteniendo con brillo su vida cultural y la historia puede anotar en ese lapso los nombres de personalidades notables por su inteligencia y sapiencia, tales como el predicador Diego de Alvarado, el escritor Luis Jerónimo de Alcocer, el poeta Francisco Morillas, el famoso obispo, que lo fué de Nicaragua y de Cuba, Pedro Agustín Morell de Santa Cruz, y el historiador y tribuno Antonio Sánchez Valverde.

Los primeros veintiún años del siglo XIX, que corresponden a los últimos de la colonia, contemplan en Santo Domingo a ilustres varones que dedican sus talentos a las letras y las artes o a las actividades públicas que dieron carácter a aquel período de transformación política y social. Sobresalen en esa época el glorioso José María de Heredia, el “cantor del Niágara”, nacido en Cuba de padres dominicanos; Francisco Javier Foxá, el dramaturgo; Esteban Pichardo, el lexicógrafo; Antonio del Monte y Tejada, el historiador; Francisco Muñoz Del Monte, el poeta; Andrés López de Medrano, autor de un tratado de lógica; el noble Pedro Valera y Jiménez, primer arzobispo dominicano, y Francisco Javier Caro, el

político. Pero por sobre todos debo hacer mención especial de dos, por su decisiva significación en nuestra historia. Son el caudillo de la guerra de reincorporación a España, de 1808, brigadier Juan Sánchez Ramírez; y el doctor José Núñez de Cáceres, jefe del movimiento de independencia de 1821.

En uno de los vaivenes característicos de nuestra inquieta era colonial, Santo Domingo había ido a caer en manos de los franceses al final del siglo XVIII, y, a pesar de que bajo su dominación el país progresaba, la población permanecía tan española de corazón, que los propios criollos organizaron una guerra contra las fuerzas que había enviado allí el primer cónsul Bonaparte, y la ganaron. El jefe de ese heroico movimiento fué, como ya dije, el brigadier Juan Sánchez Ramírez, cuyas dotes de guerrero fueron extraordinarias. Puso en pie de guerra a toda la colonia y con un ejército improvisado derrotó en una batalla campal a los bien adiestrados y flamantes regimientos napoleónicos, dirigidos por estrategos de escuela. Con esta gran empresa, acometida por amor a España, se salvó la homogeneidad de nuestra filiación, que permitió al pueblo dominicano conservar una personalidad definida al través de los peligros que amenazaron adulterarla. Según fué hábil, activo y valeroso como soldado, fué también Sánchez Ramírez prudente como gobernante, una vez reintegrada la colonia al seno de la vieja metrópoli. Aparte de lo que le debe la Patria, los historiadores le agradecen haber dejado un diario que les permite reconstruir con exactitud aquel período de nuestra historia.

En 1821, el huracán de libertad que cubría a la América Española, de un extremo a otro, conmovió las almas en Santo Domingo, y allí sonó también la hora de la independencia, tocada por el sabio doctor José Núñez de Cáceres, Rector de la Universidad y hombre cuyo pensamiento y acción orientadores ejercían gran influencia en la masa del pueblo. La clase culta y la gente de armas se solidarizaron con su propósito, y después de una inteligente preparación se dió simultáneamente el golpe el 1º de diciembre en todas las poblaciones, sin derramamiento de sangre. Empero, una circunstancia ominosa, que no es del caso exponer ahora, malogró prontamente la obra de la emancipación, que quedó aplazada hasta 1844, año en que realmente comienza, con caracteres de permanencia, nuestra vida republicana. De Núñez de Cáceres, erudito escritor y mediano poeta, se conservan algunos interesantes escritos y un epinicio a las huestes triunfadoras de Juan Sánchez Ramírez.



La más rápida ojeada a la cultura dominicana en la era independiente no podría dejar de comenzar con el nombre de Juan Pablo Duarte, apóstol y fundador de la República. Aquel varón ilustre, ejemplo de patriotismo inmaculado, abnegado y sereno hasta la santidad, creó y presidió la sociedad secreta La Trinitaria y en su seno enseñó filosofía y ciencias e inculcó a la juventud las ideas de libertad que culminaron con el grito emancipador del 27 de febrero de 1844. En su mente y en su cuaderno de apuntes vivió la República, con su constitución democrática, su escudo y su bandera, antes que en la realidad, y fué él el primero en la idea, en el esfuerzo, en la elevación espiritual y más tarde, como San Martín, en la renuncia.

Duarte se había educado en Barcelona y allí su espíritu se había templado en el espectáculo de la lucha por los fueros de Cataluña. Promediaba la primera mitad del siglo XIX y en la ciudad condal tomaban también nuevo vigor las doctrinas filosóficas de Raimundo Lulio. En ellas hubo de iniciarse el joven antillano, comunicando a su alma una moralidad mística que no abandonó nunca más. En la forma como organizó la agrupación patricia que gestó la independencia puede verse la influencia que tuvieron los juegos mágicos del "Ars Magna" y en el lema, el escudo y la bandera de la nueva patria concebida por él, así como en el juramento que redactó para los "trinitarios", que tal se llamaban los miembros de la sociedad La Trinitaria, se revela una perenne actitud religiosa. Dios y la Santísima Trinidad son siempre el primer objeto de su pensamiento, hizo de la cruz nuestra bandera y en el escudo puso la Biblia, abierta en la primera página del evangelio de San Juan. "En el principio era el Verbo" leemos allí con unción los dominicanos. Quién sabe qué necesidad de su espíritu llevó al Fundador a perpetuar en el emblema de la patria soñada y realizada el supremo sentimiento de misterio encerrado en el primer versículo del Evangelista.

Para completar la silueta de este místico y libertador, debo añadir que nunca contrajo nupcias ni dejó descendencia. Su íntimo desposorio con la patria no le dejó tiempo para unirse con mujer terrena, y esta circunstancia contribuye a dar contornos de mayor idealidad a su figura paradigmática.

A continuación del Padre de la Patria, se impone citar a los

próceres máximos Francisco del Rosario Sánchez y Ramón Mella, el primero hombre de letras por vocación, militar por obra de las circunstancias, y héroe por sobre todas las cosas; y el segundo soldado de corazón, impulsivo y arrojado. Sánchez fué una de los primeros jóvenes que trabó una amistad fraternal con Duarte, al regresar éste al país, y ambos fueron uno en el anhelo de hacer de nuestro pueblo una república independiente. Era alto, magro, fornido, con aire singularmente atrayente y dotado de un alma angélica; ejerció la abogacía, y toda su vida fué una prueba de que nació para el sacrificio y el martirio final. Estos rasgos me llevan siempre a compararlo con Lincoln. De él se cuentan, además, como del yanqui iluminado, defensas muy curiosas hechas en el desempeño de su profesión. Con Duarte hizo la República en 1844, tocándole a él la fortuna de ser el ejecutor material de la fundación, mientras el primero permanecía en obligado ostracismo; y más tarde, en 1861, organizó por designio propio una expedición con objeto de librar al suelo patrio de una nueva anexión a España que se había consumado. Para ponderar todo el valor de esta última acción de Sánchez, habría que conocer en detalle las amargas que le había costado desde su juventud ser un patriota puro, y los mil motivos de decepción que había tenido, ante los cuales se hubiera rendido cualquier espíritu fuerte. Estaba enfermo, además. El héroe entró al territorio dominicano, con su grupo de conjurados, por la frontera que nos separa de la República de Haití, y a poco cayó en una celada. Herido y prisionero, fué conducido ante un consejo de guerra que tenía órdenes de condenarlos, a él y a sus compañeros, a la última pena. Sánchez se irguió ante aquellos rudos jueces de campaña, sabiendo ya la suerte que le esperaba, y con elocuencia y energía produjo una defensa cuyo fundamento fué el siguiente: él y sus partidarios no habían faltado a la constitución y a las leyes de la República Dominicana, únicas legítimas en el ámbito nacional, puesto que precisamente habían ido a restaurarlas. No había pues motivos para juzgarlos. Por otra parte, el tribunal ante el cual comparecía era ilegal y arbitrario, y desconocía su autoridad, por estar regido por normas extrañas a la soberanía patria. Se declaró el único responsable de los hechos y en un rapto de exaltación patriótica terminó su discurso diciendo: "Yo soy la bandera dominicana". Dictada la sentencia fatal, fué puesto en capilla y suplicó le trajesen una Biblia. Con ella en las manos y en el alma pasó serenamente la noche. Cuando al alba le conducían al patíbulo,

llevado en una silla por sus heridas y enfermedad, la gente le vió todavía con el libro sagrado y le oyó repetir en latín el salmo de David: "Tibi soli peccavi et malum coram te feci".

El otro prócer a que me he referido, el General Ramón Mella, fué el impetuoso paladín que la noche del 27 de febrero de 1844, fijada para lanzar el grito de independencia, incendió los corazones con su actitud decidida. En un momento en que, por tardar en acudir a la cita algunos de los conjurados, asomó tímidamente su lívida faz el desaliento, hizo cumplir sin tardanza el propósito heroico de hacer patria, costara lo que costara, disparando al aire su trabuco. Mella fué también héroe de nuestra guerra contra España, en 1863, y en el curso de la campaña murió minado por la fiebre. Cuentan que, en trance ya de muerte, las escasas fuerzas que le quedaban, postrado en el lecho, las dedicaba a seguir la suerte de un combate que se libraba en las cercanías de su acantonamiento, y al advertir que los disparos se oían cada vez más distantes, señal de que el enemigo se retiraba, exclamó: "Se alejan los tiros, se alejan los tiros. Viva la República Dominicana", y al momento expiró.

Con Duarte, Sánchez y Mella, contribuyeron en grado eminente a crear y consolidar la nueva nacionalidad Antonio Duvergé, José Joaquín Puello, Juan Isidro Pérez, Pedro Alejandrino Pina y José María Serra, autor este último de unos *Apuntes para la historia de los trinitarios*, trinitario él también, y de una inflamada descripción de los sucesos del 27 de febrero, reveladora de que su alma estaba poseída del misticismo patriótico que infundió Duarte a su grupo de jóvenes, y de que le ligaba al maestro y jefe, como todos los trinitarios, un entrañable amor que hace recordar el que profesaban a Jesús sus discípulos.

Cierro las referencias a este período heroico de constitución y afianzamiento de la República con el nombre de Gregorio Luperón, soldado y escritor, principal conductor de la guerra de restauración contra España de 1863 a 1865, émulo y amigo de los adalides de la libertad de América en la segunda mitad del siglo XIX: Martí, Hostos, Betances. Dejó extensa obra escrita sobre los sucesos en que actuó y acerca de sus contemporáneos, que hoy constituye un inapreciable documento para la historia. La mayor gloria de nuestro Luperón puede sintetizarse en esta frase: Su brazo armado fué en todo momento un instrumento para la realización de elevados ideales.



La contribución de Santo Domingo al acervo cultural de América no comprende solamente escritores, artistas, sabios y héroes. Cuenta también con un santo: el presbítero Francisco Xavier Billini, cuya vida discurrió entre los años 1837 y 1890. Dotado de un amor inmenso a sus semejantes, consagró totalmente sus actividades al socorro de los desvalidos: niños huérfanos, ancianos, enfermos y dementes sin fortuna, y a la mejor educación de la juventud pudiente y no pudiente, dejando para esos fines instituciones perdurables. No obstante que la época en que vivió fué de gran pobreza en Santo Domingo, a causa de las guerras internacionales e intestinas en que el país se había visto envuelto, el Padre Billini —como le llamaron sus contemporáneos y le sigue designando la posteridad— sacó recursos de la nada, y como por obra de milagro, multiplicando en una lucha sin tregua los esfuerzos de su prodigiosa energía, fundó y sostuvo al mismo tiempo el primer orfelinato y el primer manicomio del país, un hospital de beneficencia y un gran colegio de enseñanza primaria y secundaria. Nuevo Toribio de Mogrovejo, salía además por las calles y los campos como el ángel de la caridad a enjugar lágrimas y prodigar consuelos a la gente dolorida; a dar alimento material y espiritual a los hambrientos y descaminados; a ofrecer albergue, vestido e instrucción a los desamparados, desnudos e ignorantes. Entre los poderosos y los humildes era tan amado como respetado. A los primeros les exigía su ayuda en tono de tan firme decisión, que anulaba toda excusa, y los segundos se arrodillaban para besar su mano siempre llena de bendiciones. No hubo comerciante ni capitalista que se atreviera a negar un pedido del Padre Billini. Le sostenían su irresistible energía personal —no obstante ser “mínimo y dulce” como Francisco de Asís— y una autoridad moral irreprochable. De este modo hacía él la caridad y obligaba a los pudientes a ejercerla. El rezongo de los últimos era pronto acallado por la seguridad de que las frazadas o las provisiones regaladas al Padre servirían para cubrir y alimentar a muchos desgraciados.

Su vida de caridad no le impidió cumplir los deberes del sacerdote en la iglesia, y así, una vez, siendo cura de la Catedral de Santo Domingo, y encontrándola en malas condiciones, dispuso unos trabajos de reparación del edificio. Cuando se ejecutaban los mismos, un obrero que practicaba una excavación en el pres-

biterio, dió con una pequeña bóveda y dentro de ella con una cajita de bronce que decía: "Ilustre y esclarecido varón Don Cristóbal Colón". Era el 10 de setiembre de 1877. Enterados el gobierno y el pueblo del portentoso hallazgo, revelador de que no habían sido los huesos del Descubridor los trasladados en 1795 de Santo Domingo a la Habana y luego a Sevilla, sino aquéllos, se colmó de gentes y autoridades el santo recinto para oír de labios del Arzobispo Cocchia el relato de lo ocurrido. Una vez cumplido esto y exhibida al público la urna encontrada, cuya autenticidad era de absoluta evidencia, el Mitrado anunció solemnemente que los restos del insigne nauta quedarían bajo su inmediata custodia en lo que se les asignaba lugar definitivo. Entonces, como si todos se hubiesen puesto de acuerdo, comenzaron a salir mil voces que resonaban con insistencia en las bóvedas del templo: "¡Que sea el Padre Billini! ¡Que sea el Padre Billini!" Al arzobispo no le quedó más camino que acatar el clamor popular, y el santo sacerdote tomó a su cargo la guarda de los venerables despojos hasta que se colocaron en el suntuoso mausoleo en que hoy se encuentran. Después de aquel día se vió al Padre Bellini andar siempre sin sombrero por las calles. "Debo permanecer descubierto ante un pueblo que me ha dado tan grande prueba de amor y confianza", fué su explicación. Hace poco se ha comenzado a gestionar la preparación del proceso de su beatificación.

En la historia de la República Dominicana sobresale con acentuado relieve otro sacerdote que fué arzobispo de Santo Domingo y presidente de la nación: Monseñor Fernando Arturo de Meriño. Pero en este señor de cumbres —que tuvo una humildísima cuna campesina— no son los caracteres que hicieron inmortal al filántropo Billini los que le presentan a la admiración de la posteridad, aun cuando, por añadidura, fué también caritativo. Su mérito extraordinario está en haber sido el más grande orador dominicano de todos los tiempos, virtud que se complementaba con un puro patriotismo y un valor cívico a toda prueba. Sus discursos, sagrados y profanos, pronunciados en su patria y en Venezuela, donde residió un tiempo, fueron incontables. Los discípulos del prelado —porque fué también maestro— compilaron algunos de los más notables: entre ellos los pronunciados en ocasión del cuarto centenario de América; en la inauguración del Instituto Profesional, del que fué rector; y en la apoteosis de Juan Pablo Duarte. También sus sermones y cartas pastorales. El,

por su parte, publicó unos Elementos de Geografía Física, Política e Histórica de la República Dominicana.

Para poner de manifiesto el grado a que llegó la hombría de aquel ministro del Señor, presentaré un solo rasgo de su vida política: En una ocasión, siendo presidente de la Asamblea Legislativa, debía tomarle el juramento de rigor al jefe del Estado recién proclamado, general Buenaventura Báez, hombre de mano fuerte que ya había gobernado despóticamente y que durante la guerra con España, de 1863 a 1865, había permanecido en el extranjero, no obstante ser el jefe del partido político más numeroso del país. Presa de amargura con este motivo, en plena ceremonia le enrostró al férreo caudillo un discurso en que valerosamente le dijo lo indigno que era de volver a ocupar la presidencia de la República.

He aquí dos párrafos de la famosa filípica:

“¡Profundos e inescrutables secretos de la Providencia! Mientras andabais vagando por playas extranjeras, extraño a los acontecimientos verificados en nuestra Patria, cuando parecía que estabais más alejado del solio y que el poder supremo sería confiado a la diestra vencedora de alguno de los adalides de la Independencia o la Restauración... tienen lugar en este país sucesos extraordinarios... Vuestra estrella se levanta sobre los horizontes de la República y se os llama a ocupar la silla de la primera magistratura. ¡Tan inesperado acontecimiento tiene aún atónitos a muchos que lo contemplan!

Empero, yo, que sólo debo hablaros el lenguaje franco de la verdad, que he sido aleccionado como vos en la escuela del infortunio, en la que se estudian con provecho las raras vicisitudes de la vida, no prescindiré de deciros que no os alucinéis por ello, que en pueblos como el nuestro, valiéndome de la expresión de un ilustre orador americano: “tan fácil es pasar del destierro al solio como descender de éste ante la barra del senado...”

Es de suponer la impresión que estas palabras causaron en el soberbio caudillo y en la multitud de adictos que le rodeaba. Uno de ellos, queriendo contrarrestar el estupor reinante y reencender el entusiasmo en sus copartidarios, gritó: “¡Viva el Presidente Vitalicio!” Rápidamente la voz de Meriño se impuso como un trueno: “¡Vitalicio no! ¡Temporal, alternativo y responsable!”

A la misma generación pertenecen el historiador José Gabriel García, el novelista Manuel de Jesús Galván, el escritor y erudito Emiliano Tejera, el dominicano Libertador de Cuba, Máximo Gómez, y el insigne maestro, nacido en Puerto Rico, Eugenio María Hostos.

Los tres primeros figuran en la historia de la cultura domini-

cana no solamente porque hicieron labor literaria, sino porque participaron en las actividades políticas y ofrecieron sus luces en la conducción de los negocios públicos y en la solución de problemas de interés general. Ya se ha observado ese fenómeno característico de nuestras jóvenes repúblicas en el período confuso que siguió a la independencia, época de educación cívica del pueblo y de adecuación de las instituciones a la realidad física y social de cada país: ninguna persona inteligente pudo sustraerse al deber de ayudar en la construcción política de la nación, para dedicarse exclusivamente a una labor de pensamiento, investigación o arte. La obra de los escritores de que me ocupo fué, sin embargo, predominantemente literaria, razón por la cual me referiré a este aspecto solamente.

José Gabriel García tiene para nosotros el mérito singular de haber realizado la formidable empresa de hacer la historia de Santo Domingo. Antes de la suya hubo seguramente obras históricas dominicanas de importancia, como la del ya citado Antonio Del Monte y Tejada, pero no una que abarcara sin huecos todos los períodos, desde la época precolombina hasta la contemporánea, y que comprendiera, en lo posible, todos los aspectos de nuestra comunidad. Con empeño heroico consagró su vida, desde la adolescencia hasta la muerte, a la realización de la obra, afrontando sin desmayar, en el trabajo de investigación, los obstáculos sin cuento que le oponían la época y el medio. La *Historia de Santo Domingo*, de García, se editó primeramente en cinco tomos; después en cuatro. Pero su labor de historiador no se limitó a esto. También publicó siete obras más, entre libros y folletos, con monografías, biografías, memorias, compendios y libros de lectura.

El nombre de Manuel de Jesús Galván está vinculado a una sola obra: su novela histórica *Enriquillo*, en que cobra vida y encanto el primer período colonial de Santo Domingo. Calificado hace tiempo por nuestro crítico Américo Lugo como el dominicano de más talento literario, es fama todavía que su obra máxima, la única que salva su recuerdo, es la mejor novela dominicana, y aún más, la mejor obra dominicana en prosa. No sé si este juicio es ahora la aplicación de una ley de comodidad mental que hace repetir ciertas ideas sin suficiente consideración crítica, o si es el fruto de un concienzudo análisis de nuestra producción literaria pasada y presente; lo cierto es que desde la aparición de la famosa *Enriquillo*, cuyo alto valor indiscutible hizo las delicias de mi adoles-

cencia, se han escrito en Santo Domingo obras en prosa de méritos tales que hacen cada vez más difícil el problema de la comparación.

El personaje cuyo nombre sirve de título a la obra es un cacique indígena cristianizado que se alzó contra los españoles y estuvo catorce años sublevado en las montañas del Bahoruco, hasta que el poderoso Carlos V envió un emisario a pactar con él la paz. Agregaré como dato interesante que el tratado que en aquella ocasión se celebró, compuesto de varias cláusulas, entre el soberbio monarca hispano, dueño de medio mundo, y el bravo cacique de la Isla Española, fué el primero que se firmó entre un soberano europeo y uno americano.

Emiliano Tejera fué una figura de gran prestancia intelectual y moral a fines del pasado siglo y comienzos del presente. De honrada inteligencia, y escritor erudito de bello estilo, se dedicó con amor al estudio de nuestra historia y a enseñar. A pesar de que no gustaba de intervenir en política, aceptó desempeñar elevadas funciones públicas cuando fué llamado a ellas en épocas difíciles. Una vez se le envió ante el Papa León XIII, nombrado árbitro en nuestras diferencias fronterizas con Haití, y presentó una memoria en defensa del punto de vista dominicano, notable por la fuerza de su argumentación, que luego fué publicada en francés. Se dedicó al estudio del Padre de la Patria, Juan Pablo Duarte, cuya amistad cultivó, y escribió sobre él dos libros; pero sus obras principales fueron los dos volúmenes que produjo para establecer la irrefutable autenticidad de los restos del Descubridor de América, hallados en la catedral de Santo Domingo en 1877 después de haber permanecido allí ocultos desde el siglo XVII por temor a que fueran profanados por los corsarios ingleses y franceses que a menudo castigaban la isla; y para negársela en absoluto a los llevados a la Habana en 1795 y luego a Sevilla, tenidos hasta el momento de aquel hallazgo como los de Cristóbal Colón e identificados después como los de su hijo Don Diego.

El libertador Máximo Gómez es dominicano y se hizo hombre en Santo Domingo, pero su gloria es principalmente de Cuba. Por eso me limito aquí a mencionar su augusto nombre, rindiendo homenaje al héroe que, al frente del bravo ejército cubano que hizo la independencia, asombró al mundo con sus hazañas.

En cambio el gran pensador de América Eugenio María Hostos, sin ser dominicano, pertenece de lleno a la historia de nuestra

cultura, ya que entre nosotros se estableció, reformó la enseñanza, escribió algunas de sus obras, y brindó su prédica a un grupo de discípulos dominicanos que luego fueron maestros a su vez o figuraron de otro modo en los primeros puestos de la vida nacional. Con seguridad, ningún otro maestro ha tenido una influencia tan grande en nuestra evolución política, social y educativa como el ilustre puertorriqueño, cuyas doctrinas en sociología, moral social, educación y derecho constitucional se repiten todavía en Santo Domingo casi convertidas en dogmas.



La poesía ha sido y es en Santo Domingo flor muy abundante. El número de sus vates sobrepasa al de los cultores de otras artes y de las ciencias. Para referirme a los correspondientes a la era republicana, elegiré cuatro nombres ilustres que pertenecen a nuestro romanticismo de los últimos años del siglo XIX: Salomé Ureña de Henríquez, José Joaquín Pérez, Gastón Fernando Deligne y Arturo Pellerano Castro.

Considerada por un reputado crítico como “la Corina que vence a todos nuestros Píndaros”, la eximia poetisa Salomé Ureña de Henríquez fulguró con majestad en el ambiente dominicano y al impulso de la admiración que provocaban los frutos de su genial talento poético, puesto al servicio de la patria, el progreso, la paz y la civilización, fué objeto en vida de grandes honores. No solamente es notable por su dedicación al verso, que en ella es pulcro y sonoro en la forma y noble y elevado en la idea. Sacudido una vez su espíritu delicado por el rudo encuentro de sus ilusiones patrias con una hosca realidad, escribió el poema *Sombras*, de hondo acento trágico, y desde entonces, significativamente, la poesía dejó de ser en ella el quehacer frecuente y se consagró a la educación. Fundó un Instituto de Señoritas en que puso en práctica los nuevos métodos de enseñanza preconizados por Hostos, con resultados cuyos beneficios recoge todavía la época actual.

Sombras comienza así:

Alzad del polvo inerte,
del polvo arrebatad el arpa mía,
melancólicos genios de mi suerte.
Buscad una armonía
triste como el afán que me tortura,

que me cercan doquier sombras de muerte
y rebosa en mi pecho la amargura.

Venid, que el alma siente
morir la fe que al porvenir aguarda;
venid, que se acobarda
fatigado el espíritu doliente
mirando alzar con ímpetu sañudo
su torva faz al desencanto rudo,
y al entusiasmo ardiente
plegar las alas y abatir la frente.

¿No veis? Allá a lo lejos
nube de tempestad siniestra avanza
que oscurece a su paso los reflejos
del espléndido sol de la esperanza.
Mirad cuál fugitivas
las ilusiones van, del alma orgullo;
no como ayer, altivas,
hasta el éter azul tienden el vuelo,
ni a recibirlas, con piadoso arrullo,
sus pórticos de luz entreabre el cielo.

José Joaquín Pérez descuella también triunfalmente en el parnaso dominicano con sus poesías indianistas y de otros asuntos. Consagró la mayor parte de sus poemas a cantar las glorias de los caciques indígenas que se sacrificaron en defensa de la libertad de sus pueblos cuando la conquista, y a recoger dulces leyendas de amor y de tragedia de la época precolombina. Es además muy hermosa su coraposición titulada *El junco verde*, relativa al primer indicio de tierra cercana que tuvieron Colón y sus marinos en las vísperas del descubrimiento; y tierna hasta sollozar otra llamada *La vuelta al hogar*, escrita por el poeta después de haber padecido seis años de destierro por causas políticas. De su poema *El voto de Anacaona* son estos versos:

Esbelta como junco de la orilla
de Ozama rumoroso, y sonrosada
como esos caracoles que tapizan
el extenso arenal de nuestras playas;

por finas plumas de variados tintes
las sienes levemente acariciadas,
y de perlas y conchas carmesíes
moviendo el cuello entre radiantes sartas;

con primor exquisito elaborado
un flotante cendal de hilo de palma
ciñendo el talle, al recorrer los campos
de su tierra feliz y codiciada:

—Tal es la digna esposa del valiente
e indómito cacique de Maguana;—
¡paloma tropical que el ala tiende
y del águila el nido amante guarda!

Gastón Fernando Deligne es el poeta filósofo y sociólogo, de una erudición vastísima, que se propone educar al pueblo con sus versos. Muchos le consideran el príncipe de los líricos dominicanos, y en verdad tendría todos los títulos para merecer tan privilegiada calificación si su poesía no contuviera a veces demasiados elementos extrapoéticos, que por otra parte encierran valor como ideas dignas de figurar en la obra en prosa de un buen pensador. Tiene también composiciones en que pone de manifiesto su gran patriotismo, y cantos de amor con el ligero tono sentimental que le permitió su naturaleza predominantemente intelectual.

Su poema *En el botado* se inicia con estos versos:

Cacique de una tribu de esmeralda,
aquel palacio indígena, el bohío
de la corta heredad a que respalda
un monte, que a su vez respalda un río,
cuando el idilio de un Adán silvestre
y su costilla montaraz lo hiciera
venturoso hospedaje,
paraíso terrestre,
lo más saliente y copetudo era
del ameno paisaje.

Su flamante armazón de tabla oscura,
su gris penacho de lucientes yaguas,
hacían verberar con nuevas aguas
la circunstante joya de verdura.

Aplanada en el techo
se oxidaba la luz cual plata vieja
o se colgaba a lomos y antepecho
en rubia palidísima crineja.

No era sino común que se trepase
un ruiseñor a su cumbrera holgada
y en fugitivas notas ensayase
la trémula canción de la alborada.

El último de los poetas citados, Arturo Pellerano Castro, es entre nosotros el maestro del género criollista, que en él no fué artículo importado sino espontánea floración de su espíritu original, impregnado del aroma de la tierra. Sus *Criollas*, que así llamó a las composiciones del nuevo cuño, son un derroche de ingenua gracia campesina, fiel reflejo de la innata dulzura de nuestra gente rústica, bailadora, sonriente y hospitalaria, en cuya modalidad predomina la ascendencia india y española, con muy escasa influencia africana en algunas zonas. En Pellerano Castro no existe, por eso, el retumbante ritmo de la poesía afro-americana que más tarde se puso en boga y que poetas dominicanos han cultivado, no obstante ser expresión ajena a la tierra.

Su poema *Americana*, escrito en los días en que los cubanos conquistaban como leones su independencia, empieza así:

Cántame el viejo canto, el viejo canto,
 el de las notas bravas,
 el del aliento del pulmón de hércules,
 el del empuje de crecidas aguas.

Cántame el viejo verso, el verso heroico,
 el de la musa trágica,
 el del canto insurrecto en la manigua,
 el verso del clarín y de la diana.

¿No ves teñirse en púrpura los cielos?
 No ves la vieja guardia
 de pie, como un titán, en la trinchera,
 lenceñida del cinto el arma blanca...?

¿No escuchas en el seno de las sombras
 la vibración de un arpa;
 una voz que departe en las alturas
 con el viejo coloso de la fábula?

¿No ves en el levante un punto de oro,
 una chispa que irradia,
 una visión de luz adolescente
 como la virgen proyección de un alma...?

¡Esa púrpura roja es el incendio!
 ¡la aurora de la patria!
 esa legión que ciñe la trinchera
 es la legión titánica,
 la misma de Pichincha y Ayacucho,
 la misma del Naranjo y de las Guásimas!

¡Ese canto en la sombra es la epopeya!
Es Homero que pasa!
La musa de Junín que se despierta
con su perfil de india americana!...

Para alumbrar otras parcelas esenciales del panorama cultural dominicano del siglo XIX, no podría dejar de intentar una ligera mención de nuestros músicos y pintores.

Entre los primeros sobresalen Juan Bautista Alfonseca, que en su época fué el centro de las actividades musicales de Santo Domingo y compuso música culta en varios géneros y piezas bailables típicas del país, como merengues y mangulinas; José Reyes, autor de nuestro canto nacional, un magnífico ejemplar de himno guerrero; y José María Arredondo, organista y compositor fecundo.

Entre los segundos están Alejandro Bonilla, pintor de amplios ambientes que reprodujo escenas de nuestra historia y dejó una colección de cuadros que son la mejor reminiscencia pictórica del Santo Domingo del siglo XIX; Luis Desangles, universal y criollo, notable por los magníficos ejemplares de arte impresionista que compuso; y Abelardo Rodríguez Urdaneta, que también fué escultor y por muchos años dirigió la Academia Nacional de Dibujo, Pintura y Escultura.



Muchos son los que en la última generación tejen, con su talento y dedicación inteligente, el tapiz de nuestra cultura. Este se hace cada vez más equilibrado y armónico de formas y colores, y día a día cobra mayor variedad la gama de sus matices. Mientras una pléyade de pensadores y hombres de ciencia, que se desarrolla, da consistencia al tejido fundamental, artistas y literatos comunican brillantez y galanura a los detalles ornamentales.

Una de las características de la presente etapa de nuestro movimiento cultural en sentido estricto es que la acción de los individuos, antes bastante aislada, se agrupa mejor, se hace institución, y por tanto se robustece y afirma, dando lugar a una mayor fructificación. Así, vemos a la Universidad de Santo Domingo, continuación de la antigua de Santo Tomás de Aquino, comenzar su quinto siglo de existencia animando sus viejos claustros con un extraordinario desarrollo, objetivado en la reinstalación de su Facultad de Filosofía, con gran número de profesores y materias que abarcan todas las ciencias; en el crecimiento de su biblioteca, de

sus diversos institutos, gabinetes y laboratorios, de sus publicaciones periódicas y esporádicas. Vemos también que el Ateneo Dominicano puede hacer un relato interminable de las conferencias, certámenes, debates, exposiciones, conciertos, cursos y otras actividades que ha habido en su seno desde que en 1932 lo inauguró en su segunda época el presidente de la República, Dr. Rafael L. Trujillo, gran propulsor de nuestra cultura. A la Academia Dominicana de la Historia, en fecunda e incesante labor, expuesta en su revista *Clio* y otras valiosas publicaciones; a la Academia de la Lengua, correspondiente de la española, en análogos empeños; al Instituto de Investigaciones Históricas, que ha realizado una extensa labor en la dilucidación metódica de los hechos pasados y en el estudio de problemas de difícil solución; al periodismo, representado en su sector más importante por voceros que pueden lucir bien al lado de los principales del mundo; y a tantas otras instituciones, en toda la República, pertenece poner de manifiesto con sus trabajos la vocación espiritual del pueblo dominicano.

Con la tradición de un ilustre pasado y el estímulo de un presente próspero, Santo Domingo entrará en su segundo siglo de existencia independiente impulsado por robusta fe en sí mismo y animado de una firme voluntad de grandeza.

PEDRO TRONCOSO SÁNCHEZ
Ministro de Santo Domingo

POEMAS DEL URUGUAY

EL HERVIDERO

A César Gutiérrez

O FRECE tu Hervidero gravedad de convento
en que pueden henchirse hábito y pensamiento.

O si no el aire rígido, ceñudo, de cuartel,
en que la patria brille en el acero fiel.

Mas convento o cuartel, cómo me ha conmovido:
sus paredones guardan un tiempo detenido.

No cabe a tu dominio el remiendo precario,
necesita la suelta bolsa del millonario.

Su fábrica reclama la arboleda sombría,
la trompa retorcida, la estirada jauría.

Y su interior la púrpura y la encina tallada,
la piedra trashoguera, la feudal llamarada.

Pétreas escalinatas que bajen hasta el río
y el yate que cabalgue sobre su oscuro brío.

Que decore la hiedra las vetustas arcadas,
que un dedo rosa empuje las maderas ferradas.

Que en la ancha plataforma que le ciñe de losas
salten al mismo tiempo niños y mariposas.

Que a la sombra humanista de olivos y granados
ascienda el humo azul de los pingües asados.

Y que ese sol deshecho que arde en los azulejos
contemple tus arrugas y tus cabellos viejos.

Que tu descanso sea prolongado y sapiente
como el asa pacífica que hace aquí la corriente.

Y que tus ojos vayan del reguero de hormigas
a la meseta limpia en que se yergue Artigas,

FERNÁNDEZ MORENO

1943.

SOCRATES, ARTISTA DE LA VIDA

La eterna verdad no es menos desconsoladora que consolante.

SANTAYANA.

No es fácil presentar a Sócrates.

Ya desconcertaba a los contemporáneos este hombre, "el más raro del mundo", para Fedro. ¿Es un santo? ¿es un loco? ¿un gozador? ¿un luchador? ¿Duda? ¿cree? ¿se ríe de sí o de nosotros? En realidad podemos sorprenderlo en un millón de posturas a cual más dispar y hasta contradictoria de la otra...

Así lo vemos jocosar en los banquetes; trincar a quien más; departir con Tais la hetera; batirse como un héroe en Potidea; rogar como un santón. Ciertas tardes los pilluelos de Atenas tejen una farándula en torno a un hombrezuelo, de pie desde la mañana como petrificado en una esquina, insensible, en su arrobamiento, a las vayas, al sol que acorta las sombras, al vuelo alto de las cornejas que anuncian la noche. Al cuarto de hora aquél mismo, coronado de rosas en el centro de un festín, será capaz de coquetear de la manera más equívoca para conquistarse un fascinado admirador.

No sorprende, pues, que Jenofonte y Platón (prescindiendo de Aristóteles y Aristoxeno) nos den de él representaciones tan opuestas.

¿Por ventura no le habría caído a este soberano maestro —suprema ironía— la mala suerte de tener un alumno demasiado inteligente: Platón, o uno demasiado fiel: Jenofonte? La anécdota que nos ha transmitido Diógenes Laercio podría ser alarmante: "¡Cuántas mentiras me ha hecho decir este hombre!", habría exclamado Platón abriendo el *Lysis*.

Hagamos a un lado, por tanto, el resbaladizo problema filológico de las fuentes y volvámonos únicamente a aquel aspecto de él, que queda necesariamente implícito en el planteo del problema exegetico fundamental; a saber: el problema del pensamiento socrático, o, lo que es lo mismo, de la dialéctica socrática.

Tratando de restringirnos a un esquema, podríamos reducir las varias interpretaciones a tres tipos fundamentales.

La primera, que puede llamarse *escéptica* (se verá mejor adelante por qué) se atiene preferentemente a Jenofonte; las otras dos, *dogmáticas*, miran más bien, una, a Platón, con una interpretación *religiosa*, y, la otra, a Aristóteles con una *racionalista* y *gnoseológica*.

I: La *interpretación jenofontea* es la de los que se complacen en reducir a Sócrates a un simple maestro de moral popular, como Brochard, por ejemplo, o como H. Gomperz —que, de hecho, lo compara gustoso a Confucio—; a un mero utilitarista, como Heinze, Jodl, o a un reformador político, como Döring. Es la de los Chaignet, los Pfleiderer y muchos otros que tratan de conciliar el Sócrates jenofonteo a lo menos con el del primer Platón (Grote, Zuccante, Maier, Busse, Wilamowitz-Moellendorf, etcétera).

Boutroux, a quien podemos tomar como el más representativo de todos ellos, en su famoso ensayo "Socrate fondateur de la science morale" (en *Etudes d'histoire de la philosophie*, París, 1897) acredita privilegiadamente a Jenofonte por ser, en su opinión, de todos los testigos fidedignos, el solo historiador de profesión. Rechaza sin más como peligroso el principio eurístico de Schleiermacher: "para saber quién es Sócrates, antes que nada, buscar por qué Platón haya podido considerarlo su maestro". Quiere de una vez examinar a Sócrates "juxta propria principia", y no, como han hecho todos hasta aquí, cada cual desde el punto de vista privativo de su propia filosofía.

Tales intenciones —según vamos a ver a renglón seguido— son demasiado hermosas para que el mismo Boutroux pueda ponerlas en efecto. El mismo arranca —¿y cómo no hacerlo?— de un punto de vista apriorístico: el suyo.

En efecto, según Boutroux, la ciencia de Sócrates no es "la ciencia", sino tan sólo "la ciencia moral". Esta no tiene por objeto las ideas universales, sino, únicamente, las nociones comunes.

De ahí, y a falta de otro método mejor que la "enumeratio simplex" —el único de que podían echar mano Sócrates y los griegos de su tiempo—, la necesidad del debate, del diálogo como algo fundamentalmente inherente a la propia naturaleza del problema que Sócrates habíase propuesto. Sócrates es *el fundador de la ciencia moral*, pero entendiendo ésta en el sentido exclusivamente *empírico*, como establecimiento de un criterio común por medio del cotejo experimental: de la confrontación. En suma: Sócrates no sería nada más que uno de esos amables predicadores de virtud, de esos sofistas de la primera manera, que Atenas había recibido con admiración ya que no con aplauso.

Cuanta parte tenga el supuesto apriorístico en este planteo lo revela

la siguiente argumentación "ad absurdum" de Boutroux. El filósofo de Estagira más de una vez le reprocha a Sócrates el haber, en sus deducciones, arrancado tan sólo de "los principios comunes". Ahora bien —observa el filósofo francés— ¿cómo habría tenido el menor derecho Aristóteles de reprocharle a Sócrates no haber sido lo suficientemente científico si hubiese querido aludir a una *ciencia imposible*? Luego era la suya (la de Sócrates) *la única ciencia posible de la moral*, eso es: *la empírica*...

Esta pequeña, diminuta ciencia, naturalmente, se le torna bastante difícil a Boutroux distinguirla de la de los sofistas. Así se ve obligado a gastar muchas y enredadas palabras para demostrar que la ciencia socrática no puede confundirse sin más con "el arte" ejercido por aquéllos. Al fin, queriendo mostrarse conciliador, recomienda este criterio eurístico suyo como el más provechoso y seguro: tomar de Jenofonte solamente lo que pueda concordarse con Platón. Es gran desgracia que justamente en los puntos capitales no haya medio de hacerlos avenir, pues no solamente discrepan, sino que se contradicen...

¿Quién no ve, en efecto, que el criterio postrero de la moral que Jenofonte nos alega en los *Memorables* (Cap. IV, 12 y 25): "Digo... que la justicia es la *observación de la ley*... lo que los ciudadanos, de común acuerdo, han prescripto hacer o prohibir" ... "¿Quién podría siquiera ordenar lo que es justo, sino los dioses? *Lo que agrada a los dioses*, Hipias, es, por lo tanto, al mismo tiempo justo y conforme a las leyes", es la contradicción puntual de lo que dictamina Platón en el *Eutifrón*?

En los *Memorables* (II, 1) el príncipe persigue su provecho privado o el de los súbditos, en tanto que lo más hondo de la investigación política de *La República* arraiga, desde un principio, en la exigencia de la concertación del uno con el otro.

Quedaría, al fin, una sola única diferencia ineliminable entre Sócrates y los sofistas: su famoso desdén por toda retribución en dinero: quizás nada más que un prejuicio de aristócrata, al paso que, sobre el terreno teórico, como hemos visto, hasta quedamos en atraso en parangón de la conquista más valiosa de la sofística: la distinción entre "fusi" y "nomi"; entre "lo que vale por naturaleza" y "lo que vale por convención, o por ley".

No es ésta la primera vez que sorprendemos a Sócrates en posición de inferioridad con respecto a Protógoras... (1)

Además, si la cuestión fuese verdaderamente de "código", excluyendo el código divino estampado en la conciencia, lo que nos llevaría a la interpretación religiosa, ¿por qué, en cambio de predicar, Sócrates no escribió

(1) En el *Teetetes*, por ejemplo (166-167), Sócrates figura muy diestro en reducir al absurdo Protógoras, el cual enseña, y enseña *por dinero*, aunque bien sea consciente de

el suyo? ¡Pero si él los ha violado todos! ¡Por eso, y nada más, lo han condenado! El mismo no lo ignoraba (2).

En fin, es cierto que con el Sócrates de Jenofonte se esfuma por completo la ironía. Nada menos irónico que el bonzo jenofonteo, mientras que la voluble sonrisa de Sócrates irradia hasta sobre Platón, hermoseándole las más presumidas concepciones metafísicas de la vejez, o, cuando menos, de la madurez, con transformarlas en pudorosas "memorias" escritas nada más que para su solaz y goce al atardecer de la vida (*Fedro*, 276).

En Jenofonte Sócrates es presuntuoso en las menudencias de la vida diaria, escéptico en lo tocante a la ciencia más alta, a la cual de antemano renuncia, mediocre siempre: un "magister". "¡Si Sócrates fuese solamente aquél!", le acontece decir a quien recorre las páginas de los *Recuerdos* y de la *Apología*.

Esta interpretación, rebajando a Sócrates al patrón de un sofista aunque sea de los más elevados, a una especie de Pródicos (que, en efecto, está presentado bajo luz muy favorable en los *Memorables*) no consigue, empero, explicar a Platón. Ahora bien: si no es lícito, como quiere Boutroux, explicar a un maestro solamente por las teorías a veces muy apartadas de las suyas, que son capaces de sacar de él sus discípulos, tampoco se puede explicarlo prescindiendo totalmente de ellos.

De no ser así, ¿por qué, entonces, Sócrates no fué a la escuela de Protógoras? ¿Y su "ti estí"? ¿y su petulante, aguijoneadora estimulación gnoseológica?

Una interpretación como la de Boutroux parece hecha a propósito para provocar y justificar la reacción de los hegelianos. "Sin el Sócrates del concepto —dicen muy bien— faltaría un eslabón en la historia de la filosofía griega. Si no existiese, haría falta inventarlo".

En un solo punto se aventaja la interpretación jenofontea. Es —que

no tener un criterio absoluto de verdad. Pero Protágoras no se rinde, antes, puede contestarle triunfalmente: que, por lo contrario, es justamente porque él no posee un criterio de la verdad que le es límite enseñar por dinero a los que le piden, no la verdad, pero un poquito de ilusión para alivio de sus males. El loco es Sócrates que va repitiendo a diestra y siniestra —él también— que no conoce la verdad, y, con todo, continúa enseñando... entonces *por nada*...

(2) "Tal vez justamente por eso me haya traído encima la acusación de Meleto: porque cuando vienen a referirme ciertos cuentos acerca de los dioses yo no consigo soportarlos y creerlos fácilmente" (*Eutifrón* 6, a.).

Verdad es que, también sobre este punto, Jenofonte reza lo contrario: "Mi fin era demostrar que Sócrates *había hecho cuestión capital de respetar a los dioses* y parecer justo respecto a los hombres; y que no había querido deber humillarse a súplicas para conservar su vida; pensaba que ésta terminaba a tiempo, y se vió sobre todo después de su condena, que tal era su pensamiento". (*Apología de Jenofonte*).

digamos— el anverso de sus defectos mismos. Por el solo hecho de cercenar la virtud socrática hasta el modesto utilitarismo empírico de los sofistas, es la sola que más o menos consigue engarzar en la doctrina, también indudablemente socrática, de la enseñabilidad de la virtud. En efecto, en ello hacen hincapié todos sus adherentes, cifrándolo particularmente en el *Protógoras*, como si tal tesis no quedase aniquilada, en ese diálogo mismo, por su ironía interior, y en el *Menón* por su refutación.

Boutroux, a tal propósito, es explícito. Para él, Sócrates, desde un comienzo, se propuso nada más que el problema siguiente: “En qué deba consistir la virtud para que virtud y felicidad puedan tornarse objeto de ciencia”. A la luz de semejante criterio eurístico le aparece evidente que “la célebre paradoja socrática: la ciencia se identifica con la virtud, vale solamente merced al inocente utilitarismo de Sócrates, que, en resumidas cuentas, coincide también con el dominio de sí”.

El apriorismo fundamentalmente escéptico de semejante enfoque se revela a las claras cuando se considera como Boutroux —y tras él los demás— dan ligeramente por supuesto que la ciencia moral, en cuanto tal, sea algo, cualitativamente o cuantitativamente, inferior a *la otra*.

No parecen advertir, los unos y los otros, que un concepto universal, pero limitado al ámbito del bien, es —como se pone de manifiesto— contradictorio, y que —más aún— una pequeña ciencia secundaria, inclusive para actuar como tal, necesita la trabazón con la primaria, so pena de la vida. Si, como quiere Bergson, es verdad que son dos las fuentes de la Moral, no se puede impunemente distinguirlas demasiado, sin, también, y por lo mismo, mantener entre ellas cierta conexión. De lo contrario, lo secundario se vuelve primario, independiente; en nuestro caso: apártase de la misma moral.

Ahora bien: las repetidas alusiones a la “misión”, al “mandato de Dios”, etc. con que Platón —y en los diálogos más certeramente socráticos— se refiere al maestro, deben seguramente corresponder a una realidad histórica. No hay duda alguna: un elevado, inconfundible sello moral marcó a Sócrates de un cabo al otro de su vida.

Por apuntar preferentemente a eso se distingue el *Segundo tipo de interpretación: la Religioso-platónico*, que cumple ahora pasemos a examinar.

II: Los motivos de una auténtica fe, o, cuando menos, de una disposición religiosa, abundan en el Sócrates platónico. Para no detenernos sino en los más conocidos, recordemos la filosofía preparación a la muerte, el gallo a Esculapio, el rapto demoníaco, la inmortalidad del alma, etc.

Se encuentran preferentemente en el *Fedón* y en la *Apología*. Pero como aquí es legítimo sospechar de la objetividad de Platón, demasiado interesado

personalmente, en tanto filósofo, como para no asomar de continuo detrás de la figura del maestro, de la gran legión de intérpretes orientados en esta dirección (desde el viejo Brückner a Fouillée, a Cayetano d'Eichtal y a M. Franck; a todos los ingleses como Taylor, Shorey, Kengson Rogers; a los Windelband, los De Sanctis, etc., hasta llegar a la tesis atrevida de Burnet, que sobrepasa a Platón mismo para llegar a Pitágoras) nos contentaremos con examinar a uno que, como Piero Martinetti, bien comprende cuan necesario sea, para no alejarse demasiado del Sócrates histórico, preparar, por lo menos, el momento *positivo religioso* con uno *negativo escéptico*.

Así nuestro segundo tipo de interpretación necesita, aun cuando sea para sobrepasarlo, el primero. Trátase una vez más, y para decirlo con las palabras famosas de Kant en el prefacio de la *Crítica de la Razón Pura*, de "despejar el terreno de la razón para dar lugar a la fe". El ave de Dios levanta vuelo solamente en el crepúsculo de aquélla.

Martinetti (en *Rivista di Filosofia*, año XXX, N° 1, enero-marzo de 1939, artic. "Sócrates") parte de esto: "Sócrates —dice— es sofista, pero es también algo más que sofista".

Analiza el crítico magistralmente el ambiente en que el humilde hijo de Fenareta se formó; subraya todos los motivos de naturaleza dualista, y, por ende, religiosa (por lo general de procedencia órfica) que obraron e hincaron su raigambre en los amigos del filósofo, los literatos del tiempo y hasta los reformadores políticos. No hay duda en que cierto antiestatismo afín al cinismo debía de estar en el aire si el cómico Ameipsias (Fr. 9, Kock) pudo anotar como mérito eminente de Sócrates que "era capaz de hacer muchas cosas con excepción de una sola: hacer algo grato a un rico".

La tesis de Martinetti descansa por completo, y con cierta ligereza, sobre un paso del *Alcibiades Mayor*, desgraciadamente muy dudoso, y sobre cuanto se puede explotar por este sesgo en Jenofonte, y que, por no ser mucho, sería tanto más probatorio (1).

(1) He aquí el paso del *Alcibiades*:

SÓCR. — Ahora bien, ¿en el alma hay algo que podamos distinguir como más divino de aquella parte en que residen el alma y el pensamiento?

ALCIB. — No, no se puede.

SÓCR. — De hecho aquella parte parece toda divina, y quien bien la considera, y sabe descubrir en ella todo lo divino que contiene: *un Dios y un pensamiento* ("Teòn te kai frónesin"), ese corre el albur de conocerse mejor a sí mismo.

Alcibiades Mayor, 133, C.

Y en los *Memorables* de Jenofonte (IV, 3 y 1): "Ciertamente el alma del hombre más que cualquier cosa humana, participa de lo divino". "Lo que el hombre tiene de más grande y mejor, el alma, se la infundió Dios".

Pero, por lo que atañe al primer paso —el del *Alcibiades* y de la identificación de

La doctrina de Martinetti se puede resumir en esta frase suya: "Sócrates ha apuntado a la lógica de los conceptos, sino al esclarecimiento de los conceptos con vistas a *una solución moral*". El momento *negativo* de la ignorancia irónica lleva, *más tarde*, a su cumplimiento en algo *positivo* que está *más allá de la razón discursiva*". Honra a Martinetti el hecho de que admita que "este segundo momento es mucho más difícil de probar"... "La ignorancia de Sócrates —agrega— es la sabiduría de quien sabe que la intención religiosa más elevada ya no es reducible a concepto y no es trasmisible como enseñanza positiva".

Pero esta tesis, a pesar de su debilidad filológica e histórica (desde luego no es suficiente demostrar imbuído de elementos dualistas y religiosos el ambiente en que se ha desarrollado un filósofo para sacar en consecuencia que, luego, su pensamiento "debe ser" religioso tropieza en una dificultad insalvable. Tan sólo con citar otro paso de Martinetti nos saltará a la vista. Dice: "Sócrates hizo de la reflexión el fundamento de una *nueva objetividad*, por cuanto fué (en el momento positivo —entonces—) el predicador de una nueva religiosidad moral".

"Moral religiosa" o "religiosidad moral", lo mismo da; ya que para Martinetti, y yo estoy con él, no hay moral sin fundamentos metafísicos y religiosos. No es que haya —como para Boutrix— *solamente* moral, pero sí *sumamente* moral.

Pero, queda por explicar cómo de un momento negativo —auténticamente negativo— uno puede levantarse nada menos que a una nueva objetividad ontológico-metafísica. Por otra parte, sin ella, tiene razón Martinetti, la religión de Sócrates no es religión; es simple iluminación privada. La moral suya, ambiciosa, nada menos —según él— de fusionar el bien social con el bien individual, queda desprovista de cimientos. Más aun: su predicación se torna, o imposible, o una vulgar impostura.

Así, no hay remedio: debemos caer en la *tercera interpretación: la Aristotélica*.

III: A ella, fundamentalmente, se adhieren los Bokownen, los Pöhlmann, los Joël, etc. y los hegelianos en general, quienes siempre precisan eslabones...

la razón con lo divino— Martinetti olvida alegar una cita muy interesante de Platón, del Platón hasta tardío del *Filebo*, en que la misma corre en sentido radicalmente opuesto:

PROTARCO.—Tú lo dirás, según creo yo, a mí y a ti.

SÓCRATES.—Lo dirá, en cambio, un dios, si alguno hay que dé oídos a mis plegarias.

PROT.—Reza, entonces, y reflexiona.

SÓCR.—Reflexiono, y me parece, oh Protarco, que ya con esto un Dios se nos ha hecho amigo.

Aristóteles nos presenta a Sócrates en la *Metafísica* (XIII, 4, 1078) de este modo: "Dos cosas pueden con derecho atribuírsele: los razonamientos inductivos y las definiciones de lo universal, pues ambas conciernen al principio de la ciencia".

La tesis, por lo demás, es consabida. Se encuentra en toda armoniosa pintura del pensamiento griego, atenta especialmente a recalcar la continuidad de su desarrollo. "Sócrates el reconstructor". Bajo aquel título se nos presenta el concepto socrático como el heredero de la búsqueda sofística; pero, sobre aquélla, aunque en los mismos límites antropológicos de aquélla, Sócrates hincaría los cimientos científicos que permiten el desemboque en las ideas platónicas y las especies aristotélicas.

Empiezan por notar los que participan en esta interpretación, que ninguna filosofía antigua fué menos práctica y menos política que la de Sócrates (1). Sócrates es, pues, el campeón de un *racionalismo* —en un primer momento— tan sólo *moral*: "Sócrates discutía solamente acerca de las cosas morales, y no se interesaba en absoluto por toda la naturaleza, y en las cosas morales buscaba lo universal, siendo el primero que tuvo por objeto de su pensamiento las definiciones" (Aristót. *Metaf.* I, 6, 987).

Pero, desde el tal programa ceñido es fatal que, pronto, se traspase a otro mayor, siendo contradictoria la limitación, como hemos visto. De la moral, por tanto, pasa a la ontología, sustentáculo de la ética: "... tenía razón en buscar las esencias, pues quería razonar y el principio de los razonamientos está constituido por las esencias de las cosas". (Aristót., *Metaf.*, XIII, 4, 1078).

Esta es la tesis *dogmática* en que —como es fácil advertir— pueden convenir sin inconvenientes muchos platónicos, como Zeller, Schleiermacher, etc. Lo malo está en que chocamos contra infinitas objeciones. Enumeraremos a continuación las más importantes:

- 1) Sócrates no ha dejado escrito nada, como todos los escépticos.
- 2) Nunca ha concluído positivamente un discurso, una discusión.
- 3) Siempre, y esto en los momentos más graves de su vida —como en su suprema defensa en el tribunal, según el, en esta ocasión, insospechable testimonio de Platón en la *Apología*— declaró "que una sola cosa sabía: que no sabía nada". Siempre remachó el clavo de su esterilidad. "Ya que esto yo tengo de común con las parteras: que *yo también soy estéril en punto a sabiduría*... La razón del hecho estriba en que el dios me obliga a hacer el obstétrico, pero me vedó el generar. Yo soy, entonces, por mí

(1) "A quien lucha en favor de la justicia le es preciso no vivir en público, si es que quiere salvarse por algún tiempo, pero sí privadamente". Así Platón en la *Apología* (32, 2). Véase también *Hippias mayor* (281).

mismo todo lo contrario de un sabio; ni de mí nunca ha podido salir algún sabio descubrimiento que sea engendro de mi alma". (*Teetetes*, 150, c.).

La cosa resulta tanto más significativa en cuanto Sócrates sabía que contestaba aquí a una multitud de murmuradores: "Y el reproche que ya muchos me hicieron que yo voy interrogando a los otros, pero nunca, acerca de ninguna cuestión, manifiesto el pensamiento mío, por lo ignorante que soy, es un atinadísimo reproche". (*Id.*, *id.*).

Un diálogo entero, posiblemente apócrifo, de Platón: el *Clitofón*, está dirigido a cerrar a Sócrates en el apretador de esta sesuda disyuntiva: "Sócrates, o es verdad que nadie sabe, y en este caso cesa de molestar a la gente con tus fastidiosas preguntas, con tus acuciamientos de "protréptico" (espoleador); o tienes razón de estimular porque la verdad la tienes, y entonces dásosla, arrójala de una vez, sin tantos rodeos y ambages!"

4) Esta misma opinión pública, tan fuerte como para concretarse en un diálogo, lo condenó como sofista. Algo debía de haber; no hay humo sin fuego...

5) Dejó su pensamiento harto indeterminado, incluso en sus estructuraciones fundamentales. Tanto es así que apelaron a él, de los lados más opuestos, Cínicos, Cirenaicos, los Escépticos de la Media Academia, convencidos después de siglos de continuar su verdadero pensamiento, y hasta Nicolás Cusano, ya en pleno Renacimiento, toda vez que enarboló su gran principio de la "Docta Ignorancia".

6) Acerca justamente de la enseñanza de la virtud, es decir, para él, de la ciencia misma, no ha dejado sino testimonios contradictorios (el *Protágoras* y el *Menón*).

7) En fin: si hubiese descubierto el concepto, la verdad universal, ¿por qué para sí, y en los asuntos de mayor trascendencia, siempre prefirió valerse de la sencilla voz del demonio interior? ¿Qué se diría de uno que se va jactando de haber inventado la ametralladora y el día que tiene que trabar combate se vale del fusil de chispa? De uno que se vanagloria de poseer un flamante automóvil y, para correr una carrera en que le va la vida, echa mano de los zancos?

Un Sócrates semejante siempre me hace recordar a mi padrino, gran fabricante de chocolate, allá en Italia. Un día muy lejano de mi infancia —lo tengo en la memoria como si fuese ayer— me preguntó: "Nene, ¿quisieras gustar una tableta de chocolate... pero... del... bueno?"

Y me llevó a un armario de su dormitorio donde tenía guardado todo un muestrario de chocolate... Lindt y Sprüngli!

Así, al final de nuestra investigación no nos quedará más —al parecer— que exclamar, con uno de los últimos estudiosos (H. Kuhn), para-

fraseando al oráculo de Delfos: "De Sócrates una cosa sola sabemos: que no sabemos nada".

Quizá yo preferiría lo que muy cuerdamente observa Francisco Romero, cuando dice que, acerca de Sócrates, nos encontramos más o menos en la misma situación que con Jesús. Con esta disparidad, empero: que respecto de éste todas las fuentes son dudosas, mientras que con relación a Sócrates es mucho peor: ¡son todas fehacientes!

Posiblemente sea esto lo que ha autorizado, especialmente en los últimos tiempos, una *cuarta solución ecléctica*.

Muchas de las que hemos citado ya son, cual más cual menos, conciliables. Me limitaré, aquí también, a examinar algo más detenidamente sólo la de Mondolfo, el ilustre historiador italiano hoy profesor en Córdoba, por ser una de las más al día, y —quizás— entre nosotros, la más conocida.

Mondolfo (*Moralistas Griegos*, Imán, B. Aires, 1941, pp. 61-107), que llega último, se vale de su inmensa cultura y de una infernal ingeniosidad para poner a todos de acuerdo.

El querido y venerado maestro me perdonará si no puedo estar con él en este caso, en que me permito desconfiar de la sola malicia que le conozca: la del optimista empedernido, que es —qué digamos— un mal muy propio de los historiadores. . .

Empieza con dar razón a Martinetti y aceptar sin más la solución religiosa de los dos momentos. Después de destacado el aspecto misión, mandato de Dios, etc., en la vida de Sócrates y también el ambiente y los precedentes órficos, nos explica la ironía socrática como un proceso constituido por dos momentos: uno *negativo*: la refutación del error en el adversario, y el otro *positivo*: la mayeutica, el alumbramiento de la verdad. El primero debe entenderse sólo como un proceso de purificación que allana el camino para mejor llegar al segundo. Pero ¿cómo explicar la repetida aserción de Sócrates, en el *Menón* y en el *Teetetes*, que él duda porque *es dudoso*, que estimula a parir *mas no pare*, a pesar de que —como dice— todos le reprochen justamente esta singularísima contradicción? (1)

Ironía, responde Mondolfo, que no parece darse cuenta de la gravedad contenida en esta insinuación de una tercera acepción de la palabra. Pues, entendida así, ironía viene a ser no solamente refutación de la opinión errónea de los otros para mejor dejar sentada la verdad, la

(1) "Yo, si verdad es que el torpedero entorpece a los otros porque torpe es en sí mismo, me le asemejo; si no no. Porque no es así: que yo, por lo que me toca, esté en lo cierto y ponga las dudas en las cabezas de los demás, sino que por estar yo mismo lleno de dudas más que cualquier otro, a éstos hago dudosos también". (*Menón*, 80)

verdad nuestra; sino que es auténtica mentirosa denegación de esta última, en plena mala fe.

Porque no hay que perder de vista la ocasión, la situación psicológica particular en que cae la denegación socrática. Le están preguntando a Sócrates: "¿Sócrates, cuando dices: "dudo", dínos, es que dudas de veras, o es que chanceas?" Y Sócrates, asegurando que no, que está hablando en serio, chancearía una vez más? ¿Y el hombre que puede comportarse en esta forma frente a un alumno, aunque fuera en procura de su bien, sería todavía un maestro? Llámesele político, inventor, si se quiere, de nuevos métodos de enseñanza, ya que —sabido es— los métodos siempre han sido inventados por los que se dispensan de aplicarlos... pero maestro, que es como decir "testigo", o mártir... es otra cosa.

¿Cómo podría purificar a los demás quien se corrompe en la mentira en el instante mismo en que emprende la tarea purificadora? ¿Purificaría tal vez a costa de una purificación precedente? Peor todavía. Los valores espirituales siempre son actuales. De no serlo, o no son valores, o —lo mismo da— no son espirituales. Se purifica a los demás purificándose, no por haberse purificado. La purificación no puede entenderse como un don vitalicio. Lo mismísimo pasa con la libertad, valor espiritual como el que más. Nadie puede descansar sobre su posesión. De esta peligrosa ilusión quizás el mundo contemporáneo ya esté depurándose. Poseer la libertad es esclavizarla; la libertad está solamente en el esfuerzo que se hace para adquirirla. No hay libertad adonde no hay *liberación*.

Mondolfo entiende, entonces, la ironía en la significación tradicional, de mentira política, para mejor despertar en el docendo las energías activas. Volveremos sobre este punto tan trillado y, para mí, del todo inaceptable.

Sea como sea, queda sentado que, para Mondolfo, esta energía del alumno produce algo, o —mejor dicho— que la inteligencia despertadora del maestro vislumbra alguna idea positiva a falta de que nadie podría darse por el despertador de nadie. Concede Mondolfo que, por cierto, aquí Sócrates ya implicaría a Platón, y concede, también, que, más que un verdadera sistema de ideas, haya tenido, cuando menos, tan sólo la idea más fundamental del bien. Este concepto de que tener la idea del bien constituya como un primer grado menor —una especie de ciencia diminuta— es el prejuicio de Boutroux, como sabemos.

Pero, la tal idea, ¿la tiene o no la tiene? "Casi" la tiene —dice Mondolfo— y por ende "se convierte en amor"; en algo vivificante y vivo; en una actuación práctica, en el dominio de sí de que habla Jenofonte. Así en un mismo instante damos razón a Platón y a Jenofonte (Boutroux), al paso que nos atenemos sustancialmente a una incomprensión aristotélica.

Todos saben, en efecto, que Aristóteles puede aceptar el racionalismo socrático como "frónesis", sabiduría diminuta, consistente en dirigir la vida según la razón, es decir, como ética; mas, para sí, al fin y al cabo, prefiere los valores dianoéticos, por los cuales la vida *se vuelve* la misma razón. Puede, en otras palabras, aceptar la moral común o la ultra-filosófica. Lo que rehusa es lo más típicamente socrático, quizá el mayor descubrimiento moral y psicológico del gran maestro, a saber: que sea suficiente ver el bien para hacerlo; que nadie peca voluntariamente. La refutación de la tesis socrática se encuentra en la *Ética a Nicómaco*. Más o menos dice así: que no es suficiente leer la receta del médico para ponerla por obra. Entre el juicio teórico y la actuación práctica es preciso que intervenga la "búlesis": la determinación. Es esto lo que Aristóteles llama el "dominio de sí" y justamente de aquel pasaje extrae Mondolfo su cita tan conciliatoria, aparentemente, del Sócrates jenofonteo con el platónico.

Así el "dominio de sí" se vuelve una especie de *voluntad cristiana*, una suerte de *libre arbitrio*, elemento medianero entre la premisa teórica y la ilación práctica; justamente lo que el descubrimiento socrático niega.

Si, en puridad, es verdadera la famosa proposición socrática de que nadie peca voluntariamente, que siempre hacemos lo que "vemos", etc., ¿cómo explicar psicológicamente el tal "dominio de sí" en términos socráticos? ¿La parte dominante y la parte dominada en qué difieren? Desde luego no por ser una la razón y la otra el sentido, sería negar la inscindible unidad teórico-práctica que estamos afirmando. Estas dos fuerzas "opuestas" —según las palabras mismas de Mondolfo— ¿en qué se oponen entonces? Vano es replicar que hay que someterse a "la sabiduría", ya que este término, tomado en sentido rigurosamente socrático, significará algo al mismo tiempo teórico y práctico, y así las dos fuerzas en juego son entrambas "sabidurías".

Para preferir una sabiduría a la otra habría que ser poseedores de un criterio ontológico, platónico, señalando el valor preminente en sí de un grupo teórico-práctico sobre los demás.

Ya que no, renegamos de la premisa, y hay que plegarse a Aristóteles: sabiduría es *la mera razón*.

En conclusión: o Escépticos, o Platónicos, o Aristotélicos: no hay escape.

Pero volvamos al punto de partida. Damos con la misma disyuntiva.

Aquí es donde aparece que no es viable dejar incierto tal inicial conocimiento de la idea del bien en Sócrates, como hace Mondolfo. Esta idea del bien (para nada secundaria, antes bien fundamental) ¿la conocía o no la conocía de veras Sócrates? *Si no la conocía*, por cierto se sigue de

ello —no ya que se convierte— pero sí que se identifica con el Amor, eso es con una aspiración, un movimiento. Pero entendiendo las cosas así, se esfuma la interpretación religiosa y caemos netamente en la escéptica. Pues tórnase evidente que una simple exigencia hacia el bien, ya no es más una exigencia. Por exigencia habría de conceptuarse una suerte de virtualidad... necesaria; "contradictio in ajecto". Se puede, quizás, tender (y trabajar toda la vida para tender) hacia un objeto conocido por inalcanzable, pero ¿qué razón, y por ende, qué seriedad puede ponerse en una empresa semejante? y — mucho más: ¿qué valor moral o religioso?

Y si, en cambio, *la conocía*, lo socrático es sacar de tal premisa que: pues bien, quien la conocía no podía menos que hacer, o —mejor dicho— que *ser* el tan bien. Se hace lo que se es, y se es lo que se conoce. No faltaba agregar nada voluntario, ningún "dominio de sí", ninguna categoría psicológica.

Pero, interpretando así, no hay caso: Sócrates se convierte o en Platón, o en Aristóteles, o —como quiere Burnet— en la pitagórica suma de los dos. Se hace lo que se es, se es lo que se conoce ("Conócete a tí mismo!"); agreguemos no más, con el *Alcibiades*: "Se conoce lo que se enseña". Pero Sócrates no ha enseñado las ideas de Platón, no ha enseñado las categorías de Aristóteles. Sócrates no puede ser Platón o Aristóteles.

Ganado así un puente aristotélico entre el Sócrates religioso de la "purificación" y el Sócrates submoralista del "dominio de sí", Mondolfo ya puede perfeccionar su elegante armonía exegética.

Se le torna, fácil en adelante, mostrar que la purificación no es sino purificación interior; el dominio de sí mismo es el vivir bien, es la felicidad, es decir, la temperancia en los placeres: es, en una palabra, *la autonomía, o la libertad del sabio* (1).

Pero, una vez más, la tal autonomía Mondolfo no logra justificarla. No, desde luego, como placer, felicidad, eudemonía, etc., porque sería recaer en la mera categoría psicológica, con todos los inconvenientes de su puntualidad, su contingencia; para decirlo todo: en su sofistería.

Tampoco aclara las cosas, empero, decir que la autonomía sea el bien

(1) "En conclusión, la virtud, para Sócrates, se identifica con la sabiduría en tanto capacidad de autodomínio: hábito unitario del espíritu, que se conquista solamente mediante el esfuerzo constante de la inteligencia y la voluntad juntas en unión recíproca e inseparable". El sabio es el que ha "colocado en sí mismo todo lo que lleva hacia la felicidad o acerca a ella"; es decir, que tiene una *autonomía* que le salva de toda dependencia de las cosas exteriores, y le confiere la posibilidad (según las expresiones del mismo Sócrates) de —"vivir de manera óptima y con suma alegría al esforzarse por transformarse en óptimo y al sentirse convertirse continuamente en mejor" (Mondolfo, ob. cit., págs. 90 y 94).

a más de la felicidad. Lo que las aclararía sería saber si es felicidad *porque* bien, o verdad en sí; o —por lo contrario— si bien, o verdad en sí *porque* felicidad; lo que constituía el problema candente del *Eutifrón*. Mezclar el bien y el placer es justamente descuidar aquel rigorismo de sabor religioso en el cual se apoyaba Martinetti para su interpretación mística (véase *Gorgias* passim y 500, d.: "... quedamos de acuerdo... en que el placer es algo distinto del bien...").

El concepto de autonomía, como el de dominio de sí, o bien, ciñéndose a su rigurosa formalidad, no quiere decir nada, o bien hay que rellenarlo de un contenido psicológico, o medirlo según el patrón de un criterio lógico o metafísico. Estamos siempre en lo mismo.

Kant se dió bien cuenta de esto cuando, en su *Moral*, valiéndose de la misma metáfora para la traslación desde lo particular a lo universal, desde el individuo al conjunto. Por más que no lo quisiera, tuvo que darnos una *Psicología racional*, y excogitó la doctrina del *carácter inteligible*.

Esto sería bastante para desvirtuar, de una vez, la opinión de los que siguen repitiendo la vulgaridad que Sócrates habría encontrado un criterio de universalidad, si bien únicamente "interior" (Windelband). Contesto que, o es auténticamente *interior*, y entonces nunca conseguirá demostrar su universalidad; o es auténticamente *universal*, y entonces ya es el asomo "in interiore homine" de un ser en sí, lógico u ontológico que sea; es el reflejo de una iluminación precedente; una remembranza o participación del sobremundo.

En esta concepción religiosa, fundamentalmente platónica, parece al fin de cuentas aquietarse Mondolfo luego de haber —según nosotros— oscilado entre el criterio psicológico (el del "pequeño amor", a modo de moral secundaria y enseñable) y el gnoseológico: el de la sabiduría, en tanto ley del sometimiento de lo pasional a lo racional.



Se confirma así que nadie conseguirá nunca jamás ver a Sócrates en sí. Cada cual lo mirará con sus ojos. Los míos, de más está decirlo, no tienen la pretensión de hacer excepción a la ley...

Mondolfo es optimista y su mirada panorámica le depara visiones históricas apacibles. Sócratès, en cambio, es —para mí— la personificación misma de lo dramático.

¿Qué es, de hecho, un drama? Un contraste en que los dos bandos tienen razón. Todas las contradicciones de Sócrates se reducen, en último análisis, a la que le imputan Protágoras y Clitofón: busca y sabe, busca *aunque sepa* que no puede encontrar.

Esta contradicción insoluble está en la vida de Sócrates, no hay nada que hacer. Este fatal choque entre dos razones encontradas Sócrates lo debate incesantemente, primero: *en sí*, y de ahí tenemos el diálogo; forma tan entrañablemente suya que no pudo menos de pensarlo como la forma mismo del pensamiento (1). Luego: lo debate *con los demás* (2), y de ahí la disputa acerada con los interlocutores, con sus contemporáneos y sus conciudadanos: culminó en la persecución. Lo debate, en fin, *con la muerte*, ya que no es sin significación que este hombre, personificando la vida más denodadamente lidiada, se haya resignado a aceptar la muerte, o —quizá— a proporcionársela.

- (1) SÓCR. — Muy bien: ¿mas el tal pensamiento es para tí lo mismo que para mí?
TEET. — ¿Y qué es para tí?

SÓCR. — *Un razonamiento que el alma hace consigo misma...* En suma: el alma, cuando piensa, yo no puedo conceptuarla sino en forma de una persona que *departe consigo misma, interrogando y respondiendo, afirmando y negando*". (Platón: *Teetetes* 189, c.)

Y, en el *Filebo* (40, a.):

"¿Y las que llamamos esperanzas no son acaso discursos que cada uno de nosotros entabla consigo mismo?"

En fin, en el *Fedro* (266):

"Por lo que hace mí, Fedro mío, yo soy un amante del proceso de descomposición y recomposición que me pone en grado de pensar y de hablar".

- (2) CALICLES. — ¿Conque, Sócrates, no eres capaz de hablar si nadie te contesta?

SÓCR. — Puede ser (*Gorgias*, §19).

Y en el *Protágoras* (348, c y d):

Entonces yo le dije: —Oh Protágoras, no te imaginas que yo tenga el deseo de discutir contigo por algún otro motivo que no sea el de aclarar las cuestiones sobre las cuales tengo continuamente dudas. Yo estoy con Homero, cuando dice: "Si dos andan juntos uno ve por el otro"... En tal manera, pues, nos hacemos más fuertes para cualquier acción, o discurso, o pensamiento; y quien "medita solo" anda pronto en busca de alguien a quien pueda exponer su pensamiento para afianzarlo; así tiene que andar hasta que no dé con él.

Y, en fin, de nuevo en el *Gorgias* (505, d-e.):

CALICLES. — ¡Eres apremiante, Sócrates! Si me escuchas a mí dejarás esta discusión; o —a lo mejor— buscarás otro con quien seguirla.

SÓCR. — Y bien: ¿hay alguien que esté dispuesto? Ya no se puede dejar a medias el discurso.

CAL. — ¿Y por qué no podrías continuarlo solo? Hablando solamente tú y haciendo, tú solo, preguntas y respuestas?

SÓCR. — No, porque no me pase lo que dice Epicarmo: "¿Seré capaz de decir lo que, antes, decíamos entre dos?". Pero, a lo que veo, corro el riesgo de hacer así de veras... Y bueno: si así debe ser, yo digo que todos debemos como competir entre nosotros mismos, para llegar a saber con certidumbre, en lo que nos ocupa, lo verdadero y lo falso.

(Y efectivamente Sócrates sigue dialogando consigo mismo, con aventajada ironía).

Desde el momento que estas contradicciones no son eliminables, quizás encontremos una vez más la solución reduciéndonos sencillamente a la humildad de aceptarlas, antes de continuar insistiendo inútilmente en resolverlas. Quizá que en resignarnos a no desatar el nudo estribe —como pasa a menudo— la sola posible solución. En definitiva, no habría más sacrificio que el de nuestra presunción.

Desde este punto de vista Sócrates resulta el viviente teatro adonde una tesis y una antítesis, este creer en la verdad y este dudar de poder enseñarla, esta fe y esta desesperación, esta posición y esta negación se entrechocan infinitamente. Sócrates no es ni *dogmático* ni *escéptico*. Es *dialéctico*, es decir: *Dramático*. Sócrates es siempre actor y teatro a la vez, como es sacrificante y sacrificado.

Esto no lo han advertido los que nos han presentado a Sócrates, dramático solamente en la muerte.

Pero hay que afirmarlo terminantemente: como quien tuvo una vida en extremo coherente, como quien la tuvo, tal vez, más coherente que cualquier otro, Sócrates tenía que acabar así. Es, a la vez hacerle el más grande elogio y la más acertada eurística de su filosofía comprobar que su muerte explica su vida.

Esta conclusión se tergiversa a menudo en las hagiografías corrientes, y por motivos demasiado interesados.

No es éste el lugar para internarse en las razones que Sócrates le opone a Critón en el diálogo famoso. Todos pueden ver cuán malas son.

Olvidando haber siempre sostenido que para vivir bien había que apartarse de la política — y bien es sabido si esto podía juzgarse un pecado venial en la ciudad antigua (véase en Fustel de Coulanges: *La cité antique*, cap. XVIII), se somete a la injusta condena por obediencia a las leyes, sin haberse detenido un solo momento a escudriñar el problema, previo y condicionante, del contrato político en sí, y del histórico al que se había sometido él, rebelde siempre a la nueva democracia establecido en Atenas por Anito.

En repentino trueque de devoción a la letra de la ley, pasa sin más por alto el hecho de haber tratado siempre de eludir el espíritu de ella.

El verdadero sabio, el dechado altísimo bosquejado en *La República*, era un hombre que realizaba lo que es el auténtico bien, aun a pesar de que todas las apariencias estuviesen en contra suyo para acusarlo. Al propio Critón había empezado contestándole que la opinión de la gente no tenía que ser tomada en cuenta.

¿Y bien? ¿Y ahora? ¡Oíd el acento tan humano, cómo contradice las palabras para revelar al hombre!

“¿Y adónde iré yo? ¿Y qué dirá la gente si yo, que siempre prediqué que frente al deber hay que cumplir, cueste lo que cueste, en esta ocasión, tan sólo porque me toca pagar en persona propia, invoque la excepción? ¿Y tendría que “escurrir el bulto” —así dice: “escurrir el bulto”...— frente al alcaide para evitar lo que, a la postre, ni siquiera sé si es un bien o un mal? ¿Y para qué, al fin? Que bien sé que doquiera por donde yo ande, iré buscando a los jóvenes y los instruiré... y si mis conciudadanos no me han soportado, ¿cómo iría yo a pensar que lo harán los extraños?”

Y la gran sinfonía religiosa final:

“Es inútil que digas, oh Critón, siendo resonar en mí una como armonía de flautas y coribantes...”

Sí; la decisión ya había sido tomada irrevocablemente. El *demonio irracional*, el sentimiento, la inspiración, algo repentino y jadeante como el resuello del prisionero en la oscuridad de la celda, una vez más había derrotado el luchador de la razón.

Por algo la tesis del suicidio aflora tan claramente en el último capítulo de las *Memorias* y en la *Apología* de Jenofonte.

Defendida por Schanz, remachada por Nietzsche, todos saben, hoy en día, que la misma defensa apasionada de Platón en su *Apología* fue destinada a refutar anticipadamente estas voces, ya en aquel tiempo peligrosas para la fama del maestro.

La palabra suicidio es chocante, es cierto. Pero innegablemente es verdad que la muerte de Sócrates ha sido un ademán hecho a sabiendas. Con ello Sócrates ha querido imprimir un sello de hermosura, de donaire inimitable sobre su vida, la más intensamente vivida que se conozca. Tal vez, en su instinto de artista, este refinadísimo griego haya sentido la necesidad, por última vez, de equilibrar tanta codicia de vivir con el estilo de un supremo detenimiento.

Sócrates podía aparecer demoníaco cuando, con sus ojos de lince, se abalanzaba sobre el contrincante, pero, ¡qué hermoso es ahora, cansado!

¡Y qué hidalgo, qué gran señor de la vida!

Este grosero artesano, este Sileno tambaleante, medio contrahecho, que va hablando siempre de las cosas más burdas, más chocantes, por recovas y plazas, este hombre del pueblo, tan vulgar en medio de los ataviados petimetres atenienses, mirad cómo de golpe se realza, y cómo nos da la medida de su verdadera nobleza frente a la muerte!

Allí donde los otros son tan guapos y andan ufanos y engreídos, él se deslucce y casi se borra. Aquí, donde todos se estremecen temblorosos, arroja el fulgor de su risa irónica al rostro mismo de la muerte. Aristócrata nato, sólo de lo difícil le gusta triunfar.

Ahí está: lo llaman al tribunal. Sabe perfectamente que se trata para él de la suprema condena, pues, como desde un comienzo no ignora la gravedad de la imputación, no se hace ninguna suerte de ilusión sobre el fallo, y —sin embargo— en el momento de trasponer el umbral fatal, con un pie ya en la tumba —¡entonces!— se demora.

¿Se demora? ¡Ostenta demorarse!... Porque lo que desde siglos todos le gritamos, su corazón, por cierto, se lo ha gritado anheloso a él también: ¡Huye, Sócrates!

Todo lo hermoso de su vida está en esta suprema tardanza, en este “tempo” de baile; baile... sobre la cuerda, tendida hasta romperse, del destino... “¡Hola, Teetetes!”... y se para...

Por siempre jamás habrá que mirarlo en ese instante para entenderlo. Un corazón huyente atrapado una vez más por las garras de hierro del apacible razonador. He ahí el símbolo quintesencial de la ironía socrática.

De aquel vértice cantará su divina apología del “perder tiempo”, eso es: de la *Skolé*, de la *escuela*. De ahí echará su desprecio a la cara de todos aquellos que “se vuelven siervos de sus discursos”, en cambio de hacer los discursos servidores suyos, “ineptos como son —dice— de echarse con ademán real el faldón de la capa sobre el hombro”...

“¿La muerte? ¿La vida?” —parece querer decir frente a la mirada asombrada e incomprensiva de los alumnos tan dilectos—. “¡Mirad... la vida!” y la hace saltar en la palma de la mano como un luciente centavito. ¡Se la juega!

Pero —hay que decirlo— con la vida había jugado siempre, el gran volatinero! Por haberse, desde temprano, entrenado a correr el riesgo de perderla, conocía y paladeaba como nadie, su sabor embriagante. Este peligroso ejercicio, esta *aískesis* heroica... esto es lo que él llama “vivir bien” (1). La practicaba incluso entre los muros de su casa (2).

Una lucha estrena; un continuo vivir muriendo, o —como dice él— un “prepararse a la muerte”. Al igual que en Espinosa, pero con un característico matiz de utilitarismo bien socrático, tal preparación a morir vale tan sólo para vivir mejor; para encontrarle su verdadero sabor a la vida.

(1) “Una vida sin continuo examen no es digna de ser vivida”. (Platón: *Apología*, 38 a)

Y en Jenofonte (*Memorables*, III, 9):

“Sócrates, una vez, al preguntársele cuál le parecía la tarea mejor para el hombre, contestó: el vivir bien... Llamo “vivir bien” el llegar hasta su fin por el estudio y el ejercicio”.

(2) “Quería aprender el arte de vivir en sociedad con los hombres: me he casado con Jantipa, seguro de que, si la soportaba, me acomodaría fácilmente a todos los caracteres”. (Jenofonte: *Banquete*)

Esto es sin más la dialéctica socrática. Y si su aspecto estético es la ironía, el pedagógico es la mayéutica.

Ironía hacia los otros porque también hacia sí mismo. ¿Quién puede hacernos creer, ahora, la mala broma de que cuando él nos asegura que si hace dudosos a los otros es porque duda él mismo, torpedo viviente, ironizaba una vez más? ¿Entonces, ironizando la ironía, es serio? ¿Quién puede dudar de tantas, reiteradas, inequívocas declaraciones? "Por lo que a mí hace, yo hablo siempre de una manera: Yo afirmo no saber cuál sea la verdad" (*Gorgias*, 509) (1).

Esta auténtica ignorancia, o —más bien— este eterno anhelo de verdad, esto es la mayeútica. Porque nunca podremos creer en un presumido creador de método. Creemos en los maestros, es decir en los hombres mejores. Por lo tanto no podremos aceptar lo que, con Mondolfo, repiten todos: "La interrogación "verdadera", del verdadero maestro, *es en realidad un método de enseñanza* y de instrucción pero de una instrucción activa, que se ejerce sin parecer, como estímulo, guía y sugestión disfrazada" (Mondolfo, obr. cit., pág. 76), desde el momento que todo lo que es disfraz oscurece la verdad, para Sócrates mismo, la suprema, la única virtud. No podremos nunca asentir a esta blasfemia lógica y moral: que alguien consiga prender el fuego a los otros apagando justamente el suyo! Hacer mejores con la mentira... Lo contrario es la verdad. Sócrates bien sabe que nadie enciende que ya no arda.

En cambio todo se explica, si, por mayeútica, entendemos "buscar a los otros" solamente para mejor ayudarnos a buscarnos a nosotros mismos. "Cuán equivocado estás, le contesté yo —dice Sócrates en el *Carmides*, 166— si crees que en haciendo lo posible para refutarte a ti, yo haga esto con fin distinto de aquel por el cual yo escudriñaría en mí mismo: a saber, el temor de creer de buena fe que yo algo sepa, cuando no sé nada". "Ya que ni yo hablo cual uno que esté seguro de lo que dice: yo no conozco la verdad, pero sí la busco: la busco junto a ustedes..." (*Gor-*

(1) Véase también en el *Hippias Mayor* (304):

SÓCR. — Dichoso de tí, mi querido Hippias, que conoces cuáles son las tareas dignas de un hombre y las pones por obra, como me aseguras. Yo, en cambio, soy la víctima —a lo que parece— de un destino adverso: *incierto y dudoso siempre* si expongo mis dudas a vosotros, los sabios, soy injuriado por vosotros tan pronto os he hecho mi confesión".

Y, en el *Cármides* (165):

"Pero, repuse yo, tú, oh Critias, te diriges a mí con aspecto de uno el cual piense que yo afirmo saber aquello acerca de lo cual voy preguntando, y sobre lo que yo podría, cuando lo quisiera, convenir contigo. ¡Pero no es así! Antes bien: yo busco siempre contigo la solución del problema *porque yo mismo la ignoro*".

gias, 506) " . . . y fíjate que yo no busco a solas, sino junto a otros muchos" (*Menón*).

Ahí tenemos la autenticidad del maestro: adonde hay el amor; adonde hay su amor. Propongo, por lo tanto, por encima de las sobadas viñetas del Sócrates "restaurador del concepto", del Sócrates "magister" de "moralina", o pregonero del "método activo", este mío, más legítimo y más querido: *Sócrates el "erótico", el amigo. Aquel con quien se busca juntos.*

Que este juego (ya que juego, más que todo, aparece una búsqueda sin fin) cobre, a veces, un inquietante sabor a complacencia voluptuosa, a virtuosismo dialéctico, no se puede negar del todo. Es lo que acerca Sócrates a los Sofistas. Nietzsche lo ha visto bien. "La filosofía a la manera de Platón —dice en *El Crepúsculo de los Idolos*, pág. 269, edic. Aguilar, 1939— se debería más bien definir como una lucha erótica, como un perfeccionamiento y una interiorización de la antigua gimnasia agonal y de las premisas de ésta. ¿Qué es que terminó por madurar de esta erótica filosófica de Platón? Una nueva forma artística del agon griego: *la dialéctica*". Y en *La voluntad de dominio*: "Sócrates inventa una nueva especie de combate: es el primer maestro de armas en la sociedad distinguida de Atenas" (Obras Compl., tomo VIII, p. 250, edic. Aguilar, 1939).

Así y todo, lo que no puedo sacar de ahí, es lo que agrega Nietzsche en otros pasajes del mismo *Crepusculo*: "Sobre la vida, los hombres han pronunciado en todos los tiempos el mismo juicio: "La vida no vale nada"... Siempre, y sobre todo, se ha oído de sus labios el mismo eco, un eco lleno de duda, de melancolía, de cansancio de la vida, lleno de resistencia contra la vida! —Vivir significa estar enfermo durante mucho tiempo: yo debo un gallo a Esculapio por mi curación—. *El mismo Sócrates estaba cansado de vivir.*" (Obra cit., p. 212). "*Sócrates quería morir*; no fué Atenas que le dió la copa del veneno, sino que él la tomó para sí mismo. El fué quien obligó a Atenas a que se la diera... Sócrates no es un médico —se dijo a sí mismo en voz baja—; únicamente la muerte es aquí el médico... Sócrates fué durante mucho tiempo un enfermo... (Ibid, p. 218).

¡Oh, no! ¡No puede ser vileza el cansancio de quien nunca se ha dejado vivir, mas ha combatido siempre sin tregua! Pues es cierto que sólo cae quien sube. Sólo se cansa quien trabaja. También él, el propio Nietzsche, se cansó un día, allá por una calle de Turín...

Además no explicaremos a todo el filósofo con tal formalismo. Habrá que agregar algo del hombre. Un hombre que quiere la sociedad; que sin ella no puede vivir. "Perdóname, mi querido amigo —le contesta a Fedro que lo invita a demorarse un rato a las auras del sombreado Iliso—. Los

campos y los árboles no quieren enseñarme nada, y yo no puedo aprender sino de los hombres de la ciudad". (*Fedro*, 230)

Siempre la dialéctica interior se concreta, para él, en un juego de escena entre un actor y un público.

Y bastidores son, en este caso, los mármoles y los foros de su pulcra Atenas, refulgente como un camafeo engastado en la violeta del Archipiélago; público son los hombres vivos: los amigos hormigueando por sus calles y plazas bulliciosas.

Nadie, o solamente los Sofistas —que buscaban su compensación en el honorario, o los halagos de la vanidad— puede quedar contento con una mera eurística filosófica. Sócrates, que es hombre, quiere debatir el drama de su dialéctica vital con compañeros. No se puede separar al uno de los otros. Nunca encontraréis a Sócrates solo.

Contrariamente a lo que creyeron algunos filósofos gruñones, esto constituye ya una seriedad de la *skepsis*, o —mejor dicho— de la dialéctica socrática. Ya que contiene un profundo contenido moral tan sólo con proyectarse, más que como exigencia científica, o actuación práctica y política (será ésta una consecuencia que sacará Platón), como ideal —típicamente griego— de *amistad operante*.

De Sócrates bien podría decirse lo que escribió Máximo Gorki de Tolstoy: "Hasta que este hombre viva, nadie podrá sentirse huérfano sobre la tierra".

Hasta que viva, no sólo: más allá... si queremos dar fe a la única concepción de la inmortalidad del alma que Platón haya logrado probar.

Además, hasta en lo estético, asoma un matiz propiamente estético-moral: "a parte ante" y "a parte post".

A parte ante: No es bello (como dice en la *Apología* de Platón) arrojar el arma antes de haber agotado todos los recursos, haber intentado todos los medios para luchar y vencer. Aquí está el luchador inflexible. No digamos el deportista, pero sí el soldado.

A parte post: Donde el sofista, cansado, se rinde por serle clara la vanidad de sus propósitos, le sobran siempre a Sócrates tanta energía y honradez como para dar oídos a una postrera instancia más, o más allá.

Al fin y al cabo los sofistas todavía resultan dogmáticos por cuanto creen en lo frustráneo de sus esfuerzos. Sócrates, mucho más escéptico que ellos, no se resigna ni siquiera a la misma resignación. Esta permanece del todo interior a su proceso de lucha como uno de sus momentos constitutivos.

Aquéllos, por lo tanto, enseñan todavía lo que ellos creen una *skepsis* de toda moral. Sócrates muestra en acto una indeclinable *moral* de la *skepsis*.

Quizás de esto pueda entenderse mejor su aversión a toda compensación pecuniaria. Si la ciencia y el bien fuesen un objeto de valor, algo "hecho" y palpable, tal vez el mismo Sócrates, con todo y ser griego de su tiempo, conservador empedernido y "laudator temporis acti", aceptaría su venalidad.

Pero lo que quiere significar con su protesta es que la virtud y la ciencia son espíritu, es decir problema; algo siempre "in fieri".



Pensando así nos halagamos de explicarlo todo: la ironía, la mayeútica, el maestro, el luchador, el griego, el jefe de la escuela platónica y el sofista. Topamos en un escollo solo: la enseñanza de la virtud.

Yo creo que, aquí, no podemos menos que admitir un como desdoblamiento de la moral socrática en primaria y secundaria, entendiendo esta segunda como un utilitarismo, un racionalismo menudo para gastar en los tratos ordinarios de la vida, al lado de su Gran Moral: la ética del "nadie peca voluntariamente".

Estos contrastantes aspectos se podrían todavía conciliar: o creyendo con Giuseppe Rensi (dicho sea de paso, el solo que nos haya deparado una explicación satisfactoria de la contradicción entre el *Protágoras* y el *Menón*) que la tal Gran Moral, en tanto que escéptica y anuladora de todo criterio, no sólo redundaba en detrimento, antes bien resulta en favor de un *canto* ético personal y privativo, echado con plena libertad sobre el fondo neutro (algo como la "cadenza ad libitum" de un violinista virtuoso en la ejecución de un concierto de autor); o, en fin —como sostengo yo— aceptando el momento confiado de una moral enseñable, pero inferior, como término dialéctico de un debate que ostenta, al otro, en función de antítesis, una heroica desesperación. Aceptando mi Sócrates dramático, o *actor*, es decir —según la más rigurosa etimología— *poieta*...

Sócrates, parado en una esquina, rodeado de amigos, departiendo: el teatro... Y, en un rincón, un mozo, hermoso como un dios, los ojos fulgurantes inclinados sobre unos apuntes, escribiendo para pintarlo vivo a los discípulos venideros: el testigo... Un artista dramático, modelo eterno para un novelista de genio.

Y así habremos explicado también a Platón.

JUAN TUREN

EL PENSAMIENTO DE PEDRO GOYENA

PEDRO Goyena vivió en una época en que la meditación aún era posible entre nosotros. Nuestro tiempo nos ha enseñado a vivir y a producir con rapidez, sin contemplar la vida, sin pensamientos y sin reflexiones. Hace medio siglo el pensar era todavía indispensable a los hombres de estudio. Había ideas en los cerebros y en el ambiente. Hoy las ideas se substituyen por citas. Piensan otros en lugar nuestro. Los trabajos de erudición son una prueba de estas observaciones. Los de entonces no tenían tantas notas eruditas como los de hoy. Estas diferencias no revelan falta de investigación, sino ausencia de pensamientos. Cada día pensamos menos porque el vértigo de la vida así nos lo impone. En los años de Goyena nuestros escritores eran realmente pensadores. Basta echar una ojeada a sus obras para convencerse de esta verdad. Muchos críticos de hoy, incapaces de comprender el valor de aquellos hombres, han pretendido disminuirlos llamándolos filósofos. El término filósofo —es decir: amigo del conocimiento, amigo de la sabiduría— es interpretado falsamente, como comentarista de trabajos ajenos. Algunos lo son, en verdad, en nuestro tiempo, cuando tejen reflexiones sobre descubrimientos extraños; pero entonces, en la Argentina posterior a Caseros, los hombres que habían salido de la tiranía y los que habían forjado sus mentes en el destierro, tenían de la vida y de la historia una concepción profunda. No olvidemos, para comprender la distancia que de ellos nos separa, que toda idea es hija de un ambiente social determinado y de un grupo particular de pensadores. Hoy pensamos de acuerdo con tres o cuatro tendencias fundamentales, porque así piensan, en el mundo, tres o cuatro grupos políticos que se disputan los destinos de la humanidad. Entonces había otros pensamientos muy diferentes a los nuestros, porque las condiciones del mundo eran muy distintas de las actuales. Es fácil comprender el modo de pensar de aquellos hombres. Pertenecían a una época de hondas inquietudes morales y espirituales. Otras costumbres; otras ideas. La historia, que en el siglo anterior había contado, en Europa, con eruditos extraordinarios y se había distinguido por lo fría y por lo objetiva, había tomado un nuevo rumbo: se había hecho intérprete de la vida y comenzaba

a darse cuenta que su desenvolvimiento era filosofía. Sus enseñanzas, mejor dicho, su sistema, había llegado a nuestra Patria y aquí lo habían adoptado los maestros. No era este sistema, como se dice en tantos manuales, para desacreditar a Estrada y otros historiadores, un sistema vacío, sólo lleno de palabras y comentarios. No era, tampoco, una filosofía: era comprensión, conocimiento, y si alguien, alguna vez, abusó de palabras, críticas y comentarios inútiles, no fué en la época de Estrada y de Goyena, sino en nuestra época, por críticos que no comprenden la historia y se creen sabios por el reflejo de los nombres que ellos combaten.

Goyena tuvo la formación más completa que se podía tener en su tiempo. Había estudiado, ampliamente, filosofía, y no ignoraba, por tanto, los modos de pensar de escuelas, hombres y épocas. Era, al par que profesor de filosofía, profesor de derecho romano: la ciencia de la justicia, de la democracia y de la libertad. Y era, por encima de todo, un católico instruido a fondo en la historia y en las doctrinas de nuestra religión. Esta forma mental daba a sus ideas y a su vida la fuerza de las convicciones inquebrantables. Tenemos derecho a compartir sus opiniones y a no compartirlas; pero no tenemos derecho a ignorar el porqué de sus ideas. Como Estrada y como otros había alumbrado su espíritu con los ideales de una vieja tradición. Su mundo era el mundo de España y de la Argentina tradicional. Hablaba y pensaba como católico y como hombre de una época. Su época coincidió con otra época —nuestra época— o, dicho con términos más de acuerdo con Croce, por una parte, y con la sociología del conocimiento, por otra, no fué su época la que chocó con otra, sino su conjunto de ideas las que chocaron con otras ideas. No estamos aquí para decir quien tuvo razón, porque todas las ideas son relativas y aunque nosotros —personalmente— tengamos ciertas y determinadas opiniones, no creemos que ellas puedan ser eternas y es muy posible que mañana se demuestre que estuvieron equivocadas. Lo que el historiador debe deducir es si dentro del grupo ideológico a que pertenecía, Goyena era una mentalidad sobresaliente o no lo era. Nuestra respuesta es firme y es clara: Goyena fué un pensador extraordinario para su tiempo, en nuestro ambiente; un representante típico de la tendencia católica frente al liberalismo renovador. Encarnó la tradición y la fe con las luces más brillantes de los principios que defendía. Repetimos: no juzgamos lo acertado o no acertado de algunas de sus ideas. Damos valor a algo más grande que el tener una razón en determinado momento: damos valor a su talento, porque su cultura fué, en verdad, rica y profunda, y porque sus ideales fueron sinceros, elevados, y los movió un entusiasmo tan grande como su alma y como su Dios.



Goyena tuvo un don admirable: supo reunir discípulos. Es ésta una facultad que siempre ha distinguido a los maestros auténticos. Cristo fué el maestro más amado. Los filósofos de la antigüedad y Edad Media, nobles profesores de los tiempos modernos, se han distinguido por el amor con que sus discípulos los siguieron. Estrada y Goyena fueron los maestros argentinos que más imborrables recuerdos dejaron de sí. Este eco que sus palabras crearon en sus discípulos, esta continuidad espiritual que sus almas lograron en otras almas, nació de dos causas, tan humana la una como sublime la otra: en la vocación amorosa con que enseñaban y en el soplo inmortal que inflamaba su enseñanza. Había, pues, en ellos, una doble fuerza que lograba el milagro de atraer y de convencer, de amar y hacer amar, a nuestros semejantes y a nuestros ideales. Es por ello que sus palabras han quedado tan hondamente esculpidas en las memorias de quienes las escucharon y sus nombres inspiran e inspirarán reverencia a las generaciones de argentinos.



Goyena llegaba a las gentes con la pluma y con la voz. Sus meditaciones aparecían, concentradas, en artículos de diarios, o se volcaban, brillantes, en pláticas inolvidables. Tenía un poder inmenso de persuasión. Su lógica, su fe y, sobre todo, su cultura, daban a sus escritos y a sus palabras un soplo tan humano, tan convincente, que sus adversarios vacilaban en la polémica. Su prosa y sus discursos vestíanse de corrección. Tuvo fama de ser uno de los mejores escritores de su tiempo. Sus críticas literarias eran la consagración de quien las merecía. Un diario —*La Unión*— y una revista —*la Argentina*— fueron la palestra de sus combates. Lo acompañaba, en ella, otro gran luchador —José Manuel Estrada— y bien puede decirse que ambos dieron una fisonomía, todo un color, a un grupo social de una época nuestra.

Había en sus pensamientos la influencia innegable de un mundo europeo. Era un lector de los autores del tiempo, un poeta de alma y de forma, que gustaba animar a su prosa con una música interna y una música externa. No concebía que hermosas ideas cargasen trajes indignos. La cadencia de las palabras a veces lo arrastraba en sus concepciones. Tenía el entusiasmo de Avellaneda, pero no sus períodos transparentes, a veces demasiado sencillos, para que los meditase el filósofo y lo comprendiese un niño. Tampoco tenía la prosa de Mitre —probablemente la desdenaba— romántica en las arengas, precisa y exacta en la historia. Amaba la armonía como un poder de persuasión, porque a menudo la música puede más que un razonar frío y una exposición árida.



Aquella época suya era, por otra parte, una época de poetas, de románticos y de oradores. Vivíamos un post-romanticismo que tenía todos los hechizos de un mundo nuevo. Los hombres se sentían idealistas, tanto los que defendían un ciclo pasado, como los que luchaban por un ciclo futuro. Todavía resonaban las dianas de Caseros —aquellas dianas que habían anunciado la libertad— y otros paladines —divididos en dos grandes bandos— se aprestaban a luchar por lo que creían santo y por lo que creían justo. Unos defendían las tradiciones de esta tierra para los viejos argentinos; otros, para los viejos y para los nuevos. Todos eran argentinos —nobles argentinos—: unos veían su grandeza pasada y otros su grandeza futura. Hoy que aquellas disputas son un recuerdo y la historia ha perdido, en una realidad incuestionable, los pro y los contra, vemos las tendencias y los ideales de aquellos hombres como algo mucho más grande que sus opiniones: eran la expresión múltiple de nuestra Patria en los viejos partidos que, desde nuestros orígenes hasta los tiempos presentes, han constituido el hermoso dualismo —o complemento— de la argentinidad.

Porque es bien que no olvidemos la esencia de nuestra historia. Muchas naciones viven de sus glorias pasadas, confían en ellas y nada aguardan del porvenir. Otras, nacidas no ha mucho, esperan grandezas en el futuro. Nosotros tenemos más de cuatro siglos de vida, y tradiciones religiosas y jurídicas próximas a cumplir dos mil años de lucha. Somos viejos en nuestros pensamiento y jóvenes en nuestra autonomía. En otra palabras: tenemos ideas antiguas e ideales nuevos. Por ello a veces somos absolutistas y dictatoriales, y a veces exaltados de la libertad. Es la característica más dominante del alma y de la historia de España. Es lo que explica a Rosas y a sus opositores. Lo que justifica a Estrada y a Goyena, por una parte, y a Roca y a Wilde, por otra. Es lo que nos hizo y nos hará combatir, por mucho tiempo, siempre para bien y para gloria de la Argentina, porque nuestra Patria, para ser realmente libre, como quisieron sus fundadores, debe permitir que triunfen los más capaces y se imponga la justicia.



Goyena fué, indudablemente, el mejor crítico literario de su tiempo. Sus críticas eran análisis y motivo para disertaciones sobre el tema examinado. El crítico demostraba, de esta manera, ser un maestro. Muy distinto es lo que ocurre, en cambio, en muchos críticos contemporáneos. En principio y en general son inferiores a los autores que examinan. Empieza por producirse un acto absurdo: es el discípulo, es el principiante, quien juzga al maestro, al especialista. Las obras así analizadas, en consecuencia, rara vez son comprendidas. La crítica pierde categoría, los críticos disminuyen

su autoridad y el público anda mal informado. Los comentarios de Goyena equivalen a conferencias de alto vuelo o ensayos de primer orden. Eran estudios de lujo, ampulosos a veces, nobles en sus sonidos, ricos en las descripciones, sentidos en las ideas. Inconscientemente nos hacen pensar en Castelar y en los grandes oradores de su tiempo. Era una escuela y toda una sensibilidad que dominaba el estilo. Goyena, como Estrada, como Sarmiento, como Avellaneda y tantos otros, escribían en oratoria. Es por ello, como ya dijimos, que la contemplación de las nubes con frecuencia lo alejaba de los pormenores. Pero si se distraía de las hormigas y de las hojas, se elevaba al sol y a su deslumbramiento. Prefería los grandes juicios, el desarrollo de las concepciones amplias, los pensamientos generales que abarcan todo un panorama de pequeñas discusiones. Nunca estaba fuera de la obra que comentaba, sino dentro de ella, identificado con los pensamientos del autor, luchando, como él, para hallar la verdad o el fin perseguido. Era, más que un crítico, un colaborador sincero y apasionado, aun cuando no compartía las opiniones, porque entonces, más que nunca, trataba de encaminarse, con el autor, a la meta auténtica que, a su juicio, era preciso alcanzar. Cuando analiza los poemas de Ricardo Gutiérrez, por ejemplo, acude a sutiles disquisiciones para compenetrarse con su alma y explicar su tristeza. Dice que unos lo condenaban y otros lo justificaban por gran número de motivos. No dice lo que hoy basta y sobra para clasificar aquella poesía: que Gutiérrez era un romántico en su inspiración, un decadente, como la poesía de aquellos años de Europa. Para explicar esta poesía, entonces se ahondaba el alma de un solo autor, de sus razones sinceras y de sus razones insinceras que podían llevarlo a la tristeza. Hoy se sabe que los poetas más sanos de cuerpo y más alegres de alma, debían ser tristes, cuando escribían, como Musset. No eran cuestiones personales, sino una gran cuestión mundial. En otras palabras: el mal del siglo. La perspectiva que nosotros, ahora, tenemos, ellos, entonces, no la tenían. Es preciso que comprendamos estos hechos y esta situación para darnos cuenta del modo de ver y de juzgar de aquel gran crítico que ahondaba en el alma de los hombres sin imaginar que penetraba en el alma del mundo.



Unas páginas de Goyena, escritas en 1869, representan, en aquellos tiempos, el elogio en prosa más grande del gaucho. Goyena no ignoraba lo que realmente fué el gaucho. La historia y la realidad, entonces presentes, eran fieles testimonios. Pero también había entonces un soplo romántico y poético que todo lo embellecía. Esta cristalización sthendaliana llevaba la concepción de la historia a unos límites que hoy no compartimos. Goyena

decía, por ejemplo, que "aunque parezca paradoja, el gaucho de las llanuras argentinas, es un personaje eminentemente byroniano, cuya fisonomía moral ofrece rasgos de hiriente semejanza, con los personajes del poeta inglés". Oímos, luego, otras de sus palabras y no sabemos qué pensar. El gaucho, agregaba, "al presente se debate en la ignorancia y la miseria, errante aventurero que no halla en el comercio, en la industria, en la ciencia o en el arte, vías por donde corra fecundante la actividad de su espíritu, ella se desborda tumultuosa en riñas, en correrías, en montoneras, protesta sangrienta a veces hasta la ferocidad, de una clase desgraciada contra el hombre feliz de las ciudades..." La sociedad que produjo a los tipos de Byron no fué comparable, en ningún aspecto, a la que originó nuestros gauchos. Sociedades distintas crean expresiones también distintas. Hoy, con los modernos estudios de la sociología del conocimiento, estas afirmaciones no se discuten. Lo que interesa es saber qué fuerzas impulsaban a Goyena a decir tales cosas. Eran, también en este caso, las fuerzas de la sociedad y del ambiente en que vivía. El gaucho había muerto o estaba muriéndose desde varias décadas, y sobre él comenzaba la leyenda. Todas las veces que desaparece un personaje o un tipo social, el pueblo forja con su memoria una hermosa leyenda. Ahí están, para atestiguarlo, la leyenda gloriosa de Napoleón que los poetas crearon a los pocos años de su derrumbe; la leyenda de generosidad y de honra de los bandidos de Calabria, de Córcega y de la Sierra Morena, y, entre nosotros, la leyenda de Juan Moreira, cuyo proceso, por crímenes degradantes, se conserva en un juzgado. El pobre gaucho de nuestros campos —personaje realmente de excepción que mucha gente confunde con el paisano— murió, como dice Goyena, por el desamparo y "la falta de garantías para el ejercicio de las facultades que tan abundantemente le ha regalado el Creador". Su recuerdo inspiró a poetas, a novelistas y a dramaturgos. La sociología histórica entonces no se conocía y hoy cuenta con tan pocos adeptos, entre nosotros, que sus ventajas aún no son bien aprovechadas. El romanticismo hizo sentir la nostalgia de una bravura, que ya no existía, de un personaje extraño y errante a quien se convirtió en símbolo de la libertad. Si el gaucho, como personaje histórico, es discutido con violencia, por dos fuertes escuelas —una crítica y documental y la otra romántica y soñadora— tiene el mérito, para nosotros extraordinario, de haber dado origen a un gran ciclo literario que comienza con Echeverría y continúa con algunos poetas de nuestro tiempo. Echeverría y Gutiérrez fueron los primeros grandes poetas que cantaron el gaucho. Fueron, además, los precursores de la Biblia gaucha: el inmortal Martín Fierro, y de un pequeño cosmos literario que influye sobre la historia y crea otro mundo de mitos. Es un proceso folklórico que recuerda

la doctrina del evemerismo. Los dioses, según Evemero, fueron, en su origen, simples mortales a quienes el pueblo colocó en el cielo. Entre nosotros no fué el pueblo quien hizo este milagro: fueron los poetas. Y no los poetas de los campos —pues en ellos nunca hubo cantor alguno— sino los poetas de las ciudades. Esas ciudades que, según tantos críticos, significaron la muerte del gaucho, fueron, en realidad, las que dieron vida a su poesía y a su mitología. Hemos sido ingratos con los poetas. No sólo nos dieron mitos, sino realidades tan grandes y tan magníficas como la existencia material y espiritual de nuestra Patria. Poetas inconscientes, verdaderos líricos y soñadores de la aventura, vivieron las leyendas geográficas que determinaron la conquista y colonización del actual territorio argentino. Un poeta —Centenera— nos bautizó con los nombres de Argentina y argentinos. La Revolución de Mayo no se acordó, ni una sola vez, del nombre que hoy nos distingue en el mundo; pero otro poeta —López— resucitó el viejo nombre de argentinos que desde entonces veneran nuestras generaciones. En la idealización del gaucho, Goyena fué un artífice devoto, un defensor romántico de aquellos gauchos legendarios que en su tiempo andaban por los campos, como él decía, “en el bárbaro y tenebroso cautiverio que nos mantuvo por siglos la colonia”.



Hemos mencionado la colonia —es decir, España— y hemos visto cómo Goyena le atribuía tinieblas y cautiverios. Mal común, entonces, a muchos grandes escritores. Mal que aún sigue incrustado en muchas almas, como herencia de una época en que el liberalismo luchó contra el absolutismo. No vamos, ahora, a hablar de los orígenes de la leyenda negra. Hemos de decir, tan sólo, que Goyena, sin saberlo —él, tan católico— hablaba como un exaltado liberal. Los ataques a España nacieron del protestantismo y del liberalismo anticatólico. Los ataques a la religión se convirtieron en ataques a la nación y a sus habitantes. Una cuestión religiosa se hizo, así, una cuestión política. La lucha comenzó en el siglo XVII con la cuestión de Flandes. A principios del siglo XIX el absolutismo de Napoleón exacerbó los nacionalismos. Liberales y románticos —todos eran unos— se levantaron contra los dictadores de la tierra y del cielo. Más tarde los románticos se dividieron en católicos —amantes de lo clásico y de los ideales cristianos— y en revolucionarios, conspiradores, masones, carbonarios, etcétera, enemigos de Roma, del Papa y del clero. Pero la confusión, en lo que respecta a España, ya estaba hecha, y el estado español, la cultura española y los mismos españoles recibieron los golpes y las calumnias que poco antes se habían dirigido contra la inquisición española y contra el clero español. En Amé-

rica, y especialmente en la Argentina, es fácil analizar este desarrollo, este desdoblamiento, a través de una abundantísima documentación que los bibliófilos han estudiado exteriormente y los historiadores han olvidado interiormente: los innumerables impresos que a fines del siglo XVIII y principios del XIX salieron de las prensas argentinas. Cincuenta años después de esta amalgama de ideas, cuando el catolicismo estaba seguro en nuestra Patria y ningún crítico ni historiador suponía cuáles habían sido los verdaderos orígenes de la leyenda negra, el ser antiespañol parecía un acto de patriotismo. Creíamos, ingenuamente, que habíamos combatido contra España, y no imaginábamos que, en realidad, nunca habíamos combatido contra España, sino contra el absolutismo y el despotismo extranjeros que con los reyes Borbones habían penetrado en España. Las ideas antiespañolas de Goyena no eran, pues, fruto de ningún error suyo particular, sino de un gran error general que entonces era común a todos los argentinos y aún a los mismos españoles.



Goyena heredó y defendió el amor a la libertad. Es ésta la más española de sus características. La idea de la libertad, nacida en Grecia y consagrada por el derecho romano, halló en España, en la Edad Media, el defensor más fiel. España dió al mundo medieval y moderno el sistema parlamentario e inició todos los derechos fundamentales y de libertad que hoy enorgullecen al hombre. El cristianismo amparó siempre esta libertad: con sus conceptos individuales de las personas y sus ideas humanitarias. Todo hispanoamericano y todo católico ama y debe amar la libertad, porque ella es la esencia del catolicismo y sin ella no hay responsabilidades, no hay condena ni salvación, no existe ni se concibe toda la historia de España, toda la historia de América, nuestra independencia y nuestro presente. Goyena tenía de la libertad un triple concepto patriótico, político y filosófico, en lo que respecta el ideal, y católico y jurídico en lo que se refiere a la doctrina. Sobre él pesaban tradiciones que la sociología de las ideas entonces no separaba. Creía, como todos los pensadores de su tiempo, en el progreso: doctrina utópica, de raigambre materialista, liberal, cuya filiación, pocos, aquí sospechaban.

En cambio, sus ideas sobre la poesía pueden ir parejas con las de los grandes críticos modernos. Era un convencido, con razón, que la poesía vive por sí misma y no por el asunto que trata. Lo dice muy bien en unas líneas: no hay que confundir "la versificación con la poesía, la materia con la forma, para hablar en la lengua de la escuela. No es difícil hallar prosa en verso y poesía en prosa". Es por estas razones que, en una oportunidad,

se negó a comentar el poema más largo que se ha escrito en el mundo sobre Cristóbal Colón. Sus discrepancias con Mármol, que confiaba en el valor del argumento, para dar inmortalidad a la poesía, encierran observaciones acertadas que entonces parecían innovadoras y hoy comparten los verdaderos críticos de la poesía. Croce ha mostrado, muy bien, que la poesía es la poesía y no sus temas ni, menos, la biografía de sus autores. Así pensaba Goyena, con una comprensión del arte que ha de perdurar como un modelo en la historia argentina de la crítica literaria.



Otro mérito tuvo Goyena como crítico literario: fué de los primeros en comprender el auténtico mérito de los poemas gauchescos compuestos en las ciudades, no por gauchos, como es natural, sino por doctores de levita y sombrero de copa. Es, en este sentido, un precursor de Lugones, de Rojas y de quienes más enaltecieron a los gauchescos. Ascasubi, del Campo y Gutiérrez merecieron su atención y sus elogios. A ratos, en su crítica, hay una comprensión clara de quien era el gaucho. Por ejemplo: prefiere *El gobierno gaucho* al *Fausto*, de del Campo. Su predilección se basa en un hecho real. “¿Cómo puede creerse —se pregunta— que un paisano entienda sin auxilio de lenguaraz el argumento de una ópera italiana a cuya representación asiste por primera vez?” Y exclama: “¡Imposible! Se descubre en el momento que Anastasio es el señor del Campo disfrazado de gaucho”. Razón tenía Goyena. Los gauchos de los libros, los que hoy tanta gente venera como personajes históricos, eran gauchos nacidos, no de la realidad, sino de la imaginación de unos cuantos autores. Todo el razonar, por ejemplo, de Anastasio el Pollo es el razonar, en broma, del señor del Campo con el vocabulario que entonces se usaba en la provincia de Buenos Aires. Mármol confirmó esta interpretación, diciendo que del Campo vació “en el molde de la palabra y reflexiones gauchas el pensamiento y la filosofía del poeta alemán”. Y Goyena corrigió, acertadamente, lo de la filosofía de Goethe, disminuyendo la inspiración al simple libreto de la ópera de Gounod.

Nos hemos referido, hace unos instantes, a un hecho trascendental de la historia argentina que los historiadores no han advertido o no han comprendido: el carácter libertal, a ratos anticatólico, de los ideales políticos que condujeron primero a la independencia civil y luego a la independencia nacional de nuestra Patria. Pues bien: sólo un hombre, que no era historiador, pero conocía nuestra historia, comprendió este hecho: fray Mamerto Esquiú, y sólo un crítico, que tampoco era historiador, pero no ignoraba las razones de Esquiú, supo señalarlo: fué Goyena. En su estudio sobre *El Padre Esquiú, orador*, transcribe unos párrafos impresionantes y dice:

“Nada de servil en el elogio. Se nota desde luego un vacío. El Padre Esquiú, hablando de los hechos que enaltecen a Buenos Aires, no menciona el solemne acontecimiento, el 25 de Mayo de 1810. Todos encuentran allí la raíz de los sucesos que produjeron en definitiva la emancipación de una parte considerable de la América Española. ¿Cómo ese nombre, esa fecha, no ha venido a los labios del orador? Ha callado por dignidad: ha tenido siempre como un cargo de conciencia aprobar las ideas, los medios y las formas adoptadas en los primeros y tumultuosos días de la Revolución Argentina. Su silencio hace honor a su carácter”.

Goyena conocía perfectamente el defecto que entonces aquejaba nuestra historia y aún la aqueja en muchas obras en apariencia fundamentales: la falta de un verdadero conocimiento histórico. En su estudio sobre la *Federalización de Buenos Aires* enjuicia nuestra historiografía con unas palabras que muy bien pueden repetirse en nuestro tiempo: “En los pocos libros de historia —dice— donde quisiéramos estudiar el desenvolvimiento y las peripecias de la vida argentina, hallamos solamente una exposición de los hechos que no penetra en el fondo de las cosas ni en la raíz de los acontecimientos. Sólo de paso se hace alusión a las pasiones terribles que explican los sucesos”. En efecto: hemos escrito la historia de los dramas y no hemos escrito la historia de sus causas. Conocemos los personajes y no conocemos sus pensamientos. En otras palabras: recordamos fechas y sucesos e ignoramos su por qué, su alma y su misterio.



Goyena no fué un escritor fecundo, uno de esos titanes de la pluma que acumulan volúmenes sobre volúmenes en una labor constante, sistemática y agotadora. El escribir era en él un acto de elegancia y de oportunidad. Escribía y hablaba cuando lo creía necesario, por no decir imprescindible: cuando había que comentar una magnífica obra, trazar una silueta heroica, defender un ideal. Sus trabajos, todos reunidos, no llenarían unos cuantos volúmenes; pero en ellos palpitan, como en una antología, los pensamientos más agudos de aquella época. Era ante todo —lo sabemos muy bien— un gran católico. Como católico pensaba y como católico obraba. Su tiempo alguna vez lo venció. Era una Argentina frente a nuevos ideales, con un amplio nacionalismo que abría los brazos a la humanidad. Las ideas de Goyena sobre el hombre y el estado coincidían con su tradición católica y el nuevo molde de la Patria. El estado, a su entender, no debía sobreponerse al hombre, y el hombre debía disfrutar de la libertad. “Se puede ser perfectamente patriota —decía— y no tener del estado ese concepto bajo el cual debemos aparecer con frecuencia; concepto panteístico, absorbente,

tuitivo hasta la exageración. . .” El estado así concebido no era el viejo estado español, donde el pueblo presentábase siempre como fuente y origen de todo poder. Era el estado francés de los Luises, el estado absolutista, el estado soñado por Hobbes, entonces defendido en teoría y hoy realidad derrumbaba. Goyena negaba este estado y exaltaba la libertad, porque, “si no somos libres —se preguntaba— ¿qué derecho se nos enseña? ¿qué códigos se dictan? ¿qué sanciones se establecen que no sean un contrasentido palpable y chocante?”. “Los tiranos —agregaba— han perseguido siempre aquellas enseñanzas de la ciencia jurídica que, arrancando de la base de la libertad, deducen todas las consecuencias que el raciocinio debe sacar de ellas”. Por último, decía: “La fuerza, cuando no es justa, es efímera en el orden moral; su porvenir es el desprecio y la deshonra”. Era, lógicamente, antirosista, porque Rosas había engañado al país. “Rosas elevó la autonomía de Buenos Aires —explicaba— a la potencia de soberanía nacional. ¡Qué tiempos aquellos de confusión y barbarie! Buenos Aires se llamaba Provincia en todos los documentos, pero era la nación. Rosas engañaba con aquel nombre modesto a las masas del interior, y, diciéndose mero encargado de las relaciones exteriores, desvirtuaba la emulación de los gobernadores de la tierra adentro. Legalmente, la ciudad y campaña de Buenos Aires no tenían una categoría superior a la que correspondía a las otras fracciones del pueblo argentino. Pero en los hechos la cosa era muy diferente. Rosas no olvidó jamás el aforismo *Res nos verba*. ¿Qué importaba, en efecto, que la sede de su poder se llamara provincia, como San Luis o Jujuy, si esta provincia tenía la especialidad curiosa de que su gobernador y su legislatura, es decir, su gobernador no más, estuviera investido de la alta facultad de representar exclusivamente todo el país ante las naciones extranjeras, y percibir los derechos de la única y rica aduana establecida en su territorio?”. Las provincias —añadimos nosotros— nunca fueron en el fondo rosistas. Goyena observó, sutilmente, una verdad bien grande: el Congreso que aprobó la Constitución fué un Congreso provinciano, y la Constitución, es notorio, fué siempre el fantasma más temido por Rosas. Así pudo decir Goyena, en 1891, al hablar de la federalización de Buenos Aires: “La Nación no es ya porteña ni provinciana: es simplemente la Nación.



Es el criterio con que nosotros debemos juzgar el tiempo de Goyena, su persona, sus ideas y las de sus nobles adversarios. Todos luchaban, espiritualmente, por una Argentina mejor. Los problemas que los dividían hoy no volverán a dividirnos. Todos eran y todos somos, simplemente, argentinos.

RICARDO SÁENZ HAYES

“La Amistad en la vida y en los libros”

No es indudablemente tarea fácil la de acercarse a las almas para captar el fondo de sus calidades. La vida es múltiple y variada y como ella, los seres que la viven presentan la misma prodigiosa diversidad. El espíritu tiene matices infinitos y cada uno de nosotros es, a pesar del género, un tipo distinto. Pero esta diferencia se acentúa extraordinariamente cuando se trata de espíritus superiores. Las diferencias se hacen aquí mayores, e iguales calidades ofrecen formas y tonos diversos. Se definen por su estructura, por la forma en que se organizan y en que se produce la coordinación lógica de las ideas, imágenes, percepciones o sus elementos. Mentre señalaba su semejanza con lo que pasa en los fenómenos químicos: las innumerables combinaciones de la química orgánica, decía, se hacen con el auxilio de algunos radicales simples; la identidad de los elementos no impide la diversidad de los cuerpos y bajo esta misma diversidad se encuentran funciones idénticas.

Para esta tarea de aproximación a los espíritus con el propósito de definir sus caracteres, se requieren condiciones especiales. Desde luego, una gran elasticidad mental, capaz de penetrar y difundirse, con la consiguiente agudeza y amplitud para diferenciar y discriminar, comprender y valorizar. Es imprescindible sobre todo saber salir de sí mismo, poder desprenderse de su yo, para situarse en los otros, comprenderlos con las posiciones de tiempo, lugar, ambiente y condiciones de época y de hombres. Es preciso no estar amarrado a dogmas y sistemas y en cambio estar en situación de independencia con respecto a las propias convicciones, para tomar un yo distinto, a fin de estudiarlo y comprenderlo. El que es capaz de autocrítica, posee el don de este desprendimiento superior.

I

Esta es la condición fundamental que se observa en Ricardo Sáenz Hayes: posee una gran plasticidad de espíritu, la elasticidad suficiente para

plegarse a todas las formas de la inteligencia, para captar en su fuerza dominante, en sus gradaciones y matices, las diversas mentalidades. Acostumbrado por naturaleza íntima a saciar las ideas por sus caracteres esenciales, característica que define a las inteligencias pensantes, es capaz, empero, de vincular a ellas otras ideas modificables, de reunir las y utilizarlas, de realizar y comprender sistemas opuestos, teorías diferentes, creencias contradictorias, con la seguridad que da la fuerza de sus propias convicciones. Los espíritus estrechos se cierran a esta multiplicidad, a la que temen por incompreensión.

Agréguese a ello la imaginación psicológica, sin la cual no es posible, sobre elementos difíciles de definir a veces, trazar la síntesis o construir la personalidad de un espíritu. Posee sobre todo la facultad de imaginar los sentimientos, de tomarlos en su diversidad, no ya de clases, sino de matices, de formas. Un gran dominio de sus propias condiciones, completan estas calidades de Sáenz Hayes, que le permiten mantenerse ecuánime y sosegado, sin inquietud ni acritud, ante tendencias, inclinaciones, sensibilidades y temperamentos múltiples.

Estas tres condiciones sustanciales dan a su espíritu la fuerza de penetración que pone de manifiesta en su obra *De la amistad en la vida y en los libros*. La tarea de Sáenz Hayes es compleja; el tema mismo de la amistad, considerado en personajes de tiempo, países, costumbres, estructuras sociales completamente diferentes, importa una complicación.

Comienza estableciendo la diferencia que separa la amistad griega de la moderna, diferencia que se percibe hasta en el lenguaje. Se encara francamente con el alma helena y con el alma romana: Sócrates, Menexenas, Lysias, Tácito, Plinio. Almas paganas con sus profundas distinciones, que Sáenz Hayes sabe establecer. El romano, aún en su sensibilidad y moral religiosa, se distingue netamente del griego. Las transformaciones son visibles y los conceptos de vida, de pensamiento y de acción cambian radicalmente. El espíritu romano presenta ya una forma nueva de la evolución humana. Sáenz Hayes sabe, empero, situarse en una y otra. El paganismo heleno tiene en sus bases más profundas un sentido de la belleza que le da su colorido y su fuerza, sentido que penetra todos los sentimientos y modela sus hábitos y costumbres. La amistad adquiere por eso la expresión de la armonía, que se traduce en ese ropaje de ternura amorosa que impresionan. Dugas la consideraba como un producto natural de la civilización helena: florece en los gimnasios y en las escuelas, es la pasión de la juventud, suplanta al amor, es el rasgo original y característico de costumbres de una sociedad que podría llamarse una aristocracia masculina. La fuerza de los sentimientos de amistad en Grecia, agrega, es la compen-

sación de la debilidad de las afecciones domésticas. No pasa así con el romano: a la sensibilidad estética reemplaza un alto sentido práctico, de organización, de autoridad y de orden, una mayor frialdad y dominio de la razón. La amistad romana tiene otro carácter: es más sociable, menos intelectual y menos tierna. La vanidad se une muchas veces al egoísmo; el ambiente, la sociedad, la vida mundana, que no existía en Grecia, le dan un carácter distinto. Sáenz Hayes, al seguir la amistad de Tácito y Plinio, pone de manifiesto claramente el reflejo de esta transformación. La define y la interpreta. Ambos resumen, empero, caracteres y temperamentos diametralmente opuestos: reservado y receloso el uno, expansivo y confiado el otro; sobrio y sincero el primero, locuaz y adulador el segundo; modesto, objetivo, realista y preciso en sus ideas y sentimientos Tácito, vanidoso, exuberante y afanoso de gloria y de renombre Plinio. Estos mismos contrastes encontramos en la amistad de Atico y Cicerón, vanidad expansiva con algunos aspectos de desinterés y afección. Es que en el romano la amistad es ya claramente un sentimiento de sociabilidad, de expansión mundana, fuente y centro de la conversación. Sáenz Hayes hace, a propósito de Plinio, un análisis de la vanidad. "La vanidad, dice, le hace cortesano. La vanidad le hace ver la conveniencia de elogiar sin medida, para ser elogiado". El tema le sugiere reflexiones constantes: "los hombres no se conocen en los libros, sino en la vida. Cada día que pasa deja una enseñanza edificante y dolorosa"... "Ser el primero entre los que van a la zaga de un hombre, vale tanto como ir a la cabeza de un cortejo de sombras"...

Del estudio de la amistad en almas paganas, pasa a la de los místicos y es acá, en este contraste casi violento, donde se acentúan las condiciones de plasticidad de Sáenz Hayes. Primero Raimundo Lulio, que llega al misticismo después de un agudo período de vida sensual. Evocación mezclada de unción y de poesía, en la que Sáenz Hayes se presenta ya, en páginas impregnadas de belleza y de dulzura, captando con segura afirmación, los matices más imperceptibles del alma mística. Hay tonos que modulan una música tierna, como si su espíritu, al ponerse en contacto con la naturaleza, se conmoviera para volcarse en emoción. Suaves panoramas de vida y naturaleza, van reflejando, en agudas meditaciones, el análisis de una inteligencia que se afina al movilizar el sentimiento.

Pero donde se asienta con mayor firmeza es en el examen de la amistad de Santa Teresa y San Juan de la Cruz. El alma mística es de una extraordinaria complejidad. El misticismo, decía un psicólogo, es, entre otras cosas, una tentativa de evasión. Alejadas las almas de sus abrigos seculares, por el estrépito de las grandes conmociones sociales y encontrán-

dose perdidas en un mundo convulsionado, tratan de huir de él, para elevarse a la cima de lo alto. Caracterizados por la tendencia a subordinar el raciocinio a la intuición, a utilizar como instrumentos de estudio al sentimiento, tienen a la vez las formas de las alucinaciones y del espíritu práctico, de la acción y del ensueño, el sentido de la organización y el don del mando y del gobierno. Dotados de una gran energía, capaces de los más grandes sacrificios y de una certidumbre que excluye toda posibilidad de equivocarse, "a la que corresponde generalmente un estado de fervor intenso", alternan entre las alegrías más hondas y las tristezas y angustias más dolorosas. Temperamentos excepcionales por la mezcla de condiciones encontradas, forman una clase especial de seres, cuya complejidad no es fácilmente definible. Toma en ellos la amistad caracteres específicos, en la que la identidad de fines y objetivos, la pasión por la realización de una idea o de una obra, la alienta y la sostiene, con la natural concordancia de condiciones para actuar conjuntamente en su persecución. Es lo que se percibe claramente en la amistad de Santa Teresa y San Juan de la Cruz, que Sáenz Hayes ha sabido penetrar.

II

Pero la diversidad aumenta a medida que se avanza en la lectura del libro. Espíritus que reclaman una comprensión más profunda, porque son más humanos, con matices que oscilan del claro oscuro a la plena luz, incrédulos unos, de fe distinta y contraria otros, armoniosos, irregulares, enigmáticos, dulces o agitados. Montaigne y La Boétie; Goethe y Schiller; Flaubert, Leppointevin y Bouilhet; Carlyle y Emerson; Renán y Berthelot; ¿puede reunirse un núcleo a la vez más selecto y heterogéneo? Siglos, épocas, sociedades, ambientes tan diferentes unos de otros, tan opuestos a veces. Siglo XVI, siglo XVIII, Siglo XIX; Francia, Alemania, Inglaterra, Estados Unidos, civilizaciones y culturas dispares. Si el siglo XV francés es de elaboración, de gestación, el XVI, el siglo de Montaigne, es un siglo de eclosión, de nueva y renovada cultura. La transformación es profunda y casi diríamos radical; hay algo nuevo, distinto. Las influencias que dominan y parecen determinar estas innovaciones, el renacimiento, la reforma y el humanismo, no son sino el resultado del proceso de continuidad histórica que permite la reabsorción del pasado remoto en el presente. Es la antigüedad reasimilada con los nuevos factores que desde la Edad Media la han ido transformando. Así como el siglo XI condensó la asimilación de los elementos étnicos con la fusión de todas las razas provenientes de todas direcciones, en los movimiento guerreros de los siglos IX y X, en los geográficos, sociales y de cultura, que

hicieron del siglo el exponente de nuevos modos de vida en todos los dominios de la actividad social, en el comercio, en la vida pública, en la organización de la sociedad, en las letras, la religión y el arte, provocando un género de progreso que no se detendrá, así el siglo XVI representa una condensación de nuevas formas de vida y de un nuevo espíritu social. Es la emancipación del hombre de la tutela de las abstracciones, de las fórmulas universales y abstractas; es el individualismo que devuelve al hombre a la tierra, al ejercicio de su vitalidad, de sus propias fuerzas y a la confianza en sus energías, en sus necesidades, en sus posibilidades precarias y limitadas, pero capaces del esfuerzo y la propia administración. El humanismo es una consecuencia de esta liberación; el hombre se vuelve hacia sí mismo, se contempla, se estudia, siente que es una fuerza y una potencia, capaz de encontrar en sí los factores de su desenvolvimiento. Tal es Montaigne. Le preocupa el hombre, su naturaleza, su historia, su saber, su pasado, su presente, sus obras, individual, concreta y universalmente. Cuando se estudia a sí mismo es porque se considera el tipo del hombre común, general; por eso está en contacto permanente con su "yo", lo que Pascal cree que hace por vanidad. Faguet ha observado muy bien que Montaigne no posee la curiosidad científica ni metafísica, sino la curiosidad moral e histórica, que es la que corresponde al humanista. Es esta curiosidad la que le lleva a escudriñarse, a observarse constantemente, a estudiar a los hombres y a sí mismo. El escepticismo de Montaigne —ha dicho el mismo Faguet— no es sino una invención de Pascal. Su "ciencia del hombre" debe conducirle fatalmente a un relativismo que le aleja de todo dogmatismo. Se detiene en los límites de lo humano, allí donde puede alcanzar su curiosidad histórica y los hechos y acontecimientos de la vida del hombre, pero del hombre como individuo, no como parte de la colectividad o del mundo social. "Situarse, dice a su vez Sáenz Hayes, sin pasar allende el límite de lo que se puede saber, ni echarse a andar por las zonas de sombra que siguen a la extinción de la luz, es el método más atinado para no caer en especulaciones ociosas e improductivas". Montaigne nutre su curiosidad con un culto fervoroso por el pasado, con el amor y el gusto por las ideas y el arte antiguo.

Hay, pues, en esta amistad que nos describe Sáenz Hayes y que Montaigne experimenta por La Boétie, algo de esta profunda penetración griega, de aquel sentimiento dominante que sobrepasa sus otros afectos y deja en segundo plano la vida doméstica. ¿Encontró acaso en la amistad lo que no halló en la efusión conyugal? "Montaigne, dice Sáenz Hayes, habla del amigo desaparecido con un respeto que tiene algo de unción religiosa. Para comprenderle hay que salir de la esfera de acciones ordinarias

y elevarse en demanda de sentimientos superiores". Lanson, por su parte, la considera "digna de ser comparada a la más famosa que la historia o la leyenda de la antigüedad haya celebrado". Había en ella algo más que sentimientos de afecto: la animaba, vigorizándola, un elevado sentimiento de admiración. Es esta capacidad admirativa la que abre a los espíritus la amplitud comprensiva que consolida y fecunda los grandes afectos: sólo así la amistad adquiere la fuerza y prominencia que da a los sentimientos humanos la grandeza de una superioridad inalterable. Es indispensable acompañar a la aptitud de inspirar tales sentimientos, la de resistir a las interferencias subalternas. Las amistades fuertes sólo viven en los grandes caracteres afines.

De Montaigne y La Boétie, pasa a Goethe y Schiller, hombres del siglo XVIII. Otros hombres, otra época, otro ambiente y otra raza. Goethe es el genio de la armonía, heleno y romántico, síntesis de varios siglos, sereno y potente, con cualidades distintas de las de su pueblo. Schiller es impetuoso, agitado, lírico, desigual. Una unión sin lazos y con desinteligencias y antipatías previas, como si sólo les acercara una igual disparidad de carácter y de gustos con su nacionalidad.

Carlyle y Emerson representan otro tipo distinto de caracteres y de cultura. Inglés el uno y norteamericano el otro, de la misma sangre originaria, son ambos de pueblos y temperamentos opuestos. El pastor de Boston corre a encontrarse con el escocés, que no le espera, y del encuentro surge una amistad tan rara como consistente. El acicate de esta amistad es también la admiración, que la sostiene en la distancia y en la diferencia. Es imposible concebir una mayor antítesis entre dos caracteres. "Entre Carlyle, dice Dugard, espíritu tempestuoso y autoritario, y el dulce Emerson, anheloso de independencia, había, es cierto, un abismo. Pero ambos deseaban una renovación espiritual y la vinculación se produjo". Emerson poseía la suavidad del alma piadosa, sin arrebatos, colmada de cordura, justa, clara y luminosa, con un idealismo sereno y tranquilo, pero ávido de luz y de verdad.

En cambio Carlyle era irregular, áspero, agrio, parecía vivir en el sobresalto y en la angustia. Taine describía así su estilo, que traduce su temperamento: "En él las paradojas se formulan en principios; el buen sentido toma la forma de lo absurdo; parece transportado a un mundo desconocido, cuyos habitantes marchan con la cabeza abajo, los pies en el aire, en trajes de arlequines, con contorsiones, sobresaltos y gritos, que aturden dolorosamente con sus sonidos excesivos y disocordantes; se siente uno desesperado por taparse los oídos; sufre horriblemente como si se viera obligado a descifrar un nuevo idioma... Las construcciones simétricas del arte

y del pensamiento humano, dispersas y trastornadas, se amontonan en sus manos en un gigantesco amasijo de restos informes, sobre los cuales, como un conquistador bárbaro, gesticula y combate”.

La amistad de ambos escritores de temperamento tan opuesto impresionada y desconcierta: ¿no habría en el apacible Emerson algo de piedad y ese respeto que en su culto por la independencia personal le inspiran los espíritus originales y fuertes? La curiosidad metafísica, un poco mitigada por su preocupación de moralista y su curiosidad de la vida y de los hombres, había, empero, abierto en su espíritu una puerta a la inquietud, que le hizo buscar ansiosamente lo que le faltaba, y que creía debía encontrar en el exterior, fuera de sí mismo, en lo que él llamaba un “maestro”, una autoridad en quien reposar, un complemento a su ansiedad espiritual. El contraste que debía producir el extraño genio de Carlyle le impresionó, tocando las fibras de su alma tierna y dulce las angustias del torturado. No siempre la afinidad forja los afectos; hay espíritus de raras apetencias afectivas, de necesidades sentimentales no siempre comprensibles, que se equilibran en los fuertes contrastes o en las emociones absurdas. Por lo demás, la distancia evitó el choque y la desavenencia que en la frecuentación acaso habrían sido inevitables. Su concepto de la amistad se conformaba con la lejanía. Para él no es la familiaridad, ni la asiduidad cotidiana las que deben sostener la amistad, sino el trato sostenido en las alturas, que resguarde y asegure la inviolabilidad del yo. Debe consagrar el respeto, que sólo se defiende con la reserva y la independencia. “La amistad necesita, dice, ese término medio entre la semejanza y la semejanza, que provoca a cada uno la presencia del poder y del consentimiento en el otro... Vale más que seas una ortiga al lado de tu amigo, que no su eco... Se necesita que haya verdaderamente dos personas antes de haber realmente una... ¿Eres el amigo de los botones de tu amigo, o de su pensamiento? Las luces del diamante, los colores del ópalo, no se ven mirados de muy cerca. Escribo una carta a mi amigo y recibo otra de él. ¿Te parece esto poco? A mí me basta...” Quiere que la amistad reserve las barreras infranqueables que la naturaleza ha puesto entre los hombres para proteger a los unos de los otros, conservando, aún en la intimidad, las distancias. Goethe decía que si los amigos no deben ser un secreto el uno para el otro, deben tener secretos entre sí. El respeto al yo inviolable, la independencia personal, la afirmación de la personalidad frente a los sentimientos superiores, constituyen la base y el fundamento de vínculos y afectos, en la tesis formulada por Emerson e inspiraron y sostuvieron su vida. La relación amistosa se produce por el contacto de los sentimientos superiores, de las ideas y convicciones, no en el roce trivial de las comunicaciones cotidianas. La

amistad no debe ser absorción sino conjunción, con afirmación de individualidades. Por eso concibió y realizó en la lejanía y en el contraste un vínculo duradero, sólido y fecundo.

III

Pero otras naturalezas y otra clase de espíritus, de distinta estructura, quedan por analizar: Flaubert, Lepoittevin, Bouilhet, Renan y Berthelot, pleno siglo XIX francés. El clasicismo que se inicia en el siglo XVI y se estabiliza y condensa en el siglo XVII, sufre en el siglo XVIII, con el nacimiento del romanticismo, una transformación que se condensa en el siglo XIX, en el que aparecen fusionados dando lugar a distintas tendencias y orientaciones. Es esta fusión la que da lugar al renacimiento del espíritu científico, fortificado por nuevos factores, y al realismo literario, que evoluciona desde la forma ruda y cruda del clasicismo (sobre todo del español e italiano) al más moderado y complejo que alimenta la influencia del romanticismo. El análisis de los sentimientos que éste trajo, se une al de los hechos, que estaba en aquél, y con ambos la concepción se amplía y vigoriza. Flaubert es el exponente de este siglo, complejo y múltiple, rico y diverso. Sáenz Hayes lo dice: "La vida de Flaubert no es monocorde; antes bien, es rica, profunda y varía en matices y sensaciones". Su realismo tiene esa misma pluralidad: el romanticismo fundido en lo clásico le hace el intérprete de los hechos y de la realidad de la vida en sus aspectos más crudos y el cultor exigente de la forma. Es el verdadero representante de las primeras transformaciones del siglo XIX, lo es su propia estructura mental, como las calidades de su espíritu. La amistad adquiere por eso en él el carácter complejo de su siglo y de su temperamento. "Si Chevalier, dice Thibaudet, es el amigo alegre, Lepoittevin es el amigo triste; la influencia de éste, a partir de los diez y seis años de Flaubert, llegó a ser capital y durante diez años, hasta la muerte de Lepoittevin, se forja entre ellos una amistad espiritual que Flaubert, después, a nadie consagrará, ni aún a Bouilhet". Esta fusión de tristeza y buen humor, de sentimiento afectivo replegado y silencioso, de ternura fervorosa y de angustia, es el resultado de la exaltación romántica y del desencanto realista. La vida que funciona así, entre dos fuerzas de ensueño y realidad, cae en las nostalgias agudas que deja en el alma un vacío o una desilusión. La amistad, de enlace fortificado por los años, deja en el alma huellas que no disipa ninguna separación, ni la de la muerte, ni la del distanciamiento. Hay afectos destinados a sobrevivir a todo contratiempo humano, sentimientos cuya elevación pocas veces se mide o se aprecia. Las nostalgias profundas que quedan en el alma de Montaigne después de la muerte de La Boétie y en la de

Flaubert después de la de Lepoittevin, son propias de los espíritus realistas que dan a los sentimientos la fuerza de lo concreto y positivo. Tienen vigor, porque carecen de la liviandad de las formas abstractas.

Renan y Berthelot, espíritus similares en las calidades esenciales, aunque no en la capacidad afectiva, consolidan una amistad que hace honor a la consagración intelectual de ambos. Los dos son exponentes genuinos de una de las manifestaciones características del siglo XIX: el espíritu científico. Renan es el ejemplo de lo que importa el dominio de la curiosidad de este tipo: absorbe y mata en él toda inquietud metafísica. A pesar de su educación religiosa, no se despierta en él ninguna afición teológica; Faguet dice por eso que "Renan ama la religión un poco como la aman las mujeres y por las razones que llevan a éstas a amarla". Su alma, agrega, fué siempre femenina por muchos lados. La influencia de las mujeres, de su madre primero, de su hermana después, fué inmensa sobre su vida y su espíritu. Es esta faz de su sensibilidad la que se resiente cuando la crisis le aleja de San Sulpicio. Había en su temperamento una serie de calidades que plasmaban una modalidad sensible especial, que le dieron personalidad. La bondad, la dulzura, cierto género de terneza que no se condensaba o se condensaba difícilmente en fórmulas concretas, el amor a las ideas, el gusto del recogimiento con la riqueza interior de un espíritu esencialmente artista, con delicadezas que le conducían a un género de dignidad que mantuvo siempre muy alto en sus gustos e inclinaciones. El siglo XIX nos ha dado tipos diversos de grandes estilistas y en lo que a Francia respecta, nos ha dado los más grandes: Flaubert, Renan, Anatole France. Mientras Flaubert trabajaba su estilo, y su arte dependía de esta elaboración, en Renan era espontáneo, reflejo de su espíritu. Su arte discreto, dice Seailles, tiene la dulzura de los recuerdos, la atenuación de las imágenes que reflejan el cristal de un agua muy pura. El movimiento de su estilo, agrega, toma el impulso de las finas columnas que sostienen la nave de la vieja catedral, y sorprende como el sonido debilitado de las campanas que repican en el aire de las tardes, cuando el sol, debajo del horizonte, deja el cielo penetrado con la irradiación de su luz desaparecida". Berthelot es un espíritu menos complejo: es el sabio sencillo, de alma ingenua, dotada de gran ternura, que entrega completa en la amistad. "La ciencia pura, dice Sáenz Hayes, ha realizado el milagro de no secar en él el sentido de lo bello. La especulación científica y la emoción pura, que de ordinario se mueven guerra, hermanan en su espíritu y por modo notable le inclinan a meditar y soñar". Hay, pues, en esta amistad, una base de sensibilidad intelectual que fusiona íntimamente las dos almas, complementando naturalezas distintas.

IV

Tales son los cuadros presentados por Sáenz Hayes en capítulos nutridos, de interés y movimiento, conceptuosos y poéticos, porque no concibe la historia de un sentimiento tan profundamente humano y superior, sin poesía y meditación. Importa realmente una historia de la amistad, no en la forma abstracta de una relación externa, sino en la vida y en la realidad, en los seres y en los hechos. La realiza instalándose en las almas que describe.

Entremos ahora al estudio más concreto de las condiciones mentales de Sáenz Hayes. Para la penetración de esta diversidad de espíritus y temperamentos se requiere ser impersonal, así como cierta aptitud de generalización y ampliación del propio yo, pues la necesidad de salir constantemente de sí mismo crea un sentido de objetividad, de "desobjetivación", que permite ver la realidad. Es una capacidad de auto-liberación, de control y de experiencia sobre las propias ideas. El posee como Montaigne el mismo género de curiosidad histórica, fuertemente pronunciada; por eso se aficiona al estudio del hombre, a quien sigue en todas sus manifestaciones, en la vida, en el libro, en su obra. Max Daireaux decía que Sáenz Hayes, al estudiar a Montaigne en su obra realmente magistral, una de las obras maestras de la literatura americana, no ya argentina únicamente, no comete el error de separar la vida de la obra, sino al contrario, explica la una por la otra. Es que a Sáenz Hayes, como a todo humanista, no le interesa la vida sino por el pensamiento, por la obra, por lo que da del hombre una calidad, una condición espiritual y una particularidad. Le interesa del hombre el espíritu y en la vida lo que ella da en espíritu y en pensamiento. No es precisamente la curiosidad que se proyecta sobre la acción externa, de los acontecimientos que tienen repercusión social, sino lo más íntimo y personal, lo que al irradiar en el exterior se hace por el órgano exclusivo de la inteligencia. Para este género de investigación el hombre se define por la idea, por el trabajo del pensamiento, por las calidades de alma, por el esfuerzo realizado para propender al progreso de la vida intelectual. Por eso es también un clásico, un cultor de la antigüedad. Pero un clásico en la amplitud del concepto: clasicismo greco-latino, clasicismo francés, clasicismo español. Su información en este materia es completa, gusta y sabe golpear a la puerta de los más grandes espíritus. Es un eterno visitante de la ciudad de los libros. Su curiosidad no es la del historiador o la del sociólogo; es más fina, más aguda, tiene la inquietud propia del pensamiento, es animada y es intensa, porque sólo se colma con la penetración. Por eso recoge y se enriquece, porque busca y penetra para aquilatar. En esta clase

de curiosidad, propia de mentalidades organizadas, el pensamiento ajeno, lejos de debilitar el propio, lo enriquece y fortifica. En los ríos de positivo caudal, los afluencias y corrientes extrañas, lejos de modificar sus rumbos, al robustecer sus fuerzas, siguen el proyectado por la fuente originaria. Hay ocupación únicamente en la debilidad o en el vacío.

Su estructura mental es precisamente la que corresponde a la contextura clásica. El gusto del orden, el enlace apropiado y medido de las ideas, imágenes y percepciones, la correlación estricta de los valores en el grado pertinente a su jerarquía, el sentido de lo concreto, la claridad en la concepción de las ideas y en su expresión, el encadenamiento regular, la determinación precisa, la relación directa entre el objeto y la idea y el dominio de la lengua, conforman su mentalidad. No gusta de las abstracciones ni de las imágenes, porque su inteligencia de corte positivo, se satisface con la observación y la experiencia. Busca lo concreto, la idea en su fuerza real, como generalización de hechos, no como expresión de imágenes. No es sensorial ni descriptivo, su estética no se nutre del color, de las formas ni de los sonidos, sino de la armonía que da a las formas la vibración de las ideas. Por eso la razón trabaja por síntesis y en el análisis considera lo sustancial, para obtener fácilmente la concisión y la brevedad.

Por su sensibilidad tiene el carácter propio de las naturalezas delicadas, poco o nada sensuales, en las que el sentimiento acostumbra a tomar el ritmo de la idea, a moverse sin violencia, con mesura, con elegancia. Seailles decía que la pasión simplifica a los espíritus que envuelve, cuando es arrolladora. A Sáenz Hayes, que tiene sus pasiones, su pasión por la idea, por la amistad, por los afectos de hogar, todas ellas pasiones de jerarquía, no le alcanza esta simplificación, porque nutre sus pasiones y las sostiene, depurándolas con la emoción intelectual. Mantiene su complejidad, que la propia naturaleza de esos sentimientos conserva, porque sobre ellos gravita un sentido de equilibrio, de serenidad, que no permite la absorción unilateral.

De allí su estilo, tan característico y definido, en el que la influencia francesa no ha amenguado la contextura española y que trasunta su cultura clásica. La construcción de la frase conserva el molde castellano, con cierta agilidad y nitidez que denuncian la frecuentación francesa. El orden, la distribución apropiada, la sencillez, el tono amable, suave y sin énfasis ni arrebatos aún en el entusiasmo, el equilibrio perfecto en la gradación de los sonidos por la manera de utilizar los vocablos con espontánea brotación, el ritmo templado sin estremecimientos ni efectos musicales buscados, natural y lógico en la elección de los elementos constructivos de la frase. La sugerencia de la idea y el contenido en pensamiento dan el matiz de la

vibración emotiva y marcan el tono de la cadencia. Es este enlace y vinculación profunda entre el fondo y la forma, lo que da unidad y cohesión, claridad y poder persuasivo, dignidad y elevación a su estilo de gran escritor, que refleja su propio espíritu, extraño en absoluto al artificio, al boato, la metáfora y la imagen frondosa, porque trasmite simple y sencillamente lo que piensa y lo que siente.

ANGEL ACUÑA

Y ESTE ROMANCE FINAL

(De *El Niño*, un cuaderno de canciones y composiciones fotográficas.)

TE digo rama de luna,
te digo Raúl Edgardo
con tornasoles y verdes,
con cristales y naranjos.

Rompo una botella y rompo
mi corazón en pedazos;
reflejos los dos, reflejos
en el aire más aireado.

El corazón bailarín
y desprolija la mano,
desnudito entre cuchillos
en mi pecho te señalo.

Te doy el lujo que tengo,
mi pobreza y mi regalo.

Toma este verde tan verde
y este rojo acalorado,
esta nube de algodón
y esta vara de manzano.
(Yo supe qué hacer con ellos
y no quería olvidarlo.)

Deja ese punto, esa coma
y esos signos endiablados.
Toma esta estrella de lata
y este corderillo blanco.
Cuando le aprendas los ojos
ya sabrás lo necesario.

Te veo andar y me quedo
caluroso y tiritando.
Pierdo pie, pierdo estatura,
se me derrumban los años.
(Un niño pálido y triste
me mira desde un retrato.)

Que él no te mire. Por verte,
entre despierto y soñando,
a fuego y sombras me doy
todo cerrazón y brazos.

Me olvido de los pañuelos,
del reloj, del calendario,
del viento norte, quejoso,
de la luna entre los álamos.
(Lo inolvidable me olvido:
Dora Virginia, a mi lado,
camina como entre nubes,
o entre pañales, o nardos.)

Te digo rama de luna,
te digo Raúl Edgardo.
Apenas alba celeste,
apenas pie, tan liviano.
Para mí, bosque de llamas
floreciendo en mi costado.

Este velero te entrego
y esta pipa y este plano.
Ponte la gorra marina,
ponte el capote encerado.
Ponte este cielo en los ojos
y esta sal entre los labios.
(Yo sé que no está el tesoro
pero tú debes buscarlo.
Ignorar lo que yo sé
es tu ventaja y milagro.)

Alza tu mano en la borda
—ay mi gajo, desgajándose.—
A puro olvido me juego
por gozarme recordado.

Regresa cuando lo quieras
de tu risa o de tu llanto
por la calle en que te inicio
como una planta que planto.
(Rama de luna, tan mía,
doliéndome en el costado.)
Regresa de tus dominios,
niño y señor, a mis manos
con la rosa florecida,
con el pelo despeinado.

Bastará un grillo en la noche,
una pluma en el teclado.

Vuelve —apenas— la mirada:
acá te estaré esperando.

JUAN G. FERREYRA BASSO

INFORME SOBRE LA NUEVA POESIA ARGENTINA

I. PANORAMA GENERAL DE NUESTRA POESIA DE HOY

¿QUÉ hay de la poesía en la Argentina? La ascendencia hispánica de nuestro pueblo y sus características geográficas le aseguran un espíritu poético de primer orden, contra cuyo pleno desarrollo y manifestación conspiran nuestra excesiva juventud como civilización y el cosmopolitismo que impide que las ideas y los sentimientos se establezcan hacia un determinado sentido. Pasemos por alto los episódicos y reflejados acontecimientos poéticos pre y post revolucionarios, pasemos por alto la épica gauchesca y podremos decir que la evolución poética argentina se inicia a fines del siglo pasado. Si queremos precisar una fecha, en 1896, con la publicación en Buenos Aires de *Prosas profanas*, de Rubén Darío. Desde ahí, y cronológicamente, los hechos más importantes hasta hoy son: 1897, Lugones, con doble raya; 1906, Almafuerce, que ya venía haciéndose sentir desde antes; 1907, Banchs; 1915, Fernández Moreno y Ricardo Güiraldes, de cuyo cencerro de cristal arranca el grupo Martín Fierro (1920-1930, en números redondos), capitaneado por Jorge Luis Borges. Sin considerar por ahora a los más jóvenes, de quienes se trata, éste es nuestro inventario poético.

Con este esquema cronológico podemos hacernos ya la siguiente pregunta: ¿cómo se manifiesta, cómo vive, cómo actúa la poesía en la Argentina, hoy, en este momento, clínicamente hablando? Sucede lo siguiente, prescindiendo siempre de los más jóvenes: Fernández Moreno, y cuatro o cinco representantes del grupo Martín Fierro, desagrupados ya y cada cual por su rumbo propio, que podrían ser Leopoldo Marechal, Francisco Luis Bernárdez, Conrado Nalé Roxlo, Horacio Rega Molina, y, en una esfera de repercusión más limitada, Ricardo Molinari. Aparte, tenemos radicado entre nosotros a un auténtico poeta español: Rafael Alberti. Todo esto, en la Capital. En el interior podría citarse a Luis Franco en Catamarca, y

a José Pedroni en Santa Fe. Hemos nombrado a aquellos poetas que hacen llegar al público de una manera más o menos continua la persistencia de una vocación poética de resultados ponderables.

Los libros de estos autores se suceden regularmente todos los años, vivificados ahora por el florecimiento editorial, y más o menos encaminados hacia la obtención de los premios nacionales, el más alto galardón ofrecido a la poesía en nuestro país. Los demás medios de expresión, diarios y revistas, son muy limitados. El ambiente se caracteriza, en general, por una falta absoluta de espíritu de jerarquía, alimentada por una crítica irresponsable y complaciente. La de los grandes diarios se reduce a gacetillas anónimas; la de las revistas literarias, salvo honrosas excepciones personales, oscila todavía entre los dominios de la inquina, la gauchada, y nuestro criollo e ingenuo concepto del *quedar bien*.

II. LA JOVEN POESIA ARGENTINA. SU EVOLUCION EN LOS ULTIMOS AÑOS.

Sobre este panorama viene a incidir un conjunto de muchachos que actualmente cuentan entre 20 y 30 años de edad. Empiezan a hacerse sentir desde 1934, aproximadamente, y en 1940 irrumpen con toda fuerza y se ganan un puesto de primera línea en la poesía argentina. Se dirá que no es hazaña, dada la relativa inanidad del campo a ocupar. Puede ser. Pero, a simple vista, y procurando en lo posible olvidar las lentes cóncavas y convexas de la contemporaneidad, la lírica raya en algunos de ellos a una altura desacostumbrada.

Vamos a tratar de dar una idea de este conjunto de muchachos. Para ello, echaremos primero un vistazo a las hechos exteriores que suscitan, (1)

(1) Los errores o arbitrariedades que puedan encontrarse en este párrafo y en el siguiente se deben exclusivamente a falta de observación o de atención. Por razones obvias, mi información para la cita de hombres y obras de la capital y del interior ha debido limitarse a aquellos libros y datos que habían llegado accidentalmente a mi poder, y a la indagación entre los amigos. De todo ello pueden haber surgido inclusiones o exclusiones injustas. En términos generales, he considerado, a los efectos de la inclusión de un poeta en la generación estudiada, los siguientes factores: 1º, edad (nacimiento entre 1910 y 1920, aproximadamente); 2º, fecha de publicación del primer libro (desde 1934 en adelante); 3º, actuación personal en el movimiento de la generación (interés en su afianzamiento, demostrado en su actitud personal y en sus escritos). Ninguno de estos tres factores ha sido considerado rígidamente indispensable; uno solo de ellos puede bastar para determinar una inclusión; la conjunción de los tres denota el individuo más típicamente generacional. No he tomado en cuenta, por el momento, ningún factor estético, salvo el mínimo exigible de calidad artística.

desde 1934 hasta hoy, y veremos luego si podemos clasificarlos o no con el marbete de generación.

Alrededor de 1930 comienza la disociación del grupo Martín Fierro: se acallan sus revistas, y sus integrantes, o se llaman a silencio, o publican aisladamente, separándose los mejores de ellos de las normas de la escuela y encauzando su personalidad por sendas propias. En 1931, Cambours Ocampo trata de arquitecturar una novísima generación, pero no es tarea fácil inventar poetas (2).

Y pongamos un punto de partida a nuestro movimiento. En 1934, Enrique Molina y Miguel Angel Gómez, desde *El País*, de Córdoba, convocan a todos los poetas "ulteriores a la generación de Borges" (3). Gómez había publicado en ese año *La rosa sobre los vientos*, libro que despertó el interés de Ricardo Molinari, quien fué a buscar al joven poeta, para saludarlo, a la salida de la escuela primaria donde enseñaba, iniciando así su vinculación con los nuevos poetas.

En 1936, Gómez y Molina regresan de un viaje a Europa, donde tuvieron oportunidad de empaparse de la nueva poesía española: García Lorca, Alberti y Cernuda. Ambos leyeron en ese año sus poemas en la desaparecida agrupación *Laberinto*. Enrique Molina recuerda que el primero en felicitarlo fué mi padre, quien vestía camisa de pechera dura y a rayas horizontales. También en este año aparece *La llama en el viento*, de Roberto Paine. Y se forma la meteórica agrupación *Veinte poetas jóvenes*, ligada por Julia Prilutzky-Farny (4). De ella nació la revista *Vértice*, cuyo primer número apareció ese año.

Llega el año 1937. El interés por los muchachos jóvenes va creciendo. El número de enero de *Nosotros* agrupa a cinco de ellos: Roberto Paine, Tristán Fernández, Rogelio Díaz Ugaldea, Oscar Bietti y León Benarós. En lo sucesivo, les continuará prestando todo su apoyo, alentado

(2) Arturo Cambours Ocampo: *La novísima poesía argentina* (Colección). Ediciones de la Revista *Letras*, Buenos Aires, 1931.

(3) Eduardo Calamaro: *Una nueva generación de poetas*, en *Columna*, abril-mayo de 1940.

(4) El 10 de setiembre de 1936 algunos integrantes de esta agrupación dijeron sus poemas en la Biblioteca del Consejo de Mujeres. Eran: Ernesto Bustamante Barrenechea, C. F. M., María Elisa Galigniana Segura, Chérie García Onrubia, Luis Hermida y Saralegui, Alberto Obligado Nazar y Julia Prilutzky Farny. Fueron presentados por Fernández Moreno, quien dijo, entre otras cosas: "Son, por lo visto, una avanzada o guerrilla anunciadora de un grupo más nutrido, oculto por ahí en trincheras y anfractuosidades de cemento y de hierro, que viene como a descubrir el terreno para aparecer después en columna cerrada..." (*La revista social*, abril de 1937).

por el espíritu generoso de Alfredo A. Bianchi (5). Aparece por entonces la revista *Bitácora*, dirigida por Luis María Rinaldini Gonnet y Damián Bayón. En sus tres o cuatro números publicamos nuestros poemas, además de los directores, Angel A. Alcoba, Alejo González Garaño (h.), Patricio Canto, yo y otros. Andrés del Pozo publica su *Vidriera de la última poesía argentina*, donde, junto a elementos más antiguos, aparecen ya algunos de los nuestros (6). En el interior comenzaban ya a aparecer nuevos poetas: Antonio Esteban Agüero, de San Luis, publica *Poemas lugareños*.

En 1938 nacen dos núcleos editoriales de importancia: la editorial *Tiempo nuestro* (7), dirigida por un grupo que integraban Julio Marsagot, Alberto Natiello y otros, que publicó, en este mismo año, *Milagro*, de Marsagot, y *Caramillo*, de Eduardo Calamaro. A su vez, y después de un viaje a Montevideo, donde leyeron sus versos a Juana de Ibarbourou, Daniel Devoto y Jorge Eduardo Bosco, conjuntamente con el arqueólogo Alberto Salas y el químico Enrique Duprat, inventan las ediciones de los ángeles Gulab y Aldabahor, vehículo de tantos jóvenes (8). El nombre del ángel Gulab proviene de *goulasch*, plato del día en el *restaurant* que presencié, a principios del año, el nacimiento de la editorial. Aparecen en este año *Canción ligera*, de Horacio García Paz; *Alba gris*, de Aana María Chouhy Aguirre; y *Coplas, poemas y canciones*, del titiritero Javier Villafañe, que alcanzó el tercer premio municipal de ese año. En el interior, el puntano Agüero da su segundo libro: *Romancero Aldeano*, y Carlos Carlino, de Santa Fe, el primero: *Poemas de la Tierra*.

En 1939 Vicente Barbieri publica *Fábula del corazón*, su primer libro; Adolfo de Obieta *Destino de llorarte*, y Angel Mazzei *El molino y el alba*. En el interior, *Pastorales* del puntano Antonio Esteban Agüero y *La ciudad sangrante* del misionero Juan Enrique Acuña. En cuanto a revistas, inicia

(5) Ver: C. F. M.: *Alfredo Bianchi*, en NOSOTROS, Nº 85-87, II época, VI-1943.

(6) Carlos Carlino, Juan G. Ferreyra Basso, Luis de Paola, Miguel Angel Gómez, Alfredo Martínez Howard, Horacio G. Rava, Nicolás Semorile.

(7) La integraban: Luis Ordaz, Emilio Novas, F. Munin Iglesias, Julio Marsagot, Roberto Celatti, Alberto Natiello, José Rodríguez Itoiz y Juan Pavón. Además de las obras citadas en el texto, publicó: *Romancero de la España heroica*, de Natiello; *Tierra desencantada*, de Rodríguez Itoiz y *Fraternidad*, de Ordaz.

(8) He aquí la lista completa de sus ediciones. Del ángel Gulab: Daniel J. Devoto: *Tres canciones y Las elegías de Empalme*; Ricardo E. Molinari: *Cinco canciones antiguas de amigo y Qusida de la aurora*; Abel Santa Cruz: *Naranja en fuga*; Pablo Neruda: *Las furias y las penas*; Enrique Anderson Imbert: *El mentir de las estrellas*; Rafael Alberti: *De los álamos y los sauces*. Ediciones de los ángeles Gulab y Aldabahor: Daniel J. Devoto: *El arquero y las torres*; Miguel Angel Gómez: *Amora*; Guillermo Etchebehere: *Pulso de la tierra*.

su vida *Agonía*, dirigida por Miguel Alfredo Olivera, Patrick O. Dudgeon y Robert Salmon, y *Conducta* inaugura la publicación periódica de su *Antología de nuevos poetas*, que comprende hasta hoy veintidós nombres (9).

Y así llegamos a 1940, que marcará la violenta inmixión de los jóvenes en la vida literaria del país. La antigua dirección de la revista *Martín Fierro* (en verdad, Oliverio Gironde), instituyó los tres premios Martín Fierro, para los años 1940, 1941 y 1942, con el carácter de no aptos para mayores, ya que debían ser otorgados a poetas menores de 30 años, y los puso bajo el patrocinio de la Sociedad Argentina de Escritores. La inscripción alcanzó a 38 libros. El jurado, compuesto por Jorge Luis Borges, Eduardo González Lanuza y Luis Emilio Soto, otorgó el premio al *Libro de poemas y canciones*, de Juan Rodolfo Wilcock. Luis Emilio Soto declaraba su admiración ante "la variedad e independencia del tono lírico de cada uno de ellos [los poetas presentados], así como la fuerza renovadora de todos" (10). Casi en seguida, y no como consecuencia del premio, como se ha dicho, apareció *Canto (hojas de poesía)*, y su combativo suplemento *La ballesta magnífica*, dirigido todo ello por Miguel Ángel Gómez, Julio Marsagot y Eduardo Calamaro. "Canto es revista de combate por la poesía; para buscar su esencia rigurosa y alcanzar lo más viviente de su ser. Es revista de jóvenes, donde cada uno habrá de proseguir por sí mismo su sentido, su cauce diferente, su identidad profunda con el mundo" (11). Esto decía el manifiesto del primer número de *Canto*: he aquí el respeto por la identidad personal de cada uno, una de las características de la presunta generación. "La verdad, como un ángel, alcanza a nuestra voz, sin apuro pero sin detenerse, porque es exigencia inevitable de una vocación consciente, ardiendo en la sangre" (12). Digamos los nombres de los jóvenes que agrupó *Canto* en sus dos números, porque en ellos se hallan agrupados por primera vez las mejores figuras de la generación: Daniel Devoto, Enrique Molina, Juan Rodolfo Wilcock, Roberto Paine, Julio Marsagot, Horacio Raúl Klappenbach, Carlos Alberto Alvarez, Olga Orozco,

(9) Ellos son: Eduardo Villegas da Cruz, Juan G. Ferreyra Basso, Ana María Chouhy Aguirre, Guillermo E. Etchebehere, Miguel Galluzo, Angel Mazzei, Juan Carlos Clemente, A. Vázquez Escalante, Osvaldo Núñez, Gladys Smith, Julio Eguía Villamayor, Horacio E. Moine Macías, Héctor Villanueva, Alejandro Campos, Raúl Manuel Aráoz Anzoátegui, Francisco Silva, Luis Alberto Murray, Clara Lifschitz, León Kopp, María Granata, Ana Podolsky, Guillermo P. Whitelow y Sara Reboul.

(10) Luis Emilio Soto: *Consideraciones al margen del premio Martín Fierro. Argentina Libre*, N° 8, de 25 de abril de 1940.

(11) *Canto, hojas de poesía*. Editorial del número 1, junio de 1940.

(12) *Canto, hojas de poesía*. Editorial del número 2, agosto de 1940.

Tulio Carella, Eduardo Calamaro, Miguel Angel Gómez, José María Castiñeira de Dios, yo.

Merced a su real valer, el nuevo grupo gana de inmediato las columnas del suplemento literario de *La Nación*, dirigido por Eduardo Mallea con abierta comprensión. En lo sucesivo, ocuparán sus páginas, sea por tandas (13) o individualmente.

Los libros publicados en 1940 por los jóvenes son muchos y de significación: *El arquero y las torres*, de Daniel J. Devoto; *Arbol total*, de Vicente Barbieri; *Rosa de arcilla*, de Juan G. Ferreyra Basso; *Libro de poemas y canciones*, de Wilcock y Gallo ciego, mío. En el interior, *La casa muerta*, del paranaense Alfonso Sola González; *Poemas con labradores*, del santafecino Carlos Carlino, que obtuvo el premio regional de la Comisión Nacional de Cultura (Región del Litoral); y *Las rosas cardinales*, del catamarqueño Edgardo Acuña. Los premios municipales de este año sorprenden por la juventud de los favorecidos: en poesía, Wilcock y yo; en prosa, Enrique Wernicke y Adolfo Bioy Casares.

Después de este año crucial, sigue 1941. En él comenzamos ya a exponernos en montón ante los públicos, en ciclos y presentaciones (14). Se generaliza en las publicaciones literarias la costumbre de presentar núcleos de poetas jóvenes bajo un rubro común (15). Desde la imprenta de Colombo, José María Castiñeira de Dios lanza suntuosamente la revista *Huella*, continuación depurada y aumentada en páginas de *Canto*, bajo la secretaría de Basilio Uribe y Adolfo Pérez Zelaschi. "De nuestra revista apenas si conozco sus característica de ahora y aquello que tratará de

(13) El 16-VI-1940, Juan Rodolfo Wilcock, Carlos Alberto Alvarez y Alfonso Sola González; el 15-XII-1940, José María Castiñeira de Dios, Alberto Ponce de León y Enrique Molina; el 20-IV-1941, Olga Orozco, Jorge Eduardo Bosco, Juan G. Ferreyra Basso, Basilio Uribe, Daniel Devoto, Alfonso Sola González.

(14) Ya se había comenzado esta práctica en 1940, en las sesiones del II Congreso Americano de la Lengua y las dos Jornadas Poéticas organizados por la Sociedad Argentina de Estudios Lingüísticos. En la sesión del 29-X, Enrique Molina leyó con la mayor seriedad un poema surrealista fraguado para la ocasión (*Carnaval en Berna*, creo), que provocó indignación entre el público. Ya en 1941, recuerdo el *Ciclo de los nuevos poetas argentinos*, realizado en la Juventud de la Asociación Benefactora Israelita Argentina durante el transcurso del año; el *Panorama de la nueva poesía argentina*, realizado el 19 y 26-VI en el Ateneo Ibero-Americano; la conferencia de Angel Mazzei sobre *La novísima generación argentina*, el 28-VIII, en el Museo Municipal de Arte Colonial; y la *Presentación de la poesía joven (homenaje a Leopoldo Lugones)* efectuada el 13-IX en la Sociedad Popular de Educación Antonio Mentruyt (Lomas de Zamora).

(15) Por ejemplo, *Nueva Gaceta*, Nº 5, de la 1ª quincena de julio de 1941, bajo el título *Seis poetas jóvenes*, presenta poemas de S. Avalos Noguera, Juan Carlos Herme, Hugo Gleizer, Juan Carlos Clemente, José Rodríguez Itoiz y Félix Marthox.

no ser... —me escribía Basilio Uribe—. No tiene como propósito el poner bombas en las cajas de fósforos ni pedazos de hielo en los cuellos duros...". Huella editó también libros y cuadernos de poesía (16).

En este mismo año nacen en una humilde imprentita del barrio de Flores, sólo habituada a los prospectos de almacén y zapaterías, las ediciones *Fontefrida*, coleccionadas por mí, que cuentan hoy con más de dieciocho publicaciones (17); y que en 1942 darán aliento a la colección *Adiáfora* (18), dirigida por Héctor René Lafleur, y en la ciudad de 25 de Mayo a los *Cuadernillos del Cantón Mulitas* (19), timoneados por Raúl Amaral. *Fontefrida* lanzó en este año los tres primeros tomos de su colección *Ramo Verde*: *El alegre ciprés*, mío; *Corazón del Oeste*, de Vicente Barbieri y *Niebla joven*, de María Antonieta Badal del Olmo, que integran el caudal de libros de este año, también muy importante, a pesar de la ausencia de premios municipales, restablecidos para el siguiente. Citemos *Amora*, de Miguel Angel Gómez; *La sombra*, de Eduardo A. Jonquières; *Libro de homenaje*, de Basilio Uribe; *Tiempo de muchachas*, de Alberto Ponce de León; *La soledad invitada*, de Julio César Avanza; *La sombra buena*, de Mario Binetti y *Las cosas y el delirio*, de Enrique Molina, premio Martín Fierro del año (20).

Y llegamos a 1942. Aparece *Verde memoria*, dirigida por Ana María Chouhy Aguirre y Juan Rodolfo Wilcock, con proyecciones americanas y una temible sección crítica. Ha merecido, entre nosotros, violentas adhesiones y repudios, y, en el extranjero, elogiosas palabras de Alfonso Reyes, Federico de Onís y Archibald Mac Leish, entre otros. Aunque su directora

(16) Ediciones Huella: *Narciso*, de Paul Valéry; *Poemas*, de O. W. Lubicz Milosz. En los cuadernos de *El león pintado: Dos canciones*, de José María Castiñeira de Dios, y *La muerte de alguien*, de Daniel Devoto. Novelas: *Alamos talados*, de Abelardo Arias, premio municipal de Mendoza y Buenos Aires en 1943; *El ramo*, de Luisa Sofovich.

(17) Ediciones Fontefrida. Colección Agua Clara: *La palma de la mano*, de C. F. M. y *Sindéresis*, de Salvador Merlino (premio Pen Club 1942). Colección Ramo Verde: *El alegre ciprés*, de C. F. M.; *Niebla joven*, de María Antonieta Badal del Olmo; *Corazón del Oeste*, de Vicente Barbieri; *De la espuma a la piedra*, de Héctor Villanueva y *El país de la tarde*, de Angel Mazzei. Cuadernos de Fontefrida: *Romance de Valle Verde* y *La mano y el seno*, de C. F. M.; *Cuatro romances*, de Alberto Obligado Nazar; *Tres poemas de amor*, *Sonetos cristianos* y *Las azoteas —Las tapias—*, *Los peones*, de Fernández Moreno, *el viejo*; *El bosque persuasivo*, de Vicente Barbieri; *Mujer cantada*, *témpano* y *Hogaño*, de Joaquín Gómez Bas; *La herida puntual*, de Pedro Larralde; y *Sonetos del campo y del amor*, de Jorge Melazza Muttoni.

(18) Ha publicado: Roger Plá: *Detrás del mueble*; Héctor René Lafleur: *Los marineros*; Fernández Moreno: *El viaje*; Pablo Palant: *Una mujer viene y se va*.

(19) Ha publicado: *Sonetos del fortín*, de Raúl Amaral.

(20) Jurados: Francisco Luis Bernárdez, Oliverio Girondo y Conrado Nalé Roxlo.

ha anunciado su clausura, *Verde memoria* perdura aún, y ha publicado ya cinco números. Aparte de los poetas ya conocidos, sus páginas ponen de relieve nuevas figuras: Pablo Grinblat, Félix Della Paolera, Héctor Villanueva, Gregorio Santos Hernando, Carlos Alberto Viola Soto. El quinto número, dedicado a los poetas provincianos, contiene poemas de: Carlos Alberto Alvarez, Julio César Avanza, Antonio Puga Sabaté, Antonio Esteban Agüero, Juan Enrique Acuña, Francisco Tornat Guido, Juan G. Ferreyra Basso, Horacio Cabral Magnasco y Raúl Amaral. Carlos Alberto Viola Soto, Agustín Oscar Larrauri y Orlando Leo Sala editan un boletín de poesía: *Permanencia en el infierno*. Se desarrolla durante el año en el Ateneo Ibero Americano, con el auspicio de su Comité de la Juventud, un ciclo de ocho conferencias de escritores jóvenes sobre problemas estéticos (21). Los principales libros aparecidos son: *Este es el campo*, de José María Fernández Unsain; *La columna y el viento*, de Vicente Barbieri; *La soledad poblada*, de Juan G. Ferreyra Basso; *La estación florida*, de Horacio Cabral Magnasco, y *Umbral de tierra*, de María Granata, este último merecedor del premio Martín Fierro del año (22). Fontefrida agrega a su colección Ramo Verde, *De la espuma a la piedra*, de Héctor Villanueva; e inaugura la colección Agua Clara, con *La palma de la mano*, mío, y *Sindéresis*, de Salvador Merlino, favorecido con el premio Pen Club. El 3 de setiembre se realiza en la Asociación Cristiana de Jóvenes un gran recital de conjunto, donde intervienen, junto con nueve muchachos porteños, seis del interior (23). Los premios municipales vuelven a recaer sobre figuras jóvenes y nuevas: Barbieri, María Granata y Silvina Ocampo, en poesía; Abelardo Arias, en prosa.

El 3 de enero de 1943 el suplemento literario de *La Nación* otorga oficialmente el rótulo de generación a la nueva promoción de poetas. Bajo

(21) Conferencias pronunciadas: Daniel Devoto: *Influencia del jazz en la música francesa contemporánea*; Miguel Angel Gómez: *Luis Cernuda, o la soledad poblada*; Gregorio Santos Hernando: *La muerte en la poesía castellana*; Raúl Amaral: *Mensaje de la poesía provincial*; Héctor Villanueva: *Un poeta español: Antonio Machado*; José María Fernández Unsain: *Poesía y tierra*.

(22) Jurado: Enrique Banchs, Evar Méndez y Amado Villar.

(23) Por el interior: Juan Solano Luis (Mendoza); José María Fernández Unsain, Carlos Alberto Alvarez, Alfonso Sola González (Entre Ríos); Juan G. Ferreyra Basso, Alberto Ponce de León (Buenos Aires). Por la Capital: Gregorio Santos Hernando, Héctor Villanueva, Eduardo Calamaro, María Granata, C. F. M., José María Castiñeira de Dios, Ana María Chouhy Aguirre, Basilio Uribe y Juan Rodolfo Wilcock. Otros actos públicos de este año: el 25-VII, lectura de poemas en el Círculo *San José de Flores* de Artes y Letras; el 23-VIII, banquete de *Canto y Huella* a Leopoldo Marechal y Ricardo Molinari; el 24-IX, *la joven poesía argentina*, conferencia de C. F. M. en el Jockey Club de La Plata; el 3-X, *Revista oral de la poesía joven*, en la Sociedad Popular de Educación *Antonio Mentruyt*, Lomas de Zamora.

el título de *Poetas argentinos de tres generaciones*, agrupa hombre de principios del siglo, del grupo *Martín Fierro* y de estos últimos años (24). Se registra la aparición del grupo rosarino *La canoa*, donde acaban de publicar, Horacio Correas, *Más poemas*, y Fausto Hernández, *Río*. La revista *Agonía* da poemas de un grupo de jóvenes que al mismo tiempo define su poética (25). Se otorga la flor natural de los Juegos Florales de Necochea a Adolfo Pérez Zelaschi por su *Oda atlántica*. Este poeta ya había ganado el mismo lauro en San Nicolás, en 1941, con su *Oda aeronáutica*, en tanto que María Granata se había impuesto en los realizados en Mercedes, en 1942, con su *Muerte de adolescente*. Anotamos este singular renacimiento de los juegos florales, donde los jurados son cuidadosamente elegidos (26), donde los premiados son verdaderos poetas, y donde se ha excluido el floripondio y la cursilería que se habían hecho habituales en esas fiestas.

Se publica el primer número de *Angel (alas de poesía)*, dirigido por Gregorio Santos Hernando, publicación que vinculo a *Permanencia en el infierno* por formar ambas el grupo más joven dentro de los jóvenes poetas (27). Comienzan a aparecer los *Cuadernillos de Lilulí* (28). Julia Priultzky Farny difunde la obra de los nuevos poetas en conferencias que dicta en los países latinoamericanos (29). El 27 y 29 de mayo de 1943 se realiza en La Plata el *Homenaje de los poetas jóvenes a Francisco López Merino*. Adolfo Pérez Zelaschi comienza en el Ateneo Ibero Americano una revisión oral de valores individuales (30). La radio difunde breves diserta-

(24) Ellos son: Fernández Moreno; Francisco Luis Bernárdez, Eduardo González Lanuza, Margarita Abella Caprile, Conrado Nalé Roxlo; Juan G. Ferreyra Basso, C. F. M., León Benarós y María Granata.

(25) *Agonía*, Nº 10, marzo de 1943. Cinco jóvenes poetas argentinos y su poética, págs. 148 y ss. (Juan G. Ferreyra Basso, Adolfo Pérez Zelaschi, Angel Mazzei, Roberto Paine y C. F. M.).

(26) En San Nicolás de los Arroyos, 13-XII-1942, jurados: Fernán Félix de Amador, Angel J. Battistesa, Juan Pablo Echagüe, Fernández Moreno, Arturo Giménez Pastor, Roberto Giusti, Alvaro Melián Lafinur y Amado Villar; mantenedor, Horacio Rega Molina. En Mercedes, 10-X-1942: Marta Brunet, Conrado Nalé Roxlo, Horacio Rega Molina, Pablo Rojas Paz y María de Villarino; mantenedor, Luis Cané. En Necochea, V-1943: Fernández Moreno, Alvaro Melián Lafinur y Emilio Ravignani.

(27) Tanto es así, que una errata simbólica de *Permanencia en el infierno* atribuye a su colaboradora María Teresa Navarro le edad de cero años, pues, en 1942, afirma que nació en 1942.

(28) Se han publicado: *Jornada del hombre*, por Guillermo Etchebehere; *Tiempo de morir y tiempo de nacer*, por Felipe Rossi; *La clave encantada*, por Carlos Gorostiza.

(29) *Panorama de la novísima poesía argentina*, en el Colegio Nacional Rosa de Santa María, Lima, el 6-IV.

(30) El 2-IX se ocupa de María Granata, José María Castiñeira de Dios y Eduardo Jonquières.

ciones sobre la nueva poesía (31). En una conferencia pronunciada en la provincia de Buenos Aires, Fernández Moreno pide atención y solicitud para la generación de jóvenes que se tiende "como una red sensible por toda la república" y cita veintiocho nombres para comprobar su aserto (32). Empiezan a publicarse los *Papeles de Buenos Aires*, ordenados por Adolfo y Jorge de Obieta. Y así sucesivamente.

Queden aquí estos datos, que pueden resultar históricos y llenos de valor si este grupo de poetas llega a perdurar en nuestras letras, pero, que, de lo contrario, resultarán totalmente vacuos y aburridos. Eso lo veredes, dijo Agrajes.

III. POETAS JOVENES DEL INTERIOR.

He aquí que este prodigioso florecimiento de poetas sucede en toda la República, y no es privativo de la Capital, como ha solido acontecer hasta ahora en nuestros movimientos literarios. Por aquí y por allá surgen centros de cultura que irradian su acción a toda una zona, se arraigan en ella y no emprenden la consabida fuga hacia la Capital.

Esto ya lo advirtió Luis Emilio Soto al comentar una carta de Amaro Villanueva: "Los poetas del interior, tan jóvenes como los de la Capital Federal, traen, al incorporarse al movimiento común, una suma de energías renovadoras que no contó la promoción de Martín Fierro... Gracias a su presencia esta nueva recluta lírica no quedará, como entonces, circumscripta a Buenos Aires" (33).

En agosto de 1940 —momento neurálgico, según vimos— aparece en Tucumán el primer número de *Cántico*, revista de poesía y poética dirigida por Marcos A. Morínigo. "Cántico es ante todo —dice una carta abierta del director a un núcleo de escritores consagrados— una iniciativa a favor de las juventudes provincianas que ven, generación tras generación, marchitarse sus sueños en la indiferencia de los medios locales, medios que creen todavía que el cultivo de la poesía es una suerte de *delicta juventutis*, y que los que en ello incurrn deben tratar por todos los medios de hacerse perdonar" (34). *Cántico* publicó varios números, presentando jóvenes poetas

(31) C. F. M. por Radio del Estado el 1-VIII y por Radio El Mundo el 22-VIII. José María Fernández Unsain por Radio Prieto el 15-IX.

(32) Bragado, 11-IX, con el auspicio de la Asociación de Maestros, el Ateneo Pedagógico y la Corporación Nacionalista de Maestros.

(33) Luis Emilio Soto: *El sentido de la soledad y comunidad en los nuevos escritores del interior*, en Argentina Libre, Nº 10, 9-V-1940.

(34) *Cántico*, poesía y poética. Tucumán agosto de 1940. Nº 1, Declaración.

de la zona, entre ellos Leda Valladares y Guillermo Orce Remis. Editó, además, uno de los mejores libros producidos por esta generación: *La casa muerta*. A fines de 1941, se inicia la publicación de *El mar y la pirámide*, dirigida por Eduardo Joubin, Colombres y Norah Bohorquez. En 1943, aparece *Tuco*, bajo la dirección de Nicandro Pereyra y con un epígrafe que dice: "El tuco es una luminaria común en el norte argentino".

Abril de 1941 vió nacer en Rosario a la revista *Nun*, que dirigió Manuel Forcada Cabanellas. En su consejo de redacción vemos figurar, junto a nombres consagrados, el de Horacio Correas. También en Santa Fe, pero en el pueblo de San Fabián, se alza la voz campesina de Carlos Carlino, a quien el poeta Pedroni dedicó una fraternal epístola, publicada en *La Nación*. Nombraremos también a Victorino de Carolis y Facundo Marull.

Hay que sentarse entre Alfonso Sola González, Carlos Alberto Alvarez y José María Fernández Unsain para enterarse de la historia poética de Paraná, de pronto enriquecida por un núcleo donde estos tres nombres tienen principalísima resonancia. Sola González y Alvarez se conocieron un día, en una biblioteca pública, en el momento en que sus manos se tendían simultáneamente hacia un libro de Carriego. Fernández Unsain, nacido en Santa Fe, pero asentado en Paraná desde chico, jugó con Sola González a la pelota cuando tenía 8 años, y no sabía de sonetos. Mucho tiempo después la poesía y el buen humor los volvieron a juntar. Recuerdan la exposición de pintura de los jóvenes poetas donde, a pesar de la expectativa despertada por un cuadro de Fernández Unsain titulado significativamente *Noche de bodas*, el primer premio, discernido por un jurado donde figuraba Cesáreo Bernaldo de Quirós, correspondió a uno que había pintado *en serio*. El precio máximo del remate correspondió a un cuadro de Sola González: 1 peso con 25 centavos. Y peñas: Vértice, y la del Grillo, luego del Camello, donde muchos porteños han sido recibidos con los brazos abiertos. Y no todo es broma. Los tres me han hablado, emocionados, de Carlos María Onetti, su querido y admirado maestro, muerto en el invierno de 1940, cuando sus discípulos nacían a la fama. Esperamos la revista de poesía y poética que prepara Carlos Alberto Alvarez, que se llamará *Sauce*.

En Mendoza está Juan Enrique Ramponi, autor de *Piedra infinita*, y Juan Solano Luis, que, con *Angelus y alondras*, ganó en 1942 el premio *Iniciación*, instituido por la Comisión Nacional de Cultura para poetas menores de 30 años. En Santiago del Estero, Horacio Rava, que dirigió *Vertical* desde 1937, y Moisés Carol (h.). En La Rioja, Carlos Vallejo (h.). En Salta, Raúl Manuel Aráoz Anzoátegui y Manuel J. Castilla, autor de *Agua de lluvia*. En Córdoba, Horacio Cabral Magnasco, director de las ediciones *Santo y Seña*. Integran ese grupo los poetas Emilio Sosa López y

Antonio Livio Freites, y el crítico Eugenio O. Reale. Catamarca y Misiones han enviado a las aulas de La Plata sus respectivos Acuña: Edgardo y Juan Eduardo. Este último dirige en la ciudad universitaria, conjuntamente con Julián F. Freaza, *Misiones*, revista del Centro Universitario Misionero de La Plata. En San Luis, los versos de Antonio Esteban Agüero se rezan en su idílica e inconcebible Villa de Merlo, donde a los veinticinco años el pueblo lo respeta como a un profeta.

La provincia de Buenos Aires está poblada de poetas (35). En La Plata viven los dos hermanos Ponce de León, Alberto y Horacio; el primero, autor de *Tiempo de muchachas*; el segundo, del séptimo cuaderno de *Fontefrida: Mujer cantada*, y de un reciente libro de cuentos. También Arturo Horacio Ghida, presente desde hace tiempo en la poesía argentina, y que acaba de publicar *El poeta y el resplandor*. Angel Osvaldo Nessi y Juan José Manauta, directores de *Caracol*, que en 1941 presentó a un nutrido grupo de poetas, Vicente Norberto Silvetti, Hugo Enrique Mendióroz, hijo de Alberto . . . En la zona este de la provincia, tan vecina de la Capital Federal, están: Héctor Raúl Klappenbach (Lanús), autor de *Ayer eran las flores* (1939) y *Sustancia de mi voz* (1942); José Rodríguez Itoiz (Lanús), autor de *Tierra desencantada* (1938); María Granata (San Vicente); Norma Piñeiro (Mercedes), autora de *Canción de la niña y su corazón* (1941); y Héctor Villanueva (Libertad). En la zona oeste: Chivilcoy es la ciudad nativa de León Benarós, apasionado por las cosas criollas, que acaba de darnos, en colaboración con Emma Felce, una recopilación folklórica titulada *El ñandú*; de Alfredo Roggiano que publicó en 1942, en La Plata, *Arbol, Cuaderno de poesías*, donde, con el apoyo del Centro Estudiantes de Humanidades reunió un calificado grupo de poetas jóvenes; y de Ernesto D. Marrone, que ha publicado *Orientación* (1936), *Diez caminos al horizonte* (1939) e *Itinerario de una emoción* (1940); en Alberti nacieron Vicente Barbieri y Juan G. Ferreyra Basso; y en 9 de Julio Enrique Catani, que publicó en este año *Core y otros poemas*. En la zona central podemos citar, en 25 de Mayo, a Raúl Amaral, director de los *Cuadernillos del Cantón Multas*, y autor de *Plegarias de silencio* (1941) y *Sonetos del fortín* (1942) y a Francisco Tomat Guido, autor de *Canción celeste*, sexto cuaderno de *Fontefrida*; en Bolívar a Adolfo Pérez Zelaschi, autor de un

(35) Para todo lo que se refiere a la provincia de Buenos Aires, sigo el mapa lírico que gentilmente me hizo llegar Raúl Amaral, quien reclama para sí, con toda justicia, el título de Ministro de Relaciones de los poetas de esta provincia. También Norberto Silvetti me ayudó con datos sobre los poetas platenses. Me he limitado, en términos generales, a los poetas que cuentan ya con publicaciones. En lo posible, no se citan las obras ya nombradas en el parágrafo II.

libro de cuentos premiado por La Peña, *Hombres sobre la pampa* (1941); y en Azul, al grupo que se centraliza en *Maná*, revista dirigida por María Aléx Urrutia Artieda. En la zona norte, Nicolás Semorile ha publicado, en San Nicolás de los Arroyos, *Tierra labrantía* (1934) y *La canción amiga* (1942). En la zona sur, Bahía Blanca cuenta con César Rosales, Antonio Puga Sabaté, autor de *Tránsito* (1938) y Julio César Avanza, que publicó *La soledad invitada* (1941).

Todos los nombrados, y los que me olvidé, y los que no conozco, están dando verdaderos cimientos a la poesía argentina, sobre cada rincón de nuestra tierra. Sepan de la cordialidad de los muchachos que escribimos entre ómnibus y canillitas con la misma humildad y vocación con que ellos lo hacen entre espigas y ganaderías.

IV. ¿EXISTE UNA NUEVA GENERACION?

En presencia de todos estos hechos, no hay más remedio que formularse la pregunta: ¿existe una nueva generación de poetas argentinos? He aquí una palabra tan gastada como imprecisa: generación. Antes de responder a la interrogación tratemos, pues, de precisarla, pasando del sentido general de la palabra a su sentido técnico dentro de la historiografía literaria.

El diccionario de la Academia define el vocablo *generación*, en la acepción que nos interesa, como "el conjunto de todos los vivientes coetáneos". Y por *coetáneos* entiende a las "personas que viven o coinciden en una misma edad o tiempo". El criterio que surge de estas definiciones es, sin duda, demasiado lato para juzgar a una generación literaria. En primer lugar, hay que limitar el concepto de coetáneos a los que hayan nacido dentro de un determinado período: diez o quince años. Pero, ¿qué punto de partida dentro de la sucesión del tiempo deben tener esos diez o quince años? Aquí entra un nuevo elemento, aún no considerado: la obra de la generación, el hecho de haberse dedicado los mejores hombres nacidos en una misma época a una actividad convergente, y haber logrado éxito destacado en ella. Una generación muy prominente, pues, sirve de hito cronológico a las siguientes.

Por otra parte, una generación puede tener una esfera de repercusión general, es decir, atinente a toda una sociedad en toda una época, abarcando todas las ramas de la actividad humana. Así considerada, podría definirse como el conjunto de todos los hombres de una nación, que, sobre una base común, encaran y resuelven con una actitud común todos los problemas de su época. "El modernismo —ha dicho Juan Ramón Jiménez— no fué solamente una tendencia literaria; el modernismo fué una tendencia

general. Alcanzó a todo" (36). En otros casos, la generación es parcial, y sólo se refiere a un sector: el filosófico, el científico, el artístico, el religioso.

Interesa ahora a nuestro estudio una faceta limitada de la actividad de nuestro país en los últimos diez años: dentro de lo artístico, lo literario, y, dentro de esto, la poesía lírica. No nos proponemos, por el momento, investigar la correspondencia de esta actividad de nuestra generación (empleamos ahora la palabra en su sentido biológico) con el resto de sus inquietudes y sus obras.

Así delimitados, debemos aún aclarar que dentro mismo de la evolución de una generación literaria pueden marcarse dos etapas sucesivas en el tiempo, que es necesario caracterizar:

a) La generación en sus principios. Un núcleo de personas jóvenes necesita desplazar hacia sí el foco de la atención social, dirigido hacia el núcleo anterior, al cual la nueva promoción considera inferior o simplemente extemporáneo, en decadencia o no. Se entabla de inmediato una lucha por la posesión de los medios de expresión: en nuestro caso, tribunas, editoriales, librerías, revistas y suplementos literarios. A este efecto, los jóvenes se suelen unir, olvidando sus divergencias estéticas, pues se trata, ni más ni menos, de una lucha de supervivencia. Una vez conquistado el medio social, la atención del público, se acaba la lucha, que era el aglutinante inmediato de estos esfuerzos dispersos. A esta altura de las cosas, la entidad colectiva *generación* puede desaparecer o sobrevivir. Desaparece, si su cohesión se debía exclusivamente a la necesidad de la lucha. En este caso, su papel habrá sido meramente accidental, temporal; y su mayor mérito ante la posteridad haber servido de vehículo para que uno o más talentos individuales pudieran abrirse paso en su época y decir sin trabas su mensaje.

b) Pero la generación sobrevive, si los lazos que la unían eran más profundos: éticos, políticos, estéticos. En este caso, los hombres que la integraban pueden abandonar el contacto directo con sus compañeros de lucha y variar de radicación en el espacio, con la seguridad de que aquello que escriba o produzca cada uno de ellos será homólogo, concordante, paralelo, a lo que escriban los otros; y la historia conocerá esta generación en su aspecto constructivo, creador, con lo cual habrá cumplido su verdadero fin.

Ahora bien ¿puede darse una generación en tal modo perdurable en un país como el nuestro, de apenas siglo y tercio de edad, reducido práctica-

(36) Entrevista con Juan Ramón Jiménez, en *Repertorio Americano*, año 1936, pág. 265; citado por Guillermo Díaz-Plaja en *La poesía lírica española*, Labor, Barcelona, 1937.

mente a una capital de dos millones y medio de habitantes, y cuya población no ha alcanzado aún su unidad espiritual? No parece fácil, a primera vista.

En lo literario, todos nuestros movimientos han sido reflejos e importados de Europa; hasta con firmas importadoras, como en el caso del núcleo *Martín Fierro*. Una rápida compulsión de nuestras revistas literarias de medio siglo atrás nos deja una penosa impresión de caos, de improvisación, de ambiciones mediocres. Cada grupito de dos o tres, cada segundón con aspiraciones, cada publicación, han querido ser o hacer una generación. Por si esa impresión fuera falsa, ahí están los resultados para confirmarla. Los nombres que sobreviven, tan disímiles en su formación y obras, parecen, más que el fruto seguro de un suelo fecundo, naufragos que merced a cualidades estrictamente personales han conseguido salir a flote de un mar desordenado. Compárese esta sensación con la de seguridad y cernimiento de ejército disciplinado que nos da la generación española del Siglo de Oro, por ejemplo.

Envueltos en todos estos prudentes pensamientos, y siendo actores del momento actual, resulta aventurado afirmar la existencia de una joven generación de poetas argentinos. En otras oportunidades hemos procurado, con respecto a nuestra promoción, seguir los pasos de Pedro Salinas cuando estudia, refiriéndolas a la generación española del 98, las siete condiciones que el alemán Petersen exige a una generación literaria para ser considerada propiamente como tal (37). Los resultados obtenidos, afirmativos en general, sólo autorizan a creer en una nueva generación argentina en el primero de los sentidos caracterizados: unión de un grupo de jóvenes para ganar el centro de la actividad literaria de su medio. La lucha está acabando ya: en términos generales, no hay grupo, publicación o tribuna que esté cerrada para los jóvenes poetas, cuyo talento se admite y se sigue con interés. La poesía, signo esencial de la literatura española en el siglo XX, según Salinas (38) puede recibir de los nuevos poetas argentinos un valiosísimo aporte. Pero la evolución no ha terminado aún: ninguno de los componentes de la hipotética generación ha llegado aún a su definitiva madurez; nuevas voces podrán incorporarse en el camino, muchas se ahogarán en los días.

(37) *Presentación de la nueva poesía argentina*, el 3-IX-1942, en la Asociación Cristiana de Jóvenes; *La joven poesía argentina*, el 24-IX-1942, en el Jockey Club de La Plata; el 22-VIII-1943, en el suplemento literario de *Cabildo*, *Breve informe sobre la nueva poesía argentina*, I. *La generación*. Véase: Pedro Salinas: *Literatura española, siglo XX*, Séneca, *El concepto de generación literaria aplicado a la del 98*, págs. 43 y sig. México, 1941.

(38) Salinas, obra citada, *El signo de la literatura española del siglo XX*, páginas 59 y siguientes.

Todavía no podemos ver muy claramente si las causas de nuestra unión eran algo más que esa lucha.

Podría, empero, arriesgarse una designación y descripción de los invisibles hilos que dan cohesión a este núcleo de poetas. En algún otro momento lo intentaremos, con plena conciencia de que muy poco tiempo podría bastar para desmentir nuestras conclusiones. Lo definitivo será dicho cuando pasen los años, y un espíritu sereno, con criterio histórico, decante y sopesé estos productos que hoy lanzamos al mundo, y encuentre o no la unidad de origen y evolución, el paralelismo con el movimiento vital del país, la perennidad de una obra identificable y lograda, como para afirmar la existencia o inexistencia de esta presunta generación.

Por lo demás, conviene a nuestra intención informativa sintetizar la opinión que las personas autorizadas —por actores o por atentos espectadores— han vertido sobre el punto en debate. Las consideraciones de Luis Emilio Soto sobre el premio *Martín Fierro* lo sitúan entre los que creen en nosotros como generación (39). Estas consideraciones despertaron el entusiasta comentario del escritor entrerriano Amaro Villanueva, quien afirmó que el premio referido vino a operar el “efecto cohesivo” que hacía falta a estos jóvenes “tan singularmente dotados” (40). Poco antes de fundar *Canto*, Eduardo Calamaro aseveraba: “Somos una generación. Otra generación de poetas argentinos. No porque este concurso, tal revista o aquella editorial nos hayan desglosado del estado de crisálidas, sino porque revistas y concursos y editoriales resultan de nuestra presencia. Y, en cuanto existimos, somos una generación —digo, en ese sentido convencional de la historia literaria—, porque tenemos concordancias recíprocas y diferencias con los mayores en edad; por habernos criado entre nuevos elementos integradores de nuestras personalidades y porque de más cerca partimos hacia el gran fin de todas las generaciones poéticas” (41). El editorial del primer número de *Canto* —firmado por el mismo Calamaro, Miguel Ángel Gómez y Julio Marsagot —acusaba también una clara aspiración de grupo: “Hemos estado rodeados de silencio y premeditada oposición... Queremos para nuestro país una poética que recoja su aliento, su signo geográfico y espiritual. Una poesía adentrada en el corazón del hombre, bien ceñida a su alma” (42). Desde Paraná, Carlos Alberto Álvarez, en una carta abierta,

(39) Luis Emilio Soto: *Consideraciones al margen del premio Martín Fierro*, en *Argentina Libre*, Nº 8, de 25-IV-1940.

(40) Luis Emilio Soto: *El sentido de la soledad y comunidad en los nuevos escritores del interior*, en *Argentina Libre*, Nº 10, de 9-V-1940.

(41) Eduardo Calamaro: *Una nueva generación de poetas*, en *Columna*, IV-V-1940.

(42) *Canto*, *hòjas de poesía*. Editorial del Nº 1, VI-1940.

comentaba estas declaraciones y exponía sus dudas sobre la existencia de la generación, poniendo por primera vez sobre el tapete las relaciones de sucesión del nuevo grupo con el anterior: "no es imprescindible que seamos una generación; pero es necesario, me parece, retomar el hilo, depurar el ademán y remontar la estrella de una generación inconclusa" (43). Ferreyra Basso cree que los nuevos poetas "denotan una sutil manera que, a pesar de sus variantes temperamentales, los identifica y define". A su juicio —concordante en este punto con el de Alvarez— esta generación continuaría armoniosamente la labor de algunas figuras de la inmediata anterior, "pero procurando el logro de una voz más apegada a la tierra y al paisaje que la provocan" (44). Novión de los Ríos, por su parte, niega la existencia de toda generación en la poesía argentina, hasta el advenimiento de la nuestra, nacida, según él, de la obra de Ricardo Molinari: la soledad frente a la llanura, la trascendencia de la tierra a lo universal. La figura principal de la generación sería César Rosales (45). Por último, Fermín Estrella Gutiérrez se ha pronunciado públicamente a favor de la existencia de la joven generación (46).

Este es el problema, y éstas sus posibles soluciones. Por el momento, creo que los que estamos dentro de la ola sólo podemos aportar datos e intuiciones, hacer ordenada introspección. Nuestras generalizaciones sólo nos podrán dar imprecisas aproximaciones o alejamientos a o de los caracteres de nuestra generación. Tampoco debemos perder mucho tiempo en este ejercicio, sino volver a nuestro rincón anímico y ver si somos capaces de decir en palabras bien concertadas aquello que sentimos.

V. EL POETA Y LO DEMAS.

Mientras tanto, es preciso recordar que pesan continuamente sobre el poeta todos los problemas que comporta la convivencia con la poesía, cuya gravedad se acentúa si se piensa que sobre el hombre joven recae, además de la responsabilidad común a todo ser más sensible, el desequilibrio propio de los pocos años, sus súbitos entusiasmos y arrepentimientos.

(43) *Carta abierta*: Canto se define y nos define, por Carlos Alberto Alvarez, en *Argentina Libre*, Nº 20, de 18-VII-1940.

(44) Juan G. Ferreyra Basso: *Nuevos poetas argentinos*, en *Conducta*, Nº 12, VI-VII-1940.

(45) Novión de los Ríos: *Una generación de poetas argentinos*, en *Sur*, Nº 84, IX-1941, págs. 57 y siguientes.

(46) En la Asociación Cristiana de Jóvenes, el 3-IX-1942.

Si bien todo ser humano percibe el universo dividido en dos planos: el yo y el no yo, es el artista quien siente de una manera más tajante esta escisión. Ello es natural si se piensa la mayor gravitación, la más definida existencia de su personalidad. Además, se encuentra con que su propio yo está también bifurcado: por una parte, el poeta en sí, la vocación, la sensibilidad en carne viva, la capacidad intuitiva de expresarse, en una palabra y según el léxico dieciochesco, el numen; por otra, aquello que el poeta tiene de común con la especie, su parte humana, gregaria. Esta última sirve al artista de muelle protector, de intermediaria con la sociedad en que vive y de mediadora en sus conflictos con ella. Se explica: por un lado, esta faceta de su espíritu es parte integrante del yo; por el otro, en cierto modo, pertenece también al no yo: sus sentimientos y tendencias suelen ser una parte de sentimientos y tendencias colectivos, es decir, el aporte psicológico del artista a la sociedad en que vive.

De esta peculiar disposición en tres planos de su universo —el yo poeta, el yo hombre y el no yo— surgen los problemas éticos de conducta que afligen al artista.

El primero de ellos es interno y no traspasa las fronteras del yo, pues se reduce a una lucha entre el poeta y el hombre, y podría enunciarse así: ¿qué lugar jerárquico debe tener la vocación artística ante el resto de los problemas del hombre: sentimentales, sociales, políticos, económicos, familiares, religiosos? Haciendo caso omiso de las presiones exteriores, y considerando al hombre como absolutamente capaz de autodeterminarse, es indudable que esta cuestión sólo puede ser resuelta por cada uno a la luz de su propia conciencia. De un día a otro la poesía se le oculta o se le aparece en toda su desnudez, y lo hace vacilar ante los sacrificios que ya se había impuesto, o comprometerse ante sí mismo a nuevos y más duros renunciamentos. Hay que estar muy poseído por el genio para comportarse como un Gauguin.

Dejo apenas planteado el problema. Sólo insistiré en uno de sus aspectos, el económico, porque interesa especialmente cuando se trata de gente joven. En efecto, la vocación poética no da en la sociedad contemporánea derechos ni medios suficientes como para sobrevivir con dignidad. El joven poeta debe, pues, buscarse una ocupación. Ella ha de ser o enteramente extraña a su vocación o dudosamente limítrofe: el periodismo, la radio-telefonía, la cinematografía. En uno u otro terreno, está condenado a sentir diariamente el remordimiento, de estarse traicionando a sí mismo, torciendo el torrente de su espíritu y faltando a su deber sobre la tierra. Todo ello, con perjuicio de su actividad poética y extrapoética. De algún consuelo puede servir pensar que este diario lacerarse ha sido espuela para

el poder creador de muchos. A quienes se consumen sobre los códigos, recomiendo un vistazo a las biografías de los grandes poetas españoles, donde verá, con alivio, cuántos de ellos descollaron también en el terreno de las leyes.

Demos por solucionado este primer problema y por triunfante la vocación. Y ya estará el poeta ante una nueva manzana de la discordia: su propia obra. Ella ha venido a completar una especie de *ménage à trois* donde casi siempre habrá algún traicionado: poeta, público, obra. ¿Qué hacer con ella, ante la sociedad que rodea al artista? ¿Debe exhibirse impudicamente aquello que se siente en lo más íntimo? (47) Día a día los más audaces queman y rompen poemas, los menos atrevidos los guardamos en cajones más o menos fáciles de abrir. No hay que olvidar cuando se quieren responder estas preguntas la enorme, fundamental contribución que el poeta recibe de la sociedad. En primer lugar, el infinito acervo cultural acumulado a través de los siglos, empezando nada menos que por el lenguaje, único y precioso instrumento expresivo de la poesía; la poesía misma en el sentir de muchos. En segundo lugar, esa sociedad provee al yo hombre el material anecdótico, burdo o delicado, que ha de ser luego elaborado por el yo poeta. Sin su discípula y —seguramente— tonta prima de Colonia, Heine no hubiera escrito nunca su delicioso *Intermezzo lírico*.

De este leal reconocimiento de aportes a la búsqueda desaforada del consenso público hay, desde luego, gran distancia. En principio, creo que la popularidad es un mal síntoma para una obra poética. Lo exquisito, por gravitación natural, cuanto más exquisito va empequeñeciendo más su radio de acción, acercándose gradualmente a la "inmensa minoría" (48). Así, hasta llegar al centro de donde salen esas espirales: la fuente de lo exquisito: el poeta mismo. En este punto nos parecerá —¡oh, esterilidad!— que la poesía no llega cabalmente sino a aquél de quien salió; es decir, no sale.

La capacidad sensitiva del público en general para asimilar la emoción

(47) Este problema práctico tiene inmediata vinculación con otro estético: si se considera que el poeta es sólo un intermediario entre la belleza y las sensibilidades capaces de sentirla pero no de expresarla, la obra poética no se realizará hasta llegar a los terceros, y la respuesta a las preguntas formuladas deberá ser terminantemente afirmativa. La posición opuesta será la que sostenga que la poesía es intrasmisible, y sólo un fenómeno psicológico individual de percepción de belleza; desde este punto de vista el mejor poeta del mundo habrá sido quien, en algún momento de la historia, sintió algo con más matices e intensidad, sin que importe mayormente que lo haya transmitido o no a sus semejantes.

(48) "A la inmensa minoría, siempre". Dedicatoria de *Belleza* (1923), de Juan Ramón Jiménez.

poética se ve limitada, además, por otro factor, el ineludible intermediario de sus relaciones con el poeta: la palabra. El gran público carece del conocimiento inmediato de los signos empleados por el poeta, que varían de pronto con las épocas y las sensibilidades. Recordemos las palabras de Entwistle: "El poeta emplea una taquigrafía emocional que es, sin embargo, un dialecto. Estudiándolo, creo, es posible llegar a entenderlo más o menos como él mismo querría. En todas las épocas se ha declarado la incomprendibilidad de los poetas nuevos, y esto no por faltarle juicio a los críticos. Byron, que no era un tonto, se quejó de Wordsworth y de Coleridge; Lope de Vega equiparó el gongorismo al vascuence; y —cosa increíble— Gregorio de Silvestre dijo de Garcilaso:

*Algarabía de allende;
el sujeto frío y duro,
y el estilo tan oscuro
que la dama en quien se emplea,
duda, por sabía que sea,
si es requiebro o es conjuro (49).*

Admitamos, empero, que toda dificultad ha sido zanjada, que el público entiende, que hay una perfecta y armoniosa comunicación entre el poeta y sus lectores. Los problemas no terminan todavía. Porque esta comunicación tenderá de inmediato a hacerse demagógica, a degenerar en manoseo y falta de respeto. Porque el poeta emplea ardidamente su arte, sumergiéndose en su propia intimidad y sacando a luz un fragmento de ella. Pero ese producto obtenido por tan vital alquimia le brindará toda clase de satisfacciones. Primero, el deleite de lo recién creado, que siempre parece insuperable y maravilloso; luego, los halagos de la vanidad exterior, que, pese a todo lo que se diga, pertenecen a la esfera del yo hombre y no a la del yo poeta, que es, por definición, desinteresado: la letra de molde en el gran diario, el libro, la crítica generosa, la admiración universal. Aquí es donde hay que detenerse, e interrogarse si es lícito todo este encadenamiento de hechos. ¿No implica, acaso, lucrar indignamente con una facultad divina, tal vez sólo otorgada para el goce individual del artista? ¿No sería su egoísta deber interrumpir la circulación del poema en el momento mismo de la creación y evitar así que llegue a los demás de una manera forzosamente infiel y mutilada? Léase lo que dice Juan Ramón Jiménez sobre su

(49) William James Entwistle: *La poesía de la novísima generación en Inglaterra*, en NOSOTROS, Nº 73, II época, IV-1942, pág. 13.

ideal libro en blanco (50). Pero es duro para el hombre renunciar a recrearse en esa aureola exterior, sobre todo para el que, por comenzar, desconoce su falacia. De ahí a aprovechar torcidamente las dotes recibidas para lanzar al mundo engendros más o menos bien disfrazados, hay un paso: el que no se debe dar. Las circunstancias, por su parte, son desfavorables al honrado artesano. Es bueno hacer notar, como síntoma de conciencia del momento, que los poetas jóvenes están un poco de modo, en el peor sentido de la palabra: *se llevan*. Con todo, el apogeo ha declinado: hubo momentos —1940 y 1941— en que ser poeta joven era poco menos que indispensable, aunque sin mayor valor: algo así como la roseta de la Legión de Honor en cierta época de la historia de Francia. En tales condiciones, es relativamente fácil dejarse llevar por la corriente. Y es entonces, sólo entonces, cuando debe reprocharse al poeta su canción en los momentos terribles por que atraviesa el mundo: es realmente vergonzoso ponerse a pintarrapear un globo inflado mientras la humanidad llora y sufre. Pero el que sienta algo, que lo diga, por leve que sea: nadie le podrá reprochar nada, aunque escriba su poema con la sangre de sus hermanos, porque también lo estará escribiendo con la suya propia. Y, si no, el silencio. Porque en poesía el asesinato es menor delito que el contrabando: es preferible clavar a la musa un puñal por la espalda y no vestirla con una túnica de veintinueve pesos.

La solución, como siempre —¿o a veces?— está en el término medio, en un recato que no sea egoísmo. Existen hombres finos y comprensivos que saben encontrar en las palabras del artista no sólo aquéllo que quiso decir, sino más aún. Hay también el hombre simple, pero sensible, que sonríe complacido, como ante la primer palabra del hijo, cuando, por los diversos e inesperados caminos del sentimiento, llega a su corazón lo que con el corazón había escrito un verdadero poeta.

Eso, en lo que se refiere a las relaciones del poeta con el público en general. Hay un sector especializado dentro de él, para el cual será necesario encontrar nuevas normas de conducta: los literatos, los compañeros en la diaria lucha por la belleza. Este compañerismo esencial se encuentra, no obstante, cruzado por otra serie de relaciones independientes de las razones estéticas y de la actitud radical del alma: cuestiones que van desde la simpatía o antipatía personales hasta la lucha por la posesión de los elementos más exteriores, pero tan codiciados, del renombre literario.

Dentro de esta esfera particular, habrá que distinguir todavía entre los conmlitones de la generación, los inmediatamente anteriores en edad,

(50) Juan Ramón Jiménez: *Diario poético 1936-37 (fragmentos)*; *Poesía no escrita*, en *Poética*, La Plava, Nº 1, 1943.

y, por último, las figuras que por su obra y años han llegado a constituirse en personajes diversamente venerables. Estas últimas son las que nos interesan por ahora.

Por su misma condición de hombre que empieza a pensar por su cuenta y a descubrir, como un tesoro imprevisto, todo lo que guarda dentro de sí, el joven es naturalmente irrespetuoso. Ningún pensamiento le parece más cabal que el suyo recién nacido; ninguna verdad le parece más cierta que la suya, aunque no la perciba muy distintamente. En poesía, y dentro de su rotunda posición que no admite términos medios, encontrará desdeñable todo aquello que no se aproxime a su propio estilo, salvo uno o dos ídolos cuya investidura de tales se deberá las más de las veces a que han coincidido con el idólatra en algo tal vez insignificante y hasta ridículo. Otros factores secundarios lo inducirán insensiblemente a la carga contra los viejos: ellos están, llenan, ocupan las posiciones que él ambiciona. De todos estos factores, todos egoístas, unos en el sentido grande y otros en el pequeño de la palabra, surge la belicosidad de los nuevos contra los maduros. Algunos la han proclamado cualidad indispensable en la juventud, so pena de quitarle su condición de tal.

Una vez más, creo que la posición debe ser intermedia: ni agresividad mal intencionada ni sumisión servil. Para mantener el respeto por lo verdaderamente grande, propongo una ligera actitud de irrespetuosidad. El "espíritu lleno de una alegre malignidad" de que hablaba Nietzsche nos permitirá advertir en el consagrado lo que hay en él de caduco y lo que hay de inmortal. Podremos así cumplir con imparcialidad la tarea de una generación con respecto a la inmediata anterior: desbrozarla de todo lo que tenga de artificial y superfluo, y dejarla como un árbol recién podado: esquemática, definida, limpia, para que la posteridad juzgue definitivamente sus raíces y sus frutos.

He creído oportuno incluir en este informe estas apuntaciones sobre los problemas que la poesía comporta para el poeta, que tal vez me sirvan más adelante para un trabajo de mayor aliento. Por el momento, considero que estas cuestiones se van presentando sucesivamente al poeta joven a medida que se va adentrando en su vocación, y que es él, por ende, quien con más urgencia necesita resolverlas para poder sacar adelante su poesía.

Quisiera terminar este informe sobre la joven poesía argentina como he terminado otros, y como creo que corresponde a toda juventud que no ha perdido su esencia: admitiendo otra juventud que no sea la propia, y sintiéndola tan o más verdadera, auténtica y audaz.

Detrás de nuestra generación —¿detrás o en ella misma?— viene un plantel de muchachos de quince a veinte años que, luchando con el idioma

que empiezan a aprender, y con su propio espíritu virgen en tantas direcciones, logran decir de vez en cuando palabras de sobrecogedora poesía.

Creo en esta adolescencia incisiva, conozco a varios de sus representantes. Sé que vendrán fatalmente a ocupar en el concierto poético de nuestra patria el sitio que cada uno merezca. Aquellos de nosotros que ya tienen hecha una parte del camino —no diré la más dura, porque todas lo son igualmente para la aguda sensibilidad que quiere expresarse— los que saben que si quieren decir algo serán escuchados con atención, están cargados de deberes hacia estos nuevos muchachos. Tienen ante ellos, a pesar de sus pocos años, una situación de superioridad material, literaria, que es menester sobrellevar con nobleza: estos muchachos agradecen más nuestro estímulo porque lo sienten frontero a su juventud.

Colaboremos, pues, con todas nuestras fuerzas para que surja un gran poeta, sea en nosotros mismos o a nuestro alrededor, sea como héroe o como simples soldados. Si no se ha dado ya, creo firmemente que se dará muy pronto lo que la patria está esperando desde hace mucho tiempo: un poeta universal.

CÉSAR FERNÁNDEZ MORENO.

Buenos Aires, octubre de 1943.

LOS ESCRITORES ARGENTINOS JUZGADOS EN EL EXTRANJERO .

Roberto F. Giusti y la crítica argentina

BAJO el título que antecede, el prestigioso crítico chileno MANUEL PEDRO GONZÁLEZ, profesor de la Universidad de California, en Los Angeles, publicó en el número correspondiente al mes de octubre de 1942 de la Revista Hispánica Moderna, (1) —la importante publicación que, dirigida por Federico de Onís, es órgano del Hispanic Institute de la Universidad de Columbia— el artículo que a continuación reproducimos, no ya por referirse en él el reputado crítico y profesor a la obra de nuestro director, lo que sólo en raras ocasiones se hace en las páginas de NOSOTROS, sino por ofrecer una interesante visión panorámica, lograda a distancia, de la crítica argentina contemporánea.

La historia literaria argentina difiere en más de un aspecto de las otras literaturas hermanas del continente, y en alguna de sus fases se aparta del proceso que generalmente sigue la formación de una literatura nacional. Así por ejemplo, el desarrollo inusitado del género crítica en aquel país.

Antes de que se formara una conciencia literaria nacional, y con prioridad a la aparición de ningún novelista, dramaturgo o cuentista de talla, ya la Argentina contaba con un crítico notable: Juan María Gutiérrez, el maestro indiscutible e indiscutido en este género de la generación finisecular. Verdad que con antelación y coetáneamente con él, la Argentina produjo algunos poetas dignos de mención, tales como Manuel José de Labardén, Juan Crisóstomo Lafinur, Esteban de Luca, Vicente López, Juan Cruz Varela y Esteban Echeverría; pero no es menos cierto también que la crítica se inició en la Argentina antes de Juan María Gutiérrez. La precedencia en la aparición de la crítica con relación a la literatura imaginativa es, pues, una anomalía que acaso podría explicarse por las condiciones históricas, económicas y sociales que determinaron el lento desarrollo de la alta cultura en la Argentina.

A pesar del notable florecimiento que casi todos los géneros literarios han alcanzado en la Argentina desde los días de don Juan María Gutiérrez, es probable que ninguno cuente en la actualidad con un núcleo de cultivadores tan destacados como el género crítica. Como prueba de esto se apuntan a continuación los nombres más representativos. A los que aquí se mencionan, podrían añadirse otros muchos autores cuya labor en este campo merece ser tenida en cuenta, pero se omiten en obsequio a la brevedad.

Discípulos directos y continuadores de Juan María Gutiérrez fueron Vicente G. Quesada y su hijo Ernesto, Pedro Goyena, Martín García Merou, Joaquín

(1) Núm. 4, año VIII, solamente ahora llegado por correo a nuestra redacción.

V. González, Calixto Oyuela y otros varios. Maestro reconocido y acatado de otra generación, y máximo exponente de una nueva teoría interpretativa de la cultura argentina, es don Ricardo Rojas. Más o menos contemporáneos suyos son Leopoldo Lugones, Manuel Ugarte, Manuel Gálvez, Juan Alfonso Carrizo, Arturo Marasso, Alberto Ghirardo, Alvaro Melián Lafinur, Carlos Ibarguren, José Ingenieros, Eleuterio F. Tiscornia, Roberto F. Giusti, Alfredo A. Bianchi, Juan Pablo Echagüe y otros muchos.

Al extraordinario desarrollo que la vida intelectual ha alcanzado en la margen derecha del Plata durante los últimos veinte o veinticinco años, corresponde la aparición de una nutrida falange de críticos —algunos de gran talla— que en cierto modo empieza a superar la labor de la generación anterior. Citemos entre los mejor dotados a Alberto Palcos, Jorge Max Rhode, Aríbal Ponce, Ernesto Morales, Jorge M. Furt, Julio Noé, Ezequiel Martínez Estrada, Emilio Suárez Calimano, Fermín Estrella Gutiérrez, Carlos B. Quiroga, Alvaro Yunque, Arturo Montesano Delchi, Ramón Doll, Antonio Aita, Luis Emilio Soto, Jorge Luis Borges, Salomón Wapnir y muchos más.

A los mencionados es necesario añadir los nombres cimeros de tres extranjeros que dejaron muy honda huella en la vida intelectual argentina, y particularmente en la crítica. Refiérome a Paul Groussac, José Martí y Rubén Darío.

Casi todos los escritores precitados han realizado también obra de creación, y en algunos casos —Lugones, Gálvez, Quiroga, Melián Lafinur, etc.—, son mejor conocidos por ella que por su contribución a la crítica. Mas todos han cultivado este género en grado y calidad suficientes como para darles derecho a figurar en esta muy incompleta nómina que aquí se ofrece.

La síntesis que precede era hasta cierto punto necesaria para poder ubicar en su justo marco la labor toda de Roberto F. Giusti y su último libro, pretexto de esta nota.

Si existe en la Argentina un escritor a quien pudiéramos llamar “crítico puro” —el crítico por antonomasia— ese intelectual es Roberto F. Giusti. Giusti es casi el único escritor argentino que ha limitado su producción literaria al árido sector de la crítica. Es también el que más sostenido esfuerzo ha realizado en este campo. Sin contar su copiosa y valiosísima cosecha de reseñas bibliográficas aparecidas durante un tercio de siglo en NOSOTROS y otras publicaciones, no recopiladas en volumen todavía, el autor cuenta ya en su haber con unos quince tomos, de los cuales sólo uno eludió el marco de la crítica y se refugió en el de la literatura imaginativa.

La perseverancia ejemplar, la independencia de criterio y el agudo sentido de responsabilidad, de valoración y de análisis con que Roberto F. Giusti ha realizado su ingrata misión durante más de treinta años, constituyen uno de los aportes más perdurables y valederos que hasta hoy se hayan realizado en América en este campo. Con una tenacidad digna de emulación y gratitud, realizada por un severo y levantado criterio de la función que desempeña, Giusti nos ha ofrecido durante unos seis lustros un modelo de crítica objetiva, serena, luminosa y penetrante, contribuyendo así, de manera decisiva, al desarrollo cultural argentino y a destacar muchos de los valores superiores de nuestra América y de Europa. Tan ardua y fecunda tarea la ha realizado el autor con una pulcritud y probidad intelectuales acreedoras a todo encomio.

La técnica de Giusti no es la de sus congéneres de la nueva modalidad

crítica. No es la de Ortega y Gasset y sus adeptos, por ejemplo. Para Giusti, un libro o un autor no son mero pretexto para un ensayo que a veces nada o casi nada tiene que ver con el tema a dilucidar. Giusti concibe la crítica como labor en función de interpretación, análisis y dilucidación de la obra o del autor enfocados, un poco, si se quiere, al estilo de Sainte-Beuve, pero de un Sainte-Beuve despojado de prejuicios y limitaciones de escuela y que, además tuviera en cuenta —sin aceptarlas ciegamente— las teorías de Marx en lo económico-social y las de Freud sobre el sexo y la psique. Para Giusti, el libro o el autor objeto de estudio deben ser tema esencial, con validez y substantividad en sí mismo. Buen ensayista cuando quiere, rehuye esta técnica cuando de valorizar la obra literaria se trata. Crítica y ensayo son géneros diversos y no deben andar confundidos. Tomar un libro o un autor como trampolín para dar el salto al ensayo creador, es perfectamente permisible, pero cualquiera que sea su mérito, la maniobra frustra la función crítica y defrauda al lector tanto como al autor estudiado.

En su último libro (1) Giusti ha recogido parte de su nutrida producción de los últimos años. No todos los trabajos aquí recopilados tienen el mismo carácter y extensión. Los de mayor alcance son estudios sobre personalidades de gran relieve, o versan sobre diferentes manifestaciones literarias argentinas. Los que van al final del libro son ensayos cortos en torno a diversos temas.

Notemos ante todo la significación del título: *Literatura y Vida*. Si lo contrastamos con el que dió a la serie en cuatro volúmenes, ya famosa, que rotuló "Crítica y Polémica", descubriremos en él una sutil clave para interpretar el proceso evolutivo sufrido por el autor. Sin abdicar un ápice de su independencia ni atenuar su sagacidad y penetración críticas, el autor ha evolucionado hacia una mayor y más comprensiva objetividad, hacia una posición filosófica más humana y profunda. Literatura y vida son conceptos inseparables, como la sombra y el cuerpo, y el autor ahora busca tras la obra que analiza la personalidad humana que la creó, los valores vitales que en una y otra se descubren, en una palabra, la significación humana del creador. Ya no le interesa la polémica, cuyo brillo es fugaz. Sólo el pensamiento y el arte son vida, es decir, permanencia.

El libro se abre con una "Sinfonía de Buenos Aires" en la que Giusti interpreta el espíritu y la historia de la gran urbe. Siguen luego unas medulares semblanzas interpretativas de "Juan Cruz Varela", "Alfonsina Storni" y "Antonio Machado" y, a continuación, dos panoramas sintéticos, pero muy enjundiosos y sugerentes, titulados "La poesía argentina de este siglo" y "El drama rural argentino".

Estos son los seis trabajos más extensos y mejor calibrados de los ventidós que el libro contiene. Los restantes, exceptuado el que dedica a Enrique José Varona, se aproximan más al ensayo y a la reflexión filosófica que al género crítica. Pero en todos resplandece la sencillez estilística —nunca exenta de elegancia—, la fina sensibilidad, la amplia y bien digerida cultura que tanta autoridad y admiración le han valido al autor.

MANUEL PEDRO GONZÁLEZ

University of California at Los Angeles.

(1) *Literatura y Vida*, Buenos Aires, Ediciones *Nosotros*, 1939, 374 pp.

AUTORES Y LIBROS

UNA LITERATURA SACRIFICADA

DEPOIS de *Eça de Queiroz*... es un ensayo que en 1933 escribió Fidelino de Figueiredo para ser leído en una jornada literaria en Portugal. Se imprimió, y el libro, a pesar del autor que lo consideraba una cosa "apresurada y con sacrificio de las normas del método", tuvo un gran éxito y fué traducido a otros idiomas. Hay alcanza la tercera edición en lengua portuguesa —Editora Clássico-Científica, S. Paulo, 1943—, aumentado, corregido, hasta reformado y rectificado en algunos juicios, por el aporte de nuevas experiencias.

Depois de Eça de Queiroz... es una perspectiva de la literatura portuguesa novecentista, a la que se agrega ahora, como parte integrante, una conferencia sobre la historiografía portuguesa del siglo XX.

El profesor Fidelino de Figueiredo es, sin disputa, el más eminente de los críticos de la historia literaria de Portugal, con una obra consagrada como fundamental en esos estudios. Reside en el Brasil, donde ejerce la cátedra de su especialidad y donde no puede rehuir el compromiso que le crea el pedido de conferencias para instituciones de cultura. Esas clases magistrales, que, según su propio decir, "le obligan a rumiar ideas ya expresadas en otras partes", impresas, han dado libros de tanto valor como *Aristarchos* —ver NOSOTROS N° 42/43, *R. N.*: Confesiones de un crítico— y *Antero* —ver NOSOTROS, N° 32—. Las ideas de Fidelino de Figueiredo nunca pierden actualidad, porque son ideas activas. Historiador, es antihistoricista, para lo que la historia pueda tener de memorialismo, de cosa muerta, de pasado. Debe ser antecedente de las realidades de la hora; vivá e ineludible guía que desentraña el presente.

En *Depois de Eça de Queiroz*... estudia, analiza y presenta, panorámicamente, la generación que nace entre los años de 1890 y 1900: aparición de *Oaristos* de Eugenio de Castro —Hernani Cidade tomó este punto de partida— de *Só* de Antonio Nobre y muerte de *Eça de Queiroz*. Detrás quedaba la obra potente del realismo, los nombres de *Eça de Queiroz*, *Antero do Quental*, *Guerra Junqueiro*, *Juan de Deus*, *Oliveira Martins*, *Remalho Ortigão*, *Fialho de Almeida*, *Teófilo Braga*. Un siglo donde también cupo el romanticismo, que produjo un *Garret*, un *Herculano*, un *Castelo Branco*. Un siglo cuya literatura dió tres grandes cosas a Portugal: "su lucha por la conquista de la libertad"; "consiguió para la lengua portuguesa, como instrumento de ideas y emociones, una mayor intensidad de significado humano"; cooperó a la nueva colonización del continente negro iniciado por países de Europa.

La literatura contemporánea nace bajo el signo del simbolismo y crea una mística del nacionalismo. Es la reacción contra el naturalismo, cuyo ciclo terminaba, contra el positivismo, contra la libre crítica del país. Este imperativo nacionalista que acaparó la literatura, se entregó, después de la República,

proclamada en 1910, a exageraciones de aplicación utilitaria que llegaron a desvirtuarlo, a desviarlo de su alta finalidad. Ahoga el sentido universal y la literatura pierde la trascendencia exterior, sobre todo en Brasil y España, que tuviera el naturalismo, que impusiera el romanticismo. Portugal, a partir de la República, sigue el azaroso camino de una inestable política, desde la demagogia a la dictadura. Los escritores se embanderan en facciones que apoyan o combaten. Dos grupos, el de "Renascença Portuguesa" y el de "Seara Nova", en un largo período, representan el movimiento intelectual. La aventura de Fidelino de Figueiredo, con su *Revista de Historia*, fracasó a poco, pues su creador no pudo encontrar comprensión para su destino y "púsose a recorrer su camino solitario".

Después de Eça de Queiroz casi ignoramos la literatura portuguesa, el ciclo contemporáneo que surge con el fin del siglo y llega a nuestros días. Una literatura que, es evidente, mantiene una predominancia lírica, pero donde la prosa, especialmente el ensayo, tiene cultores de relieve. En la cual también se descubre, es verdad, muchas manifestaciones derivadas hacia géneros donde las ideas sutilizadas pueden quedar ocultas, libres de la sanción autoritaria. Poco o nada sabemos de los más cercanos, de los actuales. De un Antonio Feijó, de un Antonio Moto; de José Bacelar, de Adolfo Cesaes Monteiro, de Fernando Pessoa, de José Régio, de Ferreira de Castro, de Julio Brandão, de Juan Gaspar Simoës. No es nuestra la falta. Fidelino de Figueiredo la señala como "literatura sacrificada". Sacrificada por haber carecido de estímulo del público de su propia patria. Sacrificada porque en su mismo medio no encontró ni presentación ni valoración solidaria. Sacrificada por la exigencia del problema local que absorbió lo mejor de sus esfuerzos. Sacrificada por las contingencias de un ambiente que no permitió la serenidad constructiva.

Fidelino de Figueiredo nos sitúa más que ante una perspectiva literaria, ante el drama espiritual de una generación. Y con esta manera que él quiere llamar "turística", penetra, descubre, pone a lo vivo el estilo esencial de una época que vivió y vive la inquietud contemporánea. "Nadie sabe qué reemplazará al simbolismo y al nacionalismo en el juicio público, a ese extenso reinado que atestiguó, idealizó e interpretó en arte y en crítica, hechos de los más sensacionales de la historia humana y de la historia portuguesa".

Fidelino de Figueiredo vivió y vive la inquietud de su época. La ha sentido y la ha sufrido. Con la inteligencia y la sensibilidad. Como "disidente solitario ante los regímenes políticos sucesivos". Llegado a la madurez de su talento, que está más que en la calidad de su obra en el cumplimiento perfecto de una enseñanza, es el maestro que se define en una fórmula de maravillosa y profunda simplicidad: "Releer, envejecer y comprender, se equivalen en cierta manera". Dinámica de un espíritu en el cual envejecer es sólo adquirir serenidad.

RAÚL NAVARRO

ESPAÑA Y LA REACCION INTERNACIONAL

MADRID, LONDRES, MOSCÚ. (*Las tres resistencias*).

A todo espíritu democrático y como tal antifascista, le ha de ser grato unir en su corazón los nombres de las tres grandes capitales europeas que

opusieron una ejemplar resistencia a la esclavitud totalitaria, y que son cifra y símbolo de la epopeya civil sin la cual el triunfo militar sobre las potencias del "Eje", esencialmente militares, hubiera sido imposible.

A nosotros nos es particularmente grato unir estos tres nombres, pues fuimos testigos de la resistencia de Madrid y aspiramos a ser cronistas de su asedio en nuestro libro *La vida por la opinión*. Pero hay, además, otra razón para ello: el ver la frecuencia con que el nombre de la capital española, que debía ir siempre el primero en estos casos, se omite, cuando de la lucha antifascista se trata. Y sin embargo, éste y no otro carácter tuvo la resistencia del pueblo español, de la cual fué culminación y gloria Madrid.

Pesa sobre España la fatalidad de andar a destiempo con la marcha de las otras naciones, cosa en la cual reparó ya nuestro gran Sarmiento, cuando hablaba del "destino extraño que parece haber regido en todos tiempos a la España, que no consiste en andar a remolque de las otras naciones, si no a destiempo, dando las doce cuando todos los relojes marcan las cinco, y viceversa".

Vienen a confirmar esto las primeras palabras de Guillermo Díaz Doin al hablar de los antecedentes de la guerra española, cuando dice: "La tragedia de la República Española ha consistido en el hecho de nacer en unos momentos en que el clima político europeo le era francamente desfavorable", pues "el ambiente moral de Europa en la referida época era singularmente fascista o, por lo menos, fascistizante".

Ahora, cuando todo el mundo, frente al indudable triunfo de los aliados, se hace o se quiere hacer antifascista, los que no lo fueron en aquella hora magnífica y terrible de España, en la que se negaron a su pueblo los apoyos morales y materiales que hubiera necesitado para que su resistencia no desembocara en el desastre, dijérase que quieren olvidar el significado de su lucha, para no reconocer su error, o acaso también para que no se ponga de manifiesto su responsabilidad ante la traición que aquello supuso a los ideales democráticos.

Esta actitud es favorecida por una circunstancia, también muy española, que se dió en la lucha contra el fascismo: Londres es Churchill; Moscú es Stalin; pero ningún nombre puede ligarse al de Madrid, símbolo de la resistencia española, como no sea éste: Pueblo.

Guillermo Díaz Doin, como dándose cuenta de lo que esto significa, pretende ligar un nombre a la resistencia española: el de su último gobernante. Pero no: lo que en Madrid fué auténtico espíritu de resistencia, en Negrín fué sólo una consigna, que él pretendió mantener a última hora sin la autoridad moral que hubiera sido precisa para conseguir reavivar el fuego que se apagaba.

Fué precisamente a Manuel Azaña a quien oímos, en un memorable discurso pronunciado en Madrid durante la guerra, que en España había fallado todo, menos el pueblo, ese pueblo que había salvado de las garras del fascismo, en los momentos en que él hablaba, la capital. Esta falla es, sin duda, la que impide que en estos momentos en que la conciencia universal está obligada a inclinarse a favor de la República Española, no se nos aparezca ésta representada en uno o en unos hombres, —de aquellos que la gobernaron,

se entiende—, que encarne en toda su pureza y en toda su grandeza, el espíritu de resistencia del pueblo español.

Esto hace que, del mismo modo que pueden parangonarse Madrid, Londres y Moscú, no ocurra lo propio con sus figuras representativas, lo que viene a ahondar aún más la actual tragedia española, que en fin de cuentas la resolverá su pueblo, como fué él quien resolvió el problema de su defensa, en la hora más grave de su lucha contra el fascismo.

EL PENSAMIENTO POLÍTICO DE AZAÑA.

OTRO interesante trabajo acaba de publicar Guillermo Díaz Doin, éste en los "Cuadernos de Cultura Española", sobre *El pensamiento político de Azaña*.

En la brevedad de sus páginas, se resume la ideología del último presidente de la República Española, a través de una selección de los fragmentos más significativos de sus discursos. Mejor diríamos que se trata de una guía de su pensamiento, o de su pensamiento esquematizado. Pero, como están aquí sus líneas esenciales, ellas nos permiten apreciar con bastante claridad su programa de gobierno, a lo cual nos ayuda el prólogo que a estas páginas ha puesto Guillermo Díaz Doin, en el cual traza una semblanza de Azaña con rasgos certeros y firmes.

Para Díaz Doin, Azaña encarna plenamente el régimen político inaugurado en su país el día 14 de abril de 1931; es decir: la República Española. Esta apreciación suya la fundamenta en valederas razones. Pero, la aceptemos o no, lo cierto es que Manuel Azaña fué la personalidad más interesante que alumbró el nuevo régimen, y como tal conviene recordar sus postulados esenciales.

La coalición fascista internacional, de la que el "Eje" no fué más que la expresión militante, pudo creer que enterraba a la República Española por mucho tiempo bajo los escombros de los bombardeos de *Junkers* y *Capronis*, pero el fracaso del totalitarismo, cuya derrota total ya se vislumbra, nos coloca ante la posibilidad de su pronto resurgimiento.

Importa, por lo tanto, recordar el pensamiento de sus hombres representativos. Y singularmente de Azaña, el más representativo de todos. Hay muchas razones para que lo consideremos como tal. Pero nos bastaría para ello el ver de qué modo se concitaron contra él, particularmente, los odios de los enemigos de la República y el encarnizamiento con que fué combatida su actuación.

Acaso sus teorías, invalidadas por la reacción, sean valederas para el día de mañana. En cualquier forma, la simple lectura de estas páginas nos basta para probarnos la poderosa mentalidad de Manuel Azaña, para situarnos frente a un auténtico hombre de Estado.

Una de las facetas de su pensamiento, recogida en este Cuaderno, es la relativa a "España y las Repúblicas americanas". Y, como esto nos atañe a nosotros particularmente, como hispanoamericanos, es natural que nos detengamos en ella.

Resulta interesante transcribir algunas de sus palabras sobre esta materia, singularmente las que dicen: "Es hora de abandonar el tópico de la madre patria y de las hijas amantes. Nosotros, en América, no somos ya la madre

patria. A mí me parece que a los pueblos americanos no les concedemos el aprecio y la estimación que merecen, cuando tenemos la pretensión de llevar a América esta especie de jerarquía superior, sobre un plano más elevado que el de los pueblos americanos. A mí esto me parece un error, una falta de psicología, una falta de observación. Lo que hay que establecer con las Repúblicas americanas es la colaboración en principios de igualdad, en defensa de los intereses superiores de la cultura española y americana”.

Este principio de igualdad proclamado por él, hermanaba como ninguna otra cosa a España con la América española, por medio de su República, y es una prueba de su certera intuición para resolver los problemas de su patria, que supo iluminar de modo que atestigüa la claridad de su mente.

VALENTÍN DE PEDRO

GENIO E INGENIO DE DON MIGUEL DE UNAMUNO, por *Francisco Madrid*.

FRANCISCO Madrid, cuyo sagaz espíritu periodístico levanta siempre el vuelo en alas de su estilo literario, grácil y ligero, ha sentido la necesidad y la oportunidad, de acercar a sus lectores la figura de don Miguel de Unamuno, tal como él lo conoció y tal como vive en el mundo de sus recuerdos.

La evocación de aquellos días en que se encontró con él en París, durante la dictadura de Primo de Rivera, está hecha por Francisco Madrid con un atrayente colorido, bajo el cual palpita una auténtica emoción.

Quiso la casualidad que el periodista, en función de corresponsal de diarios españoles en París, se acercase al filósofo insigne cuando éste llegaba de su destierro en Fuerteventura, mostrando al mundo su más acusado perfil español; cuando su recia personalidad se erguía como la figura representativa de un pueblo, como un arquetipo de raza.

A su lado, Francisco Madrid percibió su fuerte, su profundo latido de vida, que nos trasmite ahora en el admirable retrato literario que de él hace en el prólogo de este libro, donde ha recibido, a través de una selección de páginas y de anécdotas del maestro, las líneas esenciales de su ideología y de su carácter.

El Unamuno de París, que nos pinta su fiel cronista de aquellas horas, tiene un relieve histórico. Es la imagen de un hombre, todo un hombre, que enraizado en su patria hasta lo más profundo de su ser, se ve obligado a vivir fuera de ella, por no renunciar a lo que constituye una necesidad primordial de su naturaleza: la libertad de expresión, cortada entonces en su patria por la dictadura. Jamás pudo tolerar que se le privara de esa libertad, que se nos aparece como el signo distintivo de su genio.

Por esto, sin duda, se enorgullecía de su abolengo liberal, y, frente a todo asomo de dictadura, se afirmaba más y más en “aquella tradición familiar de liberalismo, que brotó de la tradición nacional de nuestro glorioso siglo XIX, el de la constitución de 1812”.

¡Nuestro glorioso siglo XIX! Nuestro, sí; nuestra también, pues a la llama de esa misma tradición se caldeó el espíritu de nuestra independencia.

Y, al encontrarnos de nuevo en las páginas de este libro de Francisco Madrid con el gran don Miguel de Unamuno que nosotros conocimos y amamos y cuyo liberalismo reconocemos como nuestro, se nos alegra el alma, como si

ellas nos trajeran el aliento de aquella formidable personalidad, representativa de una época sobre la cual ha caído un telón de hierro y fuego.

VALENTÍN DE PEDRO

PERFIL DE LAS HORAS, poesías por *Leónidas Martínez*. General Impresora, Tucumán.

EL autor del *Romance para la Escuela de Raco...*

La boga que este romance ha alcanzado en su original y el haber sido trasladado a la lengua inglesa por Sir Eugen Millington Drake, hace que podamos designar de este modo a Leónidas Martínez, poeta tucumano.

Sabido es que en literatura son los hijos los que dan nombre al padre, porque en ellos es donde se plasma la imagen de su progenitor y sólo a través de ellos nos llega su conocimiento. Y este lírico fruto de Leónidas Martínez, nos da cabalmente la imagen de su autor, una imagen de poeta cuyas líneas esenciales son la sencillez, la emoción y la armonía.

El autor del *Romance para la Escuela de Raco* nos ofrece ahora un nuevo libro de versos con el título de *Perfil de las Horas*, del que toma pie para una definición de su estética, con la cual abre sus páginas:

*Sobre el perfil insomne de las horas
mi soledad refracta día a día
el color y la sombra, sin más guía
que un preanunciado júbilo de auroras
en cielo de tenaz melancolía.*

Al "Romance para la Escuela de Raco" acompañan en este libro otros romances, en los que se repite el acierto, y que nos demuestran la soltura con que su autor se mueve dentro de esta forma poética, la más popular de nuestro idioma, y a cuyo nuevo florecimiento hemos asistido a partir de Federico García Lorca, que a semejanza de los grandes poetas del siglo de oro español, tan fino y profundo sentido tenía de lo popular.

Las otras dos partes de su nuevo libro y formando así el triángulo en el cual se encierra su inspiración, las componen "Sonetos" y "Canciones". Formas igualmente de abolengo popular, ya que el soneto, flor llevada de Italia por Boscán y Garcilaso a su patria, había de arraigar, como en tierra propia, al margen de esos líricos ríos de pura estirpe hispánica, que fluyen en romances y canciones. Entre éstas como entre los romances, nos parece encontrarnos con el más puro acento de Leónidas Martínez, y de ellas bien podemos escoger, como digna compañera de su "Romance de la Escuela de Raco", la que titula "Más leves", composición de logro completo. En esta canción, como en aquel romance, tema, forma e imágenes están armonizados en un maridaje perfecto, como creaciones asistidas por una gracia natural y espontánea, que será siempre para nosotros el don divino de todo verdadero poeta.

La pura emoción lírica no absorbe por completo, con su carácter subjetivo, el yo de este poeta; no excluye, en Leónidas Martínez, la emoción patriótica y la emoción social, de las que hay en su nuevo libro bellos ejemplos. El tener un fino oído para escuchar las voces de su corazón, no le impide tenerlo también para escuchar las voces exteriores, cuando ellas le traen un mensaje de

belleza, de justicia o de libertad, que por algo su canto se eleva en Tucumán, "cuna de los hombres libres". Y así podemos decir también, en su elogio, que su corazón de poeta está en armonía con su conciencia humana.

VALENTÍN DE PEDRO

PROYECCION DE LO POETICO *

PRESÉNTANSE en este libro los dos elementos requeridos en las obras de verdadero aliento poético: la emoción humana, dolorida o gozosa, y la altura estética. En ciertos momentos pierde María Hortensia Lacau, por un proceso de transfiguración, parte de una congoja o detiene el llanto. Esta ceñidura, a la que inconscientemente se somete, está veteada de sugerencias y es índice de su espíritu de artista.

El alma, agitada por las fuerzas avasalladoras del instinto, sobreccogida por la pena y las ausencias, se contorsiona en el silencio del cosmos. El poeta percibe los gemidos de su espíritu, los gemidos de todos los espíritus. Su misión más pura no es, sin embargo, aquella que puede mover al prosista a imprecicar, reflejando en forma realista las miserias o las ansias de venganza o el horror al vacío de la humanidad; el poeta escoge los elementos con que ha de construir su obra de arte, los transmuta, musicaliza, depura, lleva al clima de trasmundo en que la poesía adquiere su equilibrada, sugestiva belleza.

Bajo los arcos de la naturaleza, con las formas del deseo recostadas en su alma, el poeta penetra en los espacios del arte, tiene acceso a una distinta realidad. Allí, los signos entrevistos en horas oníricas, los gestos innombrados, los espectros detenidos insistentemente en nuestra ruta, los árboles quietos y los muros y las veredas lejanas de la infancia o los tonos candentes con que florece en nuestras entrañas el inapelable mandato se trasvasan, confunden sus contornos y matices, adquieren el oculto sentido de los símbolos, se reflejan en analogías. Así en "Retorno", de María Hortensia Lacau.

*Imágenes retornan azogadas
por el camino rojo de mis venas,
y hay rosas sin olor, cristalizadas,
entre salobres, frías azucenas.*

*Y la quebrada voz de la paloma
muerta entre la esmeralda de los pinos,
blanco perfume de niñez, aroma
de luz dorada con verdor de trinos.*

*Gris amazona vuelve la tristeza
en su corcel de lluvia brilladora,
bajo los cascos de cristal, la espesa*

*noche se clarifica con la aurora,
y en su camino de coral, mis venas
sienten fluir un río de azucenas.*

* A propósito de *La voz innominada* de María Hortensia Lacau. Buenos Aires, 1943.

En el momento en que lo real se confunde con lo soñado, el ansia de superación y de belleza con el instinto obsesionante, cuando el verso apenas cristalizado fluctúa sobre el abismo interior del artista y las arterias de éste laten distantes y los objetos adquieren conciencia y se inclinan bajo un soplo de misterio, entonces la poesía, consubstanciada con la esencia del hombre, con los tonos de su fiebre, modelada por el sentido estético que define al poeta, consigue su gracia. "Suma", del libro *La voz innominada*, ha conocido esos instantes.

*Hay un paisaje de cristal y bruma
donde la voz del corazón empieza.
Florida suma de raíz espesa
y de aligeros pétalos de espuma.*

*Nací para ascender en humo de oro
anudada en los brotes de mi canto,
cristal herido me desgarró en llanto
si en desvelada ausencia me demoro.*

*Nací para horadar la tierra oscura
con mi raíz de vida fervorosa;
triunfo de la raíz, nace la rosa*

*cuando el ascenso vertical madura.
De aire celeste y tierra removida,
de rosa y de raíz sabe mi vida!*

Sencillos objetos, de presencia inadvertida en el diario vivir pueden, detenidos en la memoria, surgir envueltos con insospechados matices en las perspectivas del poema. Presentes, como la encarnación de ocultos deseos han de contener en su silencio trozos no revelados del sino cósmico del hombre. Las cosas, por insignificantes que parezcan, tienen rostros y, por precarios que sus trayectos sean, reflejan, no obstante, lo efímero de todas las rutas.

*Hay un ciego vagar de las miradas
sobre las quietas cosas invisibles,
un trizarse las manos angustiadas...*

Los veneros de lo inconsciente surten aún los paisajes suprarreales que encierra el verso; como ocurre en *La voz innominada*. Y la nota de sangre, de sabor de sangre, de lo eternamente humano encarnará en las imágenes; metamorfosis misteriosa en que el drama del ser se yergue transfundido en sustancia poética, efímera ésta como flores y como ellas abierta en una primavera, sin destino, imagen del hombre, trágica interrogante, trágica flor agostada por el aire mudo del más allá. Y el espíritu, que ansía despojarse de su lastre de células, evadirse, alejarse por órbitas irreales, se crea un mundo de belleza, clima propicio a los presentimientos, a las esperanzas, tratando de engañarse, de no confesar su pena sin fin.

BLANCO VILLALTA

HOMBRES DE AMÉRICA, por *Oswaldo Orico*. Prólogo del Dr. Octavio R. Amadeo. Traducción directa de la edición brasileña por Javier de Fariás. Ed. Claridad, Buenos Aires, 1943.

OSWALDO ORICO, miembro de la Academia Brasileña de Letras, ensayista, cuentista, poeta, escritor polilogo, es también un avezado biógrafo, con ponderables estudios sobre Alençar, Feijó, Silveira Martins. En este libro *Hombres de Hombres*, estructura la dramática ruta de la libertad americana, siguiendo su itinerario en la vida de dieciséis héroes de diez naciones de nuestro continente.

Los americanos, y en particular los hispanoamericanos, hemos creado el culto del héroe, noble devoción que se malogra cuando un enfoque falso deshumaniza al héroe. Esa mitología que hace semidioses ultraterrenos, cuya inmanente perfección, —igual para la representación iconográfica, de imprescindible belleza somática—, no admite ningún metódico juzgamiento. Ninguna revisión histórica. En nuestros días un mejor ejercicio de la historia y una mayor amplitud en el concepto de la función histórica, están luchando contra este prejuicio. Los héroes deben ser entregados al libre debate de los pueblos. Sin ocultar sus defectos, que si los hay pueden ser grandezas, ya que significaron para el héroe vencer su propia naturaleza. Así los que fueron meros símbolos, estériles alegorías, se tornarán en hombres ejemplares.

Oswaldo Orico ha querido que sus héroes sean hombres. Hombres ejemplares. No se detuvo en ellos con la minuciosa prolijidad del retratista. Los siguió en la movilidad de sus vidas y vigiló con atención aguda el gesto, el ademán, la actitud definitiva de sus personalidades. Dió semblanzas con rasgos estrictos y definiciones sumarias. San Martín: “una voluntad en acción”. Bolívar: “un vidente”. Lincoln: “un luchador a quien nunca faltó la fe”. Martí: que daba a “su lucha un sentido estoico y a su gloria un sentido humano”. Caxias: “nació soldado, como podría haber nacido poeta o artista”. Y así para cada una de las figuras de *Hombres de América*. Hay que confesar, sin embargo, que el mayor ritmo de entusiasmo comunicativo lo alcanza en “Bolívar”. Le fué difícil escapar como a muchos, como a todos, de su fascinación.

Oswaldo Orico realiza con *Hombres de América* una valoración en conjunto de su historia. Comprensiva y eficaz política de acercamiento continental, en la cual la mayor parte de los recelos no tienen otra base que una concepción rutinaria de su pasado.

El Dr. Octavio R. Amadeo presenta el libro y el autor al lector de habla española, con un lúcido prólogo.

RAÚL NAVARRO

Últimos libros recibidos

NOVELAS, CUENTOS, POEMAS EN PROSA

- MARY O'HARA: *Mi amiga Flicka*. Trad. de Cayetano Romano. Inter-América, B. A.
 JAIME JULIO VIEYRA: *Despertar en la lluvia* (cuentos). B. A.
 AGUSTÍN YÁÑEZ: *Archipiélago de mujeres*. Novelas. Grabados en madera de Julio Prieto. Eds. de la Un. Nac. Autónoma, México.
 DANIEL P. MONTI: *Entre cielo y cuchillas*. Novela del agro entrerriano. Librería “La Aurora”. B. A.
 ALFREDO CASEY: *Perdidos en la vida*. Ed. Tor. B. A.

- GASTÓN GORI: *Vidas sin Rumbo*. Narraciones. Ed. "Colmegna". Sta. Fe.
 CARLOS RUIZ DAUDET: *Provincia* (novela). Eds. FERIA. B. A., 1942.
 CARLOS RUIZ DAUDET: *Kilómetro 520*. Cuentos. Eds. FERIA. B. A.
 JOSÉ S. ALVAREZ ("FRAY MOCHO"): *Un viaje al país de los matrones*. Prol. y notas de Enrique Williams Alzaga. Clásicos Argentinos. Eds. Estrada. B. A.
 RAÚL NAVARRO: *El retablo de la inquietud alucinada*. "El Ateneo". B. A.
 ROSA A. FRANCO DE LESTARD: *Carlota Bernaín*. Novela. Prol. de Mateo Booz. Bibl. Cuadernos de Cultura de Cuyo, vol. III.
 ROSA A. FRANCO DE LESTARD: *La mujer del portón cerrado*. Novela poemática. Pról. de Juan Bautista Ramos. Bibl. Cuadernos de Cultura de Cuyo, vol. IV.
 CONRADO CASENAVE: *Frente a la vida* (cuentos). "El Ateneo". B. A.

POESIA

- 12 *Spanish American Poets*. An Anthology edited by H. R. HAYS. English translations, notes and introduction by the Editor. New Haven. Yale University Press, 1943.
 FERMÍN ESTRELLA GUTIÉRREZ: *Nocturno*. Ed. Losada. B. A.
 A. ROBERTO TOGNONI: *Mientras hay luz en mi noche*. Prol. de Ricardo Victorica. B. A.
 ANA PODOLSKY: *Vocación*. Eds. "La Pajarita". B. A.
 NICANOR A. DE LA FUENTE: *El Libro de los Tránsitos Eternos*. Poema. (Folleto remitido por el autor, de Chiclayo, Perú).
 JOSÉ MÁRMOL: *Cantos del peregrino*. Prol. y ed. crítica de Rafael Alberto Arrieta. Clásicos argentinos. Eds. Estrada. B. A.
 JUAN CRUZ VARELA: *Poesías*. Estudio preliminar de Manuel Mujica Láinez. Clásicos argentinos. Ed. Estrada. B. A.
 RAFAEL MAULEÓN CASTILLO: *Cánticos de vigilia*. Poemas. Xilografías de Bernardo Felderman. Ed. Butti. San Rafael de Mendoza.
 OSCAR R. MELGAR: *Transición*. B. A.

CRITICA, ENSAYOS, HISTORIA LITERARIA, ETC.

- FRANCISCO COPELLO: *Historia de la Literatura Griega*. Tomo II. Fac. de Fil. y Letras de la Un. de Bs. As. Publ. del Inst. de Literaturas Clásicas. B. A.
 FIDELINO DE FIGUEIREDO: *Depois de Eça de Queiros...* Editora Clássico-Científica. S. Paulo.
 JOSÉ G. ANTUÑA: *Incienso y Bronce*. Eds. Ceibo. Montevideo.
 THOMAS MANN: *Cervantes, Goethe, Freud*. La pajarita de papel. Ed. Losada. B. A.

HISTORIA, CRONICA, BIOGRAFIA, VIAJES, ETC.

- LUIS ROQUE GONDRA: *Historia Económica de la República Argentina*. Editorial Sud-Americana. B. A.
 RAMÓN J. CÁRCANO: *Mis primeros 80 años*. Editorial Sudamericana. B. A.
 ALBERTO PALCOS: *Nuestra ciencia y Francisco Javier Muñiz*: El sabio. El héroe. Un. Nac. de La Plata (R. A.) Fac. de Humanidades y Ciencias de la Educación.
 ADOLFO BOSCHAT: *Héctor Berlioz*. (Una vida romántica). Trad. del francés por Nydia Lamarque. Bibl. Nueva. B. A.
 LUIS ROBERTO ALTAMIRA: *El Seminario Conciliar de Nuestra Señora de Loreto, Colegio Mayor de la Universidad de Córdoba*. Con una introd. del Dr. Enrique Martínez Paz. Un. Nac. de Córdoba (R. A.) Inst. de Estudios Americanistas, núm. VI. Imprenta de la Universidad.
 GUILLERMO KORN: *La palabra y el hombre*. Ed. La Vanguardia. B. A.
 RUY DÍAZ DE GUZMÁN: *Le Argentina*. Introd. y notas de Enrique de Gandía. Col. Estrada. Angel Estrada y Cia. B. A.
 BARTOLOMÉ MITRE: *Antología*. Estudio preliminar de Manuel Gálvez. Col. Estrada. Angel Estrada y Cia. B. A.
 MARIANO MORENO: *Escritos*. Prol. y edición crítica de Ricardo Levene. Clásicos Argentinos. Eds. Estrada. B. A. (2 tomos).
 V. P. POTEMKIN: *Historia de la diplomacia*. Trad. dir. del ruso por M. B. Dalmacis. Ed. Lautaro. B. A.
 FLORENCIO ESCARDÓ: *Ensayo sobre Eduardo Wilde*. Ed. Lautaro. B. A.

POLITICA, SOCIOLOGIA, ETC.

- NOËL-PIERRE LENOIR: *Los Problemas de la Paz*. Ed. Claridad. B. A.
 JACQUES MARITAIN: *Los Derechos del Hombre y la Ley Natural*. Trad. de Alfredo Weiss y Héctor F. Miri. Bibl. Nueva. B. A.
 HENRY A. WALLACE, vicep. de los E.E. U.U., FRANCISCO J. MC CONNELL, WILLIS J. KING y 9 autores más: *Bases Cristianas del Orden Mundial*. Librería La Aurora. B. A. Casa Unida de Publicaciones. México.
Por qué lucha Centro América. Unión Democrática Centroamericana. Dep. Editorial. México.
 GILBERTO FREYRE: *Una cultura amenazada: la lusobrasileña*. Col. Problemas Americanos, 13. B. A.
 ADOLFO MITRE: *Una voz y la conquista del mundo*. Col. Problemas Americanos, 14. B. A.
 JUAN BAUTISTA ALBERDI: *Bases*. Ed. prologada por Clodomiro Zavalia. Clásicos argentinos. Eds. Estrada. B. A.
 EZEQUIEL PADILLA, Secr. de Relaciones Exteriores de México: *El hombre libre de América*. (Un augurio para la postguerra). Nuevo Mundo. México.
 THOMAS J. HAMILTON: *La España de Franco*. Trad. del inglés de José Herrera Petere. Nuevo Mundo. México.

FILOSOFIA

- MARVIN FORBER: *The foundation of phenomenology: Edmund Husserl and the Quest for a Rigorous Science of Philosophy*. Cambridge, Massachussetts. Harvard University Press. 586 pp.
 DIETRICH VON HILDEBRAND: *Pureza y virginidad*. 1ª versión cast. de E. A. Grunauer. Herrera. Col. "Vida del Espíritu". Inter-Americana. B. A.
 JUAN LARREA: *Rendición de espíritu*. (Introd. a un mundo nuevo). Vol. II. Cuadernos americanos. México.
 PAUL MASSON-OURSSEL: *Historia de la Filosofía*. III. La filosofía en Oriente. Ed. Sud-americana. B. A.
 ARTURO SCHOPENHAUER: *La cuádruple raíz del principio de la razón suficiente*. Trad. del alemán por Eduardo Ovejero y Maury. Biblioteca Nueva. B. A.

ESTETICA

- BENEDETTO CROCE: *Aesthetica in nuce*. Trad. del it. por Italia Questa de Marelli. Con amplio estudio de Gherardo Marone. Col. "Vida del Espíritu". Inter-Americana. B. A.

EDUCACION

- ANGEL ACUÑA: *La Organización de la Escuela Argentina*. "El Ateneo". B. A.

ARTE

- THEODORE DURET: *Historia de los pintores impresionistas*. Noticia liminar de Leonardo Estarico. Trad. de Liuba Dalmore. "El Ateneo". B. A.
 CARLOS GIAMBIAGI: *Luis Falcini*. Monografías de Arte Americano. Serie Argentina, 6. Ed. Losada. B. A.

TEATRO

- JOSÉ EVASIO DELFINO: *El trofeo del felón. Los estropajos. El abuelo*. B. A.

CIENCIA

- ACHILLE BASSI: *La Universidad y la Escuela Matemática de Princeton*. Publ. de la Fac. de Ciencias Matemáticas, Físico-Químicas y Naturales de la Un. Nac. del Litoral. Rosario (R. A.).
 FRANZ KÜHN y GUILLERMO ROHMEDEY: *Estudio fisiográfico de las Sierras de Tucumán*. Un. Nac. de Tucumán. Fac. de Fil. y Letras. Inst. de Estudios Geográficos.

CRONICA

AGRADECIMIENTO

NOSOTROS ha sido desde su fundación un órgano impersonal al servicio de la cultura americana, mantenido rigurosamente extraño a las preocupaciones e intereses particulares de sus directores. Séame permitido quebrar una vez esta norma de conducta para agradecer desde estas páginas a los muchos alumnos, ex alumnos, colegas y amigos que con motivo de mi cesantía en las cátedras de Literatura Castellana de la Edad Media y de Composición que regentaba en el Instituto Nacional del Profesorado, y de Castellano y Literatura en el Colegio Nacional Manuel Belgrano, decretada por el Poder Ejecutivo el día 22 de octubre, por las circunstancias de orden político que son de público conocimiento—, me han traído o hecho llegar sus expresiones de simpatía y afecto.

ROBERTO F. GIUSTI

En el Instituto Nacional del Profesorado

LAS últimas clases dictadas por los profesores declarados cesantes en las diversas universidades e institutos superiores de Buenos Aires, Córdoba y el Litoral reunieron grupos muy numerosos de alumnos y colegas que iban a despedir a sus maestros. Los mayores diarios han informado ampliamente sobre los que dictaron los doctores Mariano Castex, Bernardo A. Houssay, Alejandro Ceballos, Nicolás Romano, Gumersindo Sayago, ingeniero A. Vaquer y otros prestigiosos profesores.

En el Instituto Nacional del Profesorado se produjeron con tal motivo dos actos igualmente simpáticos, sobre los que informó *La Nación* del día 22 de octubre, y con ella otros diarios, en los siguientes términos:

“La clase que el Dr. Roberto F. Giusti, profesor de la sección de castellano y literatura del Instituto Nacional del Profesorado Secundario, dió ayer en aquella casa de estudios superiores, estuvo rodeada de un ambiente de cálida cordialidad que, además del grupo de los alumnos habituales del curso, atrajo a la sabia lección del día a numerosos ex alumnos y a calificados colegas, que recibieron la presencia del Dr. Giusti en la cátedra prestigiada por varios lustros de labor eminente con un aplauso cerrado que puso en el concurso una nota de profunda emoción. Bajo el signo de ésta transcurrió la clase, por tantos conceptos memorable, y la natural intercomunicación entre disertante y audi-

torio adquirió esta vez un sentido tan sutil, un significado tan trascendente, tan vital, que nadie pudo substraerse a la atmósfera que envolvía la exposición, sobria, elegante, sagaz, del conocido crítico y maestro. Terminada la lección, la concurrencia tributó nuevos aplausos al profesor Giusti, y luego alumnos, ex alumnos y colegas desfilaron ante él para saludarlo.

En un parecido ambiente desenvolvióse la clase que tocó dictar al profesor de historia moderna de la sección de historia D. Juan S. Valmaggia. A los alumnos de primer año, asistentes habituales, sumáronse los de los otros tres años de la sección, así como no pocos ex alumnos, ya profesores, y algunos catedráticos del Instituto.

Los oyentes llenaban el aula de primer año y se desbordaban en el pasillo y el vestibulo contiguos. Entre aquéllos debió abrirse paso el profesor Valmaggia, que fué recibido con una cálida ovación cuando se dispuso a desarrollar el tema del día: "La reforma católica". Dominada la tensión emocional del instante, el Sr. Valmaggia agradeció las demostraciones que daban a esta clase, entre todas las dictadas en quince años de actuación ininterrumpida, una fisonomía tan particular, y entró inmediatamente en materia. Evocó la obra del Concilio de Trento, colocada bajo el amparo intelectual de Santo Tomás de Aquino y de la Summa y recordó las figuras capitales de la famosa asamblea, su ambiente, su trascendencia, su poder de irradiación, sus repercusiones en ese final del siglo XVI, en que viene a responder desde el seno mismo de la Iglesia a anhelos largamente acariciados y cuya satisfacción devolverá a aquélla, antes que lo demuestre palmariamente el jubileo de 1600, la primacía un momento conmovida por la Reforma.

El profesor Valmaggia dedicó la parte final de su disertación a señalar la importancia de la obra cumplida, dentro de aquel movimiento, por la reforma de las viejas órdenes monásticas —evocó en particular a la del Carmelo, con Santa Teresa de Jesús y San Juan de la Cruz—, y por la creación de nuevas instituciones, adaptadas a las necesidades del siglo, refiriéndose en particular a la Compañía de Jesús.

Las últimas palabras del Sr. Valmaggia fueron recibidas con renovados aplausos, que se repitieron cuando el profesor citado, después de recibir los saludos de numerosos ex alumnos y colegas, abandonó la casa del Instituto".

Intercomunicación cultural con el Brasil

Nos referimos en el número anterior, con motivo de la visita de varios profesores chilenos, a la labor efectiva que realiza el Colegio Libre de Estudios Superiores en favor de un acercamiento espiritual con los demás países de América.

Así lo ha reconocido últimamente la prensa entera del país al comentar el viaje del primer equipo de profesores brasileños que fueron huéspedes de dicha institución.

El novelista José Lins do Rego, autor de *Menino de Engenho*, novela laureada con los premios Graça Aranha y Felipe de Oliveira, se refirió a las "Tendencias de la novela brasileña" en tres interesantísimas conferencias. Walter Osvaldo Cruz, que fué delegado de su patria en la VIII Conferencia Científica

Panamericana de Wáshington, donde permaneció dos años realizando estudios sobre enfermedades tropicales, habló sobre "La investigación científica desde el punto de vista social". El joven biólogo, hijo del destacado médico del mismo nombre, dedicó su erudita disertación a otro sabio ejemplar en los anales de la ciencia americana: al Dr. Bernardo Houssay. Finalmente ocupó la cátedra del Colegio el humanista y escritor Nelson Romero, autor de *Crítica Nova* y *As grandes problemas do espírito*, quien disertó sobre "Formación Cultural del Brasil".

Gracias a la colaboración de las filiales que el Colegio tiene establecidas en el interior del país, las ciudades de Rosario y Bahía Blanca tuvieron también oportunidad de escuchar la palabra de estos distinguidos intelectuales.

Para despedir a la delegación se realizó una comida en la que se puso de relieve el sincero espíritu de fraternidad americana que mueve a los artistas y hombres de ciencia de nuestra patria. Ofreció la demostración el Secretario del Colegio, Luis Reissig, quien trató sobre la importancia de la intercomunicación cultural entre los países de América, precisamente en las horas actuales "en que las noches no son hechas ya para dormir, sino para vigilar"; y en nombre de los agasajados habló José Lins do Rego, que pronunció una fuerte y hermosa arenga exhortando a los intelectuales a salir en defensa de la libertad de pensamiento. Requerido por la concurrencia también habló el embajador del Brasil, doctor José de Paula Rodrigues Alves. Pocas veces hemos escuchado palabras tan francas y valientes como las que pronunció esa noche el ilustre diplomático: haciendo a un lado los fríos moldes del protocolo, el doctor Rodrigues Alves se refirió con energía a las insidias e infamias que pretenden enturbiar las buenas relaciones entre la Argentina y el Brasil. "Al oír —dijo el embajador amigo— patrañas tales como que tropas brasileñas están sobre la frontera argentina, prontas a la invasión, aquí, en la Argentina debe responderse en la única forma posible: con una gran carcajada".

Además de las conferencias, los profesores brasileños con varios profesores y amigos del Colegio Libre, celebraron tres reuniones: una, a cargo de la Cátedra Sarmiento, de educación, cuyo secretario es el doctor Gregorio Halperin; otra, de la "Cátedra de Filosofía Alejandro Korn", dirigida por el Dr. Francisco Romero; y la última, de la "Cátedra Juan María Gutiérrez", de estudios literarios, que encabeza Roberto F. Giusti, y que dió origen a un animado debate sobre problemas culturales del momento actual.

Provechosa en diversos aspectos, la visita de los profesores brasileños hace esperar el comienzo de una labor común entre estudiosos de ambos países, cuya bases han quedado en cierto modo establecidas. La labor americanista del Colegio Libre se entronca en estos momentos con principios de una alta política cultural.

"La Prensa"

LA PRENSA ha cumplido setenta y cuatro años de existencia. Diario profundamente argentino, pues ha sido invariablemente leal a los principios republicanos y democráticos, y a la generosa tradición que considera hermanos a todos los pueblos y razas del mundo, sustenta estos ideales de cultura, paz, progreso y respeto de la condición y dignidad humanas con serena firmeza y per-

suasiva eficacia. Por ello en sus columnas se ha confortado siempre la esperanza de nuestro pueblo en los días de incertidumbre y pérdida del rumbo.

La patria es creación continua del espíritu no menos que de las empresas materiales. A consolidarla y perfeccionarla han concurrido en señalado lugar los grandes órganos de opinión nacidos en los años iniciales de la organización constitucional, cuya vida se ha prolongado a través de largos y fecundos decenios. *La Prensa*, el primero de entre ellos que renunció a las luchas banderizas con la noble ambición de servir a todos los argentinos en el campo de la ilustración y la libertad, ha sido uno de esos preeminentes factores.

Revistas

ANTES de ser intervenida, la Universidad de Buenos Aires, cumpliendo una resolución del Consejo Superior del 29 de diciembre de 1941, publicó el primer número de su *Revista*, correspondiente al trimestre julio-septiembre de 1943 y recién aparecido. Esta es su tercer época, desde que apareció por primera vez en 1904 bajo la dirección del Dr. Rodolfo Rivarola. Este número se ha publicado bajo la dirección honoraria del Dr. Emilio Ravignani, con la colaboración directa de los redactores Efraín Cardozo y Raimundo Lida. Ignoramos cuál será la suerte futura de la Revista.

Este número se recomienda por el valor de su contenido y la excelencia de la presentación. Lo encabeza un trabajo denso y honrado del ilustre fisiólogo Bernardo A. Houssay, hasta ayer profesor de la Facultad de Ciencias Médicas, sobre "La Universidad y la investigación científica". Colaboran en él además los señores Horacio C. Rivarola ("Los Horizontes de la Educación Argentina"), Ricardo Levene ("Notas para la historia de las ideas sociales y jurídicas argentinas"), José Luis Romero ("Las concepciones historiográficas y las crisis"), Miguel Angel Virasoro ("Filosofía del espíritu") y Robert Salmon ("Qué es la poesía"). La bibliografía abundante y seria versa sobre libros y trabajos de importancia. Nos complace señalar en ella el extenso análisis que Tristán Fernández hace del ensayo de Roberto F. Giusti, "Una generación juvenil de hace cuarenta años", publicado en el n° 80 de *Nosotros*. Las Notas y Comentarios y la Crónica Universitaria traen una nutrida y abundante información.

● El Círculo de Profesores de Castellano y Literatura "Arnoldo C. Crivelli", fundado por un núcleo de egresados del Instituto Nacional del Profesorado, en homenaje a un sabio maestro fallecido, acaba de publicar el primer número de su revista, titulada *Letras* y modestamente llamada Boletín del Círculo. Corresponde esta entrega al trimestre setiembre-noviembre.

Hace particularmente simpática la nueva publicación el fervor profesional que la anima. Aunque profesores sin cátedra la mayoría de sus redactores — profesoras y profesores —, a la espera de que algún día se haga justicia a la capacidad y el mérito, no debaten en sus páginas con espíritu exclusivamente gremial, las cuestiones relativas al derecho que les acuerda el título, sino temas literarios antiguos y modernos, y problemas atinentes a la enseñanza de la gramática y literatura. Hecha con este criterio la revista resulta variada, ágil, amena y útil a cualquier lector interesado por los problemas del lenguaje que son cultura viva: discusión de cuestiones gramaticales, transcripción o análisis

de textos, comentarios de libros, opiniones diversas, bibliografía, síntesis de revistas literarias, etc. Formados en las modernas escuelas filológicas por excelentes maestros, los redactores de *Letras*, siempre que eviten todo dogmatismo serán un valioso fermento en la enseñanza del castellano en nuestras escuelas, que tanto necesita renovarse y sobre todo animarse y hacerse interesante y realmente provechosa.

La presentación tipográfica de la nueva publicación, discreta; pero puede ser mejorada.

Traslado de las cenizas de Alfredo A. Bianchi

COMO lo anunciamos en el número anterior, el domingo 21 de noviembre, a las 11, las cenizas del fundador de NOSOTROS, Alfredo A. Bianchi, serán trasladadas de la redacción de la revista al Cementerio del Oeste, donde serán guardadas en el Panteón del Círculo de la Prensa, en la urna modelada por el talentoso artista Liberato Spisso.

Hablará por NOSOTROS su director Roberto F. Giusti.

Invitamos a todos nuestros colaboradores y amigos, y a todos los que lo fueron de Alfredo Bianchi, a concurrir el domingo 21 a las 11 al peristilo del Cementerio del Oeste.
